



SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

"COTA 30"

MARK HALLORAN

"COTA 30"

1.ª EDICIÓN

JUNIO 1954



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL:

En Colección SERVICIO SECRETO:

85 — Cita con la muerte. 120 — Morir es muy
fácil. 183 — Requiem por NaN. 186 — Llega la
muerte. 189 — Los gangsters mueren jóvenes.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición
Impreso en G. Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

"COTA 30"

por
MARK HALLORAN



La acción militar que sirve de tema a esta narración es absolutamente verídica, y tuvo lugar en los sitios que en la misma se mencionan. Únicamente, por razones comprensibles, se han alterado los nombres y la personalidad de los oficiales y soldados participantes. Un resumen de las operaciones en la Cota 30 fue publicado en «The Marine Corps Gazette», por el coronel norteamericano Mr. L. S. A. Marshall.

CAPÍTULO PRIMERO

El teléfono, inoportuno como siempre, se puso a campanillear. La señora Robbins, que se hallaba en la cocina iniciando los preparativos para la cena, se secó apresuradamente las manos en el delantal y corrió a descolgar el aparato. Una voz de hombre preguntó:

—¿Cora? ¿Eres tú?

La señora Robbins hizo una mueca. Había ocasiones en que sus oídos de inglesa sé mostraban totalmente impermeables al acento comodón y la trituration idiomática de los americanos.

—No soy Cora, soy su madre. Ella está ocupada. ¿Qué desea usted?

—¿Tan ocupada que no puede acudir al teléfono? Dígale que llama el capitán Brown. Es importante.

—Aguarde.

La señora Robbins fue a golpear con los nudillos la puerta del cuarto de baño. Al otro lado sonaba un chapoteo.

—¿Qué pasa?

—¡Otra vez ese piel roja, Cora! ¡Algo importante! ¿Cuándo dejará de llamarte por algo importante? ¿O es que no tiene sentido de la medida?

El chapoteo se acentuó, y un momento después se abrió la puerta y apareció una muchacha chorreando agua y espuma, trabajosamente envuelta en una toalla, que descubría más de lo que alcanzaba a cubrir.

—¡Cora! —exclamó su madre—. ¿Vas a hablar así con un hombre?

Pero ya ella se precipitaba hacia el teléfono.

—¡Dick!

—¿A qué hora estarás lista, muñeca?

—¿Lista? ¿Hoy también? Yo pensaba...

—Pensabas mal. Bueno, ¿a qué hora? Tengo que verte.

—Muy bien, Dick. A las ocho, en la boca de metro de Hyde Park Corner.

—¿No puede ser antes?

—No —dijo Cora.

Colgó y regresó al baño, dando saltitos con sus pies desnudos.

—¿Qué era lo importante? —preguntó la señora Robbins.

—Quiere verme.

—¿Eso?

—¿Te parece poco? Lo siento, mamá, hoy tampoco estaré a cenar... ¿Por qué no pones la radio mientras me visto?

La señora Robbins puso la radio. Era una tarde maravillosa del mes de junio, con el cielo de Londres sin una nube y luciendo su azul más primaveral. Una tarde propicia al amor y a las incursiones aéreas.

La B. B. C. comenzó a emitir su boletín de noticias sobre, la acción aliada en Normandía, cuando Cora terminaba de vestirse, pero la muchacha no lo escuchó. Se dio, ante el espejo del vestíbulo, un toque de *rouge*. Su madre, mirándola, pensó que era demasiado bonita —alta, de talle flexible, piernas largas y bien formadas, cabello leonado, grandes ojos verdes y delicadas facciones, llenas de vitalidad— para perder su tiempo con un vulgar americano. Sacudió la cabeza. Era bien cierto, como decía su amiga la señora Wilkes, que los americanos habían caído sobre la población femenina de Inglaterra igual que una plaga de langosta sobre un campo de trigo.

—¡Adiós, mamá!

A las ocho y tres minutos encontraba Cora a su representante particular de la plaga de langosta, apoyado en la baranda de la boca del metro y fumando un cigarrillo. Dick Brown había nacido en Commerce, Texas, veinticinco años antes. Era un muchacho de buena estatura y movimientos equilibrados, moreno, impecable en su uniforme de capitán. Sus ojos tenían una profundidad que contrastaba con la aparente superficialidad de su habitual buen humor. Su sonrisa descubría, bajo la línea del negro bigote, dos hileras de blanquísimos dientes.

Recibió a la joven con un beso. Solía hacerlo siempre, pero ella percibió entonces en su beso un matiz distinto que la obligó a sondear su oscura mirada.

—¡Dick!

—¿Qué?

—¿Ocurre algo malo?

Él sonrió y la asió del brazo.

—Vamos a cenar y hablaremos.

Cenaron en el club de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, que estaba, como cada noche, abarrotado. Habían salido a bailar a la pista cuando Brown dijo:

—Muñeca, ¿has reflexionado alguna vez sobre nuestro porvenir?

Cora se apartó un poco para mirarle.

—¿Qué mosca te pica?

Él no bromeaba.

—Tú y yo, muñeca, somos gente sencilla, que no se complica la vida con aspavientos sentimentales, pero hay una cosa que no podemos negar: hemos calado hondo uno en el otro. Nos queremos, ¿verdad? aunque no recuerdo que nos lo hayamos dicho nunca. Bueno, ¿por qué no nos casamos?

—Oh —hizo Cora, asombrada. Dio un paso en falso, pisó a Dick y sintió que se apoderaba de ella una embarazosa confusión—. Perdona...

Riendo silenciosamente, él la apretó contra su amplio pecho.

—¿Qué respondes?

—¡Por Dios! ¡Dick, no puedes hacerle así una proposición de matrimonio a una chica! ¡Estás loco!

—¿Qué hay de malo?

—¡No es romántico ni nada!

Brown le rozó con los labios la mejilla.

—¿Quieres o no casarte conmigo?

—Dick... déjame... por lo menos recobrar el aliento. Me tomas desprevenida. Creí... creí... que lo nuestro era para ti un pasatiempo... un modo de distraer tus estancias en Londres... Yo misma, si fuera un soldado americano y me enviasen...

—¿Tú un soldado americano?

—¡Estúpido, es una suposición!

—No te remontes a esas alturas. Contesta a lo que te he preguntado: ¿nos casamos o no?

Cora guardó, silencio, mientras los dos se mecían al lento compás de la música.

—Pero, Dick, la guerra...

—La guerra nos tendrá separados algún tiempo nada más. ¿Te ves capaz de esperarme cuando me ausente?

—¿Cuánto hace que nos conocemos? —preguntó ella.

—Dos semanas. Hemos salido juntos cada día, desde entonces.

—Dick, ¿no será insuficiente? ¿Tú me quieres? ¿Estás seguro?

—Sí.

Cora dejó repentinamente de bailar. No pudo contener la emoción que se alzaba dentro de ella, como una ola, y, levantando el rostro y ciñendo con ambos brazos el torso de Dick, depositó un beso en su boca. Un piloto que se hallaba junto a ellos, con su pareja, lanzó un admirado silbido.

—¡Cuerno! —exclamó Brown—. ¿Eso qué es? ¿Una respuesta afirmativa?

La muchacha sonreía, pero tenía húmedos los ojos.

—Dick, eres un bruto, un verdadero salvaje, un irresponsable, un inconsciente... y no entiendo cómo a un individuo así lo han hecho capitán de paracaidistas, ni...

—¿Te casarás conmigo? Di que sí.

—Sí.

—Vamos a la mesa a celebrarlo.

Cora se dejó conducir, como en sueños. En cuanto se hubieron sentado, él prosiguió:

—No disponemos de mucho tiempo. Son —consultó su reloj— las nueve menos diez. A las nueve y media celebraremos la ceremonia. A las diez sale un tren hacia Brighton y allí pasaremos la luna de miel, a no ser que prefieras quedarte en Londres. No he de incorporarme al regimiento hasta mediodía.

Cora, boquiabierta, no daba crédito a lo que oía.

—¿Qué? —articuló.

—Digo que a las nueve y media...

—¡Sí, sí, sí! ¿Me tomas el pelo, Dick? ¿Estás hablando de casarnos... esta noche? ¿Esta misma noche?

—¿No has aceptado?

—En esas condiciones, mi respuesta es ¡no! Mi madre... y mi padre...

—Me caso contigo, no con tu madre y tu padre. A ella puedes avisarla por teléfono. ¿Dónde está él?

—En... Escocia... en un campamento de zapadores...

—Bueno, se le envía un telegrama y en paz. Todo resuelto.

La muchacha le miraba fijamente.

—Dick, ¿no estarás borracho?

Brown movió negativamente la cabeza.

—Falta explicar la parte desagradable del asunto —dijo con frialdad—. Mi permiso por convalecencia, muñeca, termina hoy. Han sido las dos semanas más maravillosas de mi vida, gracias a ti, pero es justo que acaben. He recibido ya la orden de incorporación. No vuelvo a Italia. Me han destinado al Regimiento 50, de Infantería aerotransportada, y he de presentarme mañana antes de mediodía. Tal como están en Normandía las cosas, es más que probable que entremos en acción inmediatamente.

Cora se había puesto pálida.

—Entiendo.

—¿Y qué decides?

Ella le asió impulsivamente las manos.

—¡Dick, estás insinuando que nunca más nos volveremos a ver!

Brown arrugó el entrecejo.

—Muñeca, no exageres. La guerra es dura, lo sabemos todos, pero he tenido suerte hasta ahora, y la única vez que me han cazado, ha servido para que, como consecuencia, te conociera. Un favor que les debo a los prusianos. No serán tan descorteses que...

—Dick, quiero casarme contigo esta noche. Lo quiero, ¡lo quiero!

—Muy bien, muñeca. Siempre deseé una novia impaciente.

Ella se ruborizó.

—Y es posible que tu nuevo regimiento se quede aquí todavía una temporada, ¿verdad? ¡Oh, Dick, si se te llevan no lo resistiré!

—No te hagas ilusiones. Una unidad aerotransportada ha de ser forzosamente necesaria en Normandía y, por lo demás, a ninguno de nosotros nos gusta lucir el uniforme en la retaguardia. No nos alistamos como paracaidistas para eso.

—Pero si te casas...

Brown hizo seña a una camarera.

—Aunque me case. Vamos a beber champaña, ¿eh? ¿Hay aquí champaña? Me costará un riñón... Bueno, lo doy por bien empleado

—la camarera se alejó. Brown levantó de la mesa las manos de Cora y las besó delicadamente—. Cada minuto que pasemos juntos, desde este momento, muñeca, ha de valer por un año de felicidad, por un siglo, por un millón de años. Hemos de ser cada uno, una parte del otro, de modo que ni la distancia, ni la guerra, ni la muerte, ni nada consiga separarnos jamás. Mañana no existe, Solamente esta noche: ¡toda nuestra vida condensada en una sola noche!

Cora pensó en su madre y en lo que diría, cuando la supiera casada con un «piel roja». Pensó en ello únicamente un instante, porque eran ya las nueve y tenía prisa por empezar a vivir.

CAPÍTULO II

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo el teniente coronel Spencer.

Estaba en la oficina del tercer batallón, estudiando un mapa, y no alzó la cabeza hasta transcurrido un momento. Entonces vio que quien había entrado era un capitán desconocido para él.

—¿Qué desea?

—Se presenta a usted el capitán Richard Brown, destinado a este regimiento.

Brown parecía cansado y tenía un círculo de sombra en torno a los ojos, pero iba recién afeitado y uniformado con absoluta corrección. El teniente coronel sonrió y le estrechó la mano. Los dos hombres se miraron, cara a cara. Brown pensó de Spencer que era un buen ejemplar: fornido, rubicundo, de burlones ojos grises, asombrosamente joven para el empleo que desempeñaba.

—Richard Brown, ¿eh? Encantado de conocerle. Siéntese, tome un cigarrillo. Le habrán dicho que está encuadrado a mis órdenes, en el tercer batallón, al mando de la compañía L, supongo.

Brown aceptó el cigarrillo y se sentó.

—He hablado ya con el coronel Echols.

—¿Qué le ha parecido nuestro jefe?

—Un hombre enérgico.

—Lo es. E inteligente —Spencer dejaba correr distraídamente sus dedos por encima del mapa—. Tengo excelentes informes de usted, Brown. Ha servido con Shanon, ¿verdad? Shanon es amigo mío.

—Lo celebro.

—Sé que fue usted herido en Montelere y ha pasado en Londres unas semanas de convalecencia. Me pregunto si esas semanas habrán bastado...

—¿Por qué dice eso?

—Por su aspecto.

Brown rio silenciosamente.

—Me casé anoche, señor. Me he separado por primera vez de mi esposa, para venir aquí.

—¿Se casó? ¿Cómo se le ocurrió una idea semejante?

—Lo decidí al recibir la orden de reincorporación.

—Claro... el consabido arranque sentimental... Bueno, celebraré

que no tenga que lamentarlo, ni nosotros tampoco.

—¿A qué se refiere, señor?

Spencer se encogió de hombros.

—Ha elegido un momento poco oportuno para su boda, simplemente. En las circunstancias que se avecinan, necesitaré que mis hombres piensen solo en la lucha. La guerra está dando la vuelta sobre sus goznes y a cada uno de nosotros le corresponde empujarla, con todas sus fuerzas. Cualquier distracción puede sernos fatal. Sí, no ponga esa cara, va a ser como pasar la maroma, a quince metros sobre la pista de un circo.

—Creo que me juzga usted mal —replicó el capitán secamente.

—No se enoje, es una mera advertencia. Tiene usted derecho a solicitar una revisión médica y una prolongación del permiso, si no se siente en forma. Prefiero eso a cubrir una vacante con alguien...

—Estoy perfectamente.

—¿Lo está para entrar mañana en acción?

—Como para entrar ahora mismo.

—¿Contaba con esa eventualidad cuando decidió casarse?

—¿Por quién me toma usted? —protestó Brown ásperamente—. ¿Por un pipiolo? ¡Claro que contaba con esa eventualidad! ¿Qué ocurre? ¿Está maldito esté regimiento? ¿O les da miedo que nos envíen a pegar tiros?

Spencer le miró unos segundos con absorbente fijeza. Luego:

—De acuerdo, Brown —dijo—. Quiero que sepa una cosa; ha venido al 508 en respuesta a una petición especial mía. Me era urgente cubrir el mando de la Compañía L con un hombre en quien pudiera confiar a ultranza, como confío en mis demás oficiales; me he enterado de que se hallaba usted en Londres, he remitido la consulta a Shanon y su recomendación me ha decidido a asignarle el puesto. He temido, al verle, haber cometido un error. Me alegro si no es así. Bienvenido.

—Gracias. Pero... —insistió Brown—, ¿ocurre algo extraordinario?

Sin responder, Spencer oprimió el botón de un timbre.

—¿Conoce al resto de sus compañeros? —preguntó a continuación.

—Todavía no.

Se abrió la puerta y asomó un ordenanza.

—Avisa a todos los oficiales del batallón. Les espero aquí, antes de cinco minutos. Deprisa —el ordenanza salió y Spencer se volvió al capitán. Sus burlones ojos chispeaban—. ¿Hasta cuándo calculaba usted prolongar su luna de miel, amigo?

—La di por terminada hace una hora.

—¿Es cierto?

—¿Por qué?

—Porque va a tardar mucho en reemprenderla. Es más, puede que no la reemprenda nunca.

Brown sostuvo su mirada, sin vacilar.

—De modo que todas esas insinuaciones significan que el regimiento saldrá pronto para el frente. Lo presentí al recibir la orden. Me casé por eso, le guste a usted o no.

—Tiene usted mal genio, ¿eh?

—El imprescindible para mandar una compañía.

El rostro de Spencer se aclaró.

—Nos entenderemos, Brown. Creo que no me arrepentiré de haberle reclamado —se abrió la puerta—. Le daré un par de horas más para almorzar con su esposa y despedirse de ella, y luego... Dios sabe lo que vendrá luego. Aquí están los muchachos.

En un momento, se encontró Brown rodeado de oficiales. Recibió el vigoroso apretón de manos del mayor Wilson, comandante de la compañía I, y de los capitanes Hogue y Adams, que lo eran de las K y M, así como de un sonriente grupo de tenientes jovencísimos, atléticos y desenvueltos. Formaban un soberbio equipo, de cuyos componentes ninguno, ni siquiera Spencer, rebasaba los treinta años de edad. Este último, después de efectuadas las presentaciones, dijo:

—Bien, amigos, por fin se sabe algo concreto. Esta mañana hemos sostenido una conferencia los jefes de batallón, con el coronel y el mayor Granger, de la Artillería Divisionaria, pero no he querido comunicarles nada hasta que llegase el capitán Brown y estuviéramos todos reunidos. Vengan acá y echen una ojeada al mapa.

Los hombres obedecieron. Brown, que había captado la silenciosa emoción con que acogieron el anuncio del teniente coronel, observó que el mapa era una carta militar, a gran escala, de la península normanda de Cotentin. Se humedeció los labios con la lengua. Era lógico, pensó. Se había desembarcado en las playas de Caen y la península, con Cherburgo en su extremo, era el más inmediato campo de operaciones. El regimiento tenía que contribuir con su esfuerzo a la acción.

—Se nos ha asignado una misión tan difícil como honrosa —siguió diciendo Spencer. Apoyó el índice en un punto del mapa y todas las cabezas se inclinaron sobre este—. Vean aquí la confluencia de dos ríos, el Douve y el Merderet. Es una zona de gran

importancia estratégica y nuestro regimiento va a dominarla y a atacar desde ella, para apoderarse de los pasos de la parte baja del Merderet. El puente sobre el Douve, que hay en Etienville, será volado como medida previa. Así se protegerá nuestra retaguardia, y con los pasos en nuestro poder, le será posible al VII Cuerpo de Ejército avanzar, hacia el oeste, desde la que llamamos Playa Utah, cortar la península y aislar Cherburgo. Voy a limitarme a puntualizar un hecho capital. De nuestro éxito depende que la conquista de Francia sea una realidad y se abra a nuestros carros el camino de Berlín. La situación en Normandía es tal en estos momentos, que si no se neutraliza Cherburgo, y los alemanes logran sostener su resistencia, hasta recibir refuerzos, nos veremos obligados a retirar la cabeza de playa de Caen, reembarcar y considerar frustradas nuestras ilusiones.

Se hizo el silencio. Brown comprendió que el teniente coronel había dicho la verdad y que, en efecto, la misión del 508 era de importancia decisiva para el curso de la guerra. Sintió espasmo arriba un cosquilleo. Pocas veces, reflexionó, había dependido tanto de tan pocos; es decir, había dependido tanto de él y el puñado de sus nuevos camaradas.

—Bien —continuó Spencer—, según los planes del Mando, nuestro regimiento será parachutado, a primera hora de la madrugada del día D, sobre la zona que ven ustedes, al oeste del río Merderet y al norte del Douve. El punto de reunión es esta cota señalada con el número 30, una colina de pendiente escarpada y cubierta de cultivos, que domina desde aproximadamente un kilómetro y medio uno de los pasos, el Chef du Pont, más meridional. Los pasos principales son dos, el segundo, hacia el norte, el de La Fiere; pero el de Chef du Pont es el más importante porque da acceso a una zona mucho más amplia y decisiva, y constituye por tanto nuestro principal objetivo. ¿Me han seguido hasta aquí?

Los oficiales, con los ojos clavados en el mapa, asintieron.

—En tal caso —concluyó el teniente coronel—, mis instrucciones personales se limitan a preconizarles que cada uno agrupe a sus hombres en cuanto tome tierra y se apresure a establecer el enlace conmigo. Nos valdremos de las señales luminosas reglamentarias. Tomen en consideración, se lo ruego, que la rapidez con que efectuemos la reunión en la cota 30 es el primer factor entre los que determinarán el éxito futuro. El pueblo más próximo a la costa es Picaucville, donde, según ha informado el «maquis», se encuentran tres Compañías de Infantería, una batería

de Artillería y menos de media docena de carros. La guarnición es mayor en Etienville, pero no puede causarnos gran daño si estamos unidos; lo contrario ocurrirá, sin embargo, si andamos dispersos. Grábense esto en la mente. El resto depende de las instrucciones que se reciban sobre la marcha.

—¿Para cuándo se fija el día D? —preguntó súbitamente el mayor Wilson.

—No se ha revelado todavía. Tengan sus unidades dispuestas, para la eventualidad de que sea mañana mismo.

—O sea, ¿para salir esta noche?

—Exactamente No creo que la espera se prolongue más allá de pasado mañana, hasta nuevo aviso. Queda entendido que a partir de ahora no abandonará el acantonamiento absolutamente nadie... con una sola excepción: el capitán Brown.

Brown alzó rápidamente la cabeza.

—No quiero excepciones, señor.

—Es una orden —dijo burlonamente Spencer—. Amigos, el capitán Brown se casó anoche y dispone de dos horas para almorzar y despedirse de su mujercita Pagará un precio por ello: una ronda de *whisky* en la cantina. Y será escocés.

Todos rieron.

Brown pagó su ronda muy a gusto.

CAPÍTULO III

Las fantásticas flores de las granadas antiaéreas se abrían en el cielo estrellado, entre los haces de los reflectores. Los estampidos formaban una cadena sin fin. La expansión del aire hacía bailar al transporte una danza loca.

Los soldados, inmóviles, encogidos en la semioscuridad, esperaban el momento de dar el salto. El teniente Blyss, saliendo de la cabina del piloto, se abrió paso entre ellos y fue a sentarse junto a Spencer.

—Esto va mal —susurró—. El fuego es muy intenso y la noche muy oscura. La formación está dispersándose. Será un desastre si cada aparato llega al objetivo como pueda.

Spencer miraba su reloj, que marcaba las dos menos cinco.

—Trataremos de remediarlo. Diga al operador que comunique con el coronel Echols y no pierda el contacto un instante.

Blyss se levantó nuevamente. Cuando regresó, transcurridos tres minutos, el avión se había estabilizado y la barrera antiaérea quedaba atrás. Solo se oía el ronquido regular de los motores.

—El coronel no contesta. Estamos dando vueltas en busca de la confluencia de los ríos, pero la visibilidad es escasa. Parece que se aproxima el momento.

Spencer asintió lentamente.

—La hora H está fijada para las dos. Falta un minuto escaso —se puso en pie—. Aguarde.

Fue a la cabina. Cuando reapareció eran las dos y seis minutos. El teniente le esperaba con impaciencia.

—¿Y bien?

—Parece que tenemos el objetivo debajo, pero no hay modo de asegurarse. Los demás habrán saltado ya. Afortunadamente, la ola de nuestro batallón ha pasado íntegra y vuela a nuestro alrededor. Es un consuelo.

Blyss arrugó el entrecejo.

—¿Y si luego resulta que saltamos solos?

—Tanto peor. Prepare a la gente.

El teniente obedeció. Cuando todo estuvo a punto y cada hombre dispuesto, con su equipo, Spencer avisó al piloto. Sobrevolaron algo que, en la oscuridad, semejava un caserío. La orden de salto fue dada segundos después.

Spencer soltó el paquete de su distintivo luminoso y se arrojó al vacío. Calculó el intervalo reglamentario. Tiró de la anilla. El paracaídas se abrió. Comenzaba a balancearse colgado de él, cuando observó que el de su paquete no se había abierto y el distintivo bajaba con la velocidad de una piedra... Murmuró una maldición. Todo había empezado mal, pero aquel contratiempo colmaba la medida. Su obsesión era mantener reunida la fuerza, después del aterrizaje, para hacer frente a cualquier reacción alemana, y se vería y se desearía para lograrlo, no disponiendo de la señal luminosa.

Miró arriba. Los poderosos transportes lanzaban al espacio su carga, al parecer sin novedad. Contó que los efectivos rebasarían en muy poco su batallón. Del resto del regimiento, ni rastro.

La tierra, acercábase rápidamente hacia él, e iba a emprender la siempre descabellada aventura, de combatir en la retaguardia enemiga. Se preguntó qué peligros le reservaría aquel mundo sumido en la sombra, y simultáneamente terminó su descenso y se dio contra el suelo el habitual batacazo. La suerte estaba echada. Fuera cual fuese el porvenir, ya no se hallaba en condiciones de rehuirlo.

Había caído en un rastrojo. Con diestros movimientos, se desprendió del paracaídas y se puso en pie. Muy lejano, se oía el tableteo de una ametralladora ligera, o acaso de un «MP» alemán. Al extremo del campo en que se hallaba se distinguía la silueta de un hombre.

Spencer armó su automática y, agazapado, avanzó.

—No se ponga melodramático, por tan poca cosa —dijo el hombre, cuando le tuvo cerca.

Suspirando, el teniente coronel se enderezó.

—Oh, es usted... el recién casado.

Los dientes de Brown brillaban en la oscuridad.

—A sus órdenes. ¿Qué ha pasado? No parece haber caído nadie más por aquí.

—¿Sabe usted dónde estamos?

—No.

—Confieso que yo tampoco. Mi paquete se ha estrellado, no se le ha abierto el paracaídas. ¿Oye, esos disparos? Algunos de los muchachos habrán aterrizado en las narices de una patrulla. Solo eso faltaba.

Brown le asió del brazo.

—Mire allá.

Una luz destellaba a distancia.

—¿Una señal?

—La he visto hace un momento. Vamos.

Caminaron hacia el destello, descendiendo a una vaguada, por una escala natural de terrazas de cultivo, que terminaban en un cauce arenoso. Estaban próximos, cuando una voz les interpeló:

—¿Quién va?

—El teniente coronel.

—¡A sus órdenes, señor!

Ocho hombres se habían reunido en aquel punto. No sin sorpresa, Spencer descubrió que la luz brotaba de su propio distintivo. Todo en el paquete se había hecho pedazos, pero, por una especie de milagro, el farol había soportado el golpe sin dañarse.

Era un buen augurio, el primero.

—Salgamos de aquí. Estamos demasiado bajos para que los demás nos vean.

El pequeño grupo echó a andar, y apenas abandonó la vaguada, se les agregaron otros cinco hombres, uno de ellos un sargento, que acudían a la carrera. El sargento dijo:

—A la derecha hay una loma con árboles, señor. Lo sé porque he caído entre sus ramas y he pasado mis apuros.

Fueron hacia allí y, mientras, cesó el lejano fuego ametrallador. Encontraron sucesivas barreras de setos vivos, y la loma detrás. Spencer la juzgó apropiada. Siguiendo sus instrucciones, un soldado trepó a la copa del árbol más alto y fijó en ella el farol. A las ramas se ataron todas las linternas disponibles.

Brown reía ahogadamente.

—¿Qué le pasa?

—Ese árbol... Cualquiera diría que estamos en Navidad.

—Cuide de no encontrar como regalo una granada. Coja a esos hombres y organice, en todas direcciones, la defensa. Espero que no tarden en llegar otros... o por lo menos que la luz los atraiga antes que al enemigo. Dese prisa.

Brown obedeció. Distribuyó a los ocho soldados por los setos vivos que rodeaban la loma y se sentó a esperar en las tinieblas, viendo a Spencer fumar un cigarrillo bajo el árbol.

Los hombres fueron presentándose uno a uno o por sarcias, evidentemente desconcertados y desorientados. No se pudo obtener de ellos la menor información. Nadie sabía si el grueso del batallón había aterrizado cerca o lejos, si todo el regimiento había saltado, o solo una parte, ni en qué dirección se encontraban los ríos. No había noticia de que se hubieran arrojado, por los alrededores, armas pesadas ni otras municiones que las que cada uno guardaba

en su equipo individual. Esto llenó de preocupación a Spencer. Temía de un momento a otro el contraataque de las guarniciones de Etienville y Picauville, a sabiendas de que con solamente las armas ligeras sería incapaz de contenerlo.

En cuanto los reunidos sumaron una treintena, los dividió en patrullas y asignó a cada una un rumbo.

—Tenéis que localizar caseríos, o accidentes del terreno importantes y buscar a toda costa armas y municiones. Quiero informes exactos. A las cuatro, salvo imprevistos, todos de regreso. En marcha.

Las patrullas partieron.

—¡Brown! —llamó Spencer.

El capitán ascendió por la ladera. En el breve intervalo habían llegado tres hombres más.

—Brown, coloque a esta gente y a la que comparezca en el talud. Por Dios, que abran bien los ojos. Un asalto alemán por sorpresa nos haría ahora polvo en cinco minutos. ¿Dónde demonios se han metido los oficiales del batallón? ¿Se los ha tragado la tierra?

Brown anunció:

—He vuelto a oír disparos.

—¿Cerca?

—Hacia el sudoeste, un par de kilómetros.

—Pues refuerce ese flanco. Convendría que inspeccionara usted, de vez en cuando, los puestos.

—¿No confía usted en sus hombres?

Spencer hizo una mueca.

—Los conozco demasiado bien.

Por espacio de la media hora siguiente no tuvo Brown punto de reposo: distribuyó los soldados que iban acudiendo y anduvo constantemente de un lado para otro, estimulando a todos a ejercer la más eficaz vigilancia. El ataque que temía Spencer, sin embargo, no se produjo. Como si el miedo las hubiera paralizado, las tropas alemanas no dieron la menor señal de vida. Probablemente, supuso el capitán, habían sobrevalorado la fuerza parachutada y esperaban el amanecer, para hacerse cargo de la situación.

Transcurrida media hora regresó la primera patrulla. Había recuperado una ametralladora pesada, que Spencer acogió con júbilo y que él mismo cuidó de emplazar. Pero las municiones eran pocas y, por añadidura, a esto se redujo todo.

Diez minutos después, pareció que al fin iban a recibir la ayuda tan deseada. Los motores de un avión roncaban en el cielo y casi inmediatamente fue visible la negra mole de un C-47, que

remolcaba un planeador. Describió un círculo, atraído por las luces que seguían brillando en el árbol. Se oyeron gritos de bienvenida. El planeador quedó libre. Brown corrió a reunirse con Spencer, que lo miraba descender sin aliento.

El C-47 pasó volando ruidosamente sobre sus cabezas y el planeador aterrizó en uno de los campos al pie de la colina. Los dos hombres bajaron a su encuentro. Había encajado con cierta violencia entre los setos y en aquel momento lo abandonaba el piloto, tambaleándose, aturdido por el encontronazo.

Brown le sostuvo.

—¿Cómo llegan ustedes tan tarde? —preguntó Spencer—. ¿Qué ha ocurrido?

El hombre sacudió la cabeza.

—Trozamos con mucho fuego antiaéreo y luego perdimos la ruta. ¿Qué unidad es la suya, señor?

—El tercer batallón del 50. Estamos aislados. ¿Sabe algo? ¿Ha visto al resto?

—No he visto nada, señor. Solamente... creo... muy al este... algunas luces.

—¿Muy al este? ¿Y los ríos?

—Tienen ustedes uno al este y otro al sur.

—Entonces nos encontramos, aproximadamente, en el lugar señalado para el lanzamiento. No comprendo.

—Yo tampoco, señor.

—Bueno, ¿qué trae ahí?

—Granadas de mortero.

Spencer hizo un gesto de desencanto.

—Cuerno, qué mala suerte. No tenemos morteros. Pudieran ser víveres, municiones, «bazookas», ametralladoras... qué sé yo... Usted no es el culpable, claro. ¿Hay otros aparatos en camino?

—Lo ignoro, señor. Vinimos solos.

Brown dijo:

—Está llegando más gente a la colina. Regresa otra patrulla.

Spencer miró hacia allí. Un pequeño grupo se había reunido bajo el árbol. Una de las patrullas, efectivamente, se hallaba en primer término y su jefe les hacía señas.

Se encogió de hombros.

—Tome su carabina —le indicó al piloto— y póngase a las órdenes del capitán Brown. Vamos.

Los tres hombres emprendieron el ascenso a la loma.

CAPÍTULO IV

Entre los recién llegados estaba un oficial médico, el teniente Carruthers, que era portador de un elemental equipo sanitario. Los demás no llevaban consigo sino un paquete de víveres, que habían encontrado por azar.

Mientras Spencer recibía el informe del jefe de la patrulla, Brown saludó al teniente y le ofreció un cigarrillo.

—¿De dónde viene usted?

Carruthers parecía cansado. Era un muchacho de rostro infantil e inteligentes ojos azules, flaco, rubio, que probablemente tuvo el tiempo justo de recibir su título facultativo antes de vestir el uniforme.

—He caído en las afueras de Picaucville —repuso. Y añadió sonriendo—: Somos paisanos, ¿no? ¿De qué parte de Texas?

—De Commerce.

—Yo soy de Houston, pero conozco Commerce. Mucho algodón.

—A usted no se le nota el acento.

—Culpa de la Universidad. Estudié en Baltimore, pero en Houston tengo a mí novia y en Houston me he de establecer, cuando esto termine.

Brown se dejó caer sentado al pie del árbol.

—¿Por dónde está Picaucville?

El teniente hizo un gesto impreciso.

—No sé... he salido corriendo... He llegado aquí por verdadera casualidad. La noche es muy negra.

—¿Qué pasaba? ¿Fueron en Picaucville esos tiros?

—Sí. Temo que algunos de nuestros hombres no hayan tenido suerte. Han aterrizado frente a los centinelas alemanes y no se puede ya contar con ellos. Doherty era uno.

—¿El teniente Doherty?

—Sí.

Brown se pellizcó el labio.

—Estaba en mi Compañía. ¿Ha muerto?

—Herido y prisionero. Trató de organizar un foco de resistencia, pero se lo han desbaratado enseguida. Yo he hecho cuanto me ha sido posible. Al fin me he visto obligado a escapar.

Spencer se aproximó a ellos. Brown se puso en pie.

—Oiga usted lo que cuenta el teniente.

Carruthers repitió sus noticias, que el teniente coronel escuchó con cara de palo, para, acto seguido, preguntar:

—¿Cuántos eran esos hombres?

—Aproximadamente una sección.

—¿No había otros oficiales?

—No.

Spencer se volvió al capitán.

—Brown, dejo la posición bajo su mando. La patrulla dice que ha descubierto, no lejos, los contornos de un pueblo, que debe ser Picauville. Salgó a efectuar un reconocimiento. Es urgentísimo determinar exactamente dónde nos encontramos.

—Muy bien, señor.

—Carruthers, usted viene conmigo.

—¿No cree que el teniente necesita descanso? —apuntó Brown.

Spencer le miró fijamente.

—He dicho que viene conmigo.

Giró sobre sus talones, hizo una seña a la patrulla y echó a andar colina abajo. Carruthers le siguió, dejando al capitán solo ante el árbol. Una vez rebasados los setos vivos, la patrulla desplegó en guerrilla y los dos oficiales se quedaron junto al cabo que la mandaba. Juntos, se alejaron en dirección sudoeste.

Transcurrido algún tiempo, el teniente coronel dijo:

—Dudo que vayamos muy lejos. Luego podrá usted descansar cuanto quiera.

Carruthers no veía su cara, pero adivinaba su expresión. Conocía de sobra a Spencer; había tenido ocasión de tratarle, en el tiempo que llevaba en el regimiento. Spencer era un excelente jefe de batallón y había logrado hacer, del tercero, un modelo de dureza, de disciplina y de exactitud. Declaraba que no había lugar para los débiles, los morosos, los tibios o los indecisos en una unidad paracaidista. Esto era verdad, y sin embargo, el teniente coronel había extremado siempre su rigor. Solamente era humano fuera del servicio. Carruthers imaginó cuanto debería de estar sufriendo y rabiando entonces, él, que tanto amaba la precisión cronométrica, con su batallón perdido en la oscuridad, sin saber siquiera si el resto del regimiento había sido o no parachutado y careciendo de enlace con sus superiores. No obstante, entre el cuadro de mandos del 508, incluido su coronel, Spencer era el más apto para resolver la situación, si de algún modo cabía resolverla.

—No se preocupe —replicó—. Ha sido un exceso de oficiosidad por parte del capitán Brown.

—Hum —hizo Spencer.

—Yo no le conocía. Parece un hombre muy dispuesto.

El teniente coronel demoró su respuesta.

—Tomó anteayer el mando de la compañía L —dijo—. ¿No se vieron ustedes antes?

—No estuve como para ver a nadie, desde que se anunció la operación. Demasiado trabajo. Veinticuatro horas y pico de antelación no es plazo suficiente para que uno se dedique, todavía, a ampliar el círculo de sus amistades. Prisas, ¡prisas! Y total, ¿de qué sirve? De nada. Cuando llega el momento se encuentra uno en el corazón de la retaguardia.

—Esto es solo el comienzo —le interrumpió Spencer—. Las cosas se arreglarán.

Caminaron un rato en silencio. Después:

—Oiga —dijo Carruthers.

—¿Qué?

—Al capitán Brown, ¿se lo han impuesto a usted por la fuerza?

—¡No! Todo lo contrario: solicité especialmente que fuera destinado a mí batallón.

Hubo otro silencio.

—¿Por qué pregunta eso? —inquirió Spencer.

—Me pareció advertir entre ustedes... cierta... cierta tirantez.

—¿Sigue usted practicando sus observaciones psicológicas? Las últimas, ¿lo recuerda? le costaron tres días de arresto.

—Lo recuerdo —gruñó el teniente.

Y calló. Permaneció callado hasta que, al cabo de media hora, la patrulla se detuvo y su jefe se aproximó a Spencer y saludó.

—Era aquí, señor. Desde esos matorrales.

El teniente coronel se dirigió a los matorrales, con Carruthers a la zaga. Por encima de ellos, en la distancia y vagamente, se distinguía la torre de un campanario. Spencer sacó un mapa y lo desplegó en el suelo. Alumbró su encendedor de campaña, ocultando cuidadosamente el débil resplandor. Luego de unos minutos, dijo:

—Esa torre ha de ser la de la iglesia de Picauville. Vea, Carruthers, nosotros estamos aquí, y aquí está la posición en la loma. La cota 30 queda bastante al este, un poco al norte. De ello se deduce que nos han lanzado exactamente sobre la zona convenida. ¿Cómo demonio, si es así, no hay el menor rastro de los demás?

—Quizá los transportes no han llegado a su destino, o están dispersos, o a última hora cambiaron las órdenes, sin que usted se enterase.

Spencer masculló una maldición. Guardó el encendedor y plegó

el mapa.

—¿Fue junto a ese mismo pueblo donde Doherty y sus hombres han combatido? ¿Lo reconoce?

—Sí, salvo que —Carruthers miró a las estrellas para orientarse — veía la torre desde más al sur.

—Perfectamente —Spencer se enderezó—. Andemos con tiento, porque esto estará lleno de exploradores alemanes. ¡Cabo!

—A la orden, señor.

—Regresaremos dando un rodeo al norte. En orden de combate. Destaque un hombre a vanguardia y adviértale que es preciso rehuir los caminos, porque probablemente estarán vigilados. Cubra en guerrilla la mayor extensión de terreno posible. Hay que encontrar refuerzos y material a toda costa, ¿comprendido?

El cabo asintió y corrió a comunicar las instrucciones.

—Vamos —añadió el teniente coronel, emprendiendo la marcha —. Sé ya en qué lugar estamos, Carruthers, pero maldito si saco de ello algún provecho. Empiezo a convencerme de que hemos fracasado. Si no reúno una fuerza considerable, la mitad del regimiento por lo menos, se irá al diablo.

—¿Por qué?

—Nuestra primera misión había de ser volar el puente sobre el Douve, que hay al sur de Etienville, para asegurarnos protección en la retaguardia, mientras dominamos los pasos del Merderet. Sin un buen contingente de soldados, municiones y armas pesadas, nunca lograremos llegar hasta allí. El enemigo, que espera en Etienville y Picauville, nos hará pedazos. No quiero ni pensar lo que entonces le ocurrirá al resto del regimiento, esté donde esté. Mi única esperanza es que lo hayan parachutado más al oeste, al otro lado de Etienville; que venga hacia acá, volando el puente a su espalda, y que, juntos, sigamos hasta el Merderet. Si tal es la situación no tenemos más remedio que hacernos fuertes y esperar.

Carruthers no dijo nada. Su misión no era discutir los problemas del mando, sino cuidar de los heridos cuando los hubiese; que los habría, si el porvenir era tan negro como Spencer anunciaba.

Habían caminado aproximadamente veinte minutos por setos, campos, vaguadas secas y rastros, cuando el cabo se unió a ellos brotando de la oscuridad.

—Hay alguien ahí enfrente —anunció en un susurro—. Los muchachos han entrado en posición.

—Quédese aquí —le ordenó Spencer al teniente.

Se adelantó con el cabo, velozmente, agazapados los dos en la

sombra. Fueron a tenderse junto a uno de los soldados, que tenía encarada la carabina, y el soldado, sin pronunciar palabra, señaló hacia su izquierda.

Se oían voces apagadas y vagos rumores. Spencer indicó a los dos hombres que no se movieran, desenfundó la pistola y continuó a rastras. Un momento después, por la suave ladera de un pequeño altozano, dominaba una hondonada. Entonces oyó distintamente las voces, y escuchó cómo alguien, en claro acento de Nueva York, su propia ciudad, emitía una opinión de mucho peso acerca de las piernas de Ann Miller. Sonrió.

—¡Eh, vosotros! ¿Quién está ahí?

Se hizo un silencio absoluto.

—Le tenemos encañonado —anunció de pronto, un personaje invisible.

—No diga usted mentiras. Soy el teniente coronel Spencer.

—¡El teniente Finch a sus órdenes, señor! —fue, en tono alegre, la inmediata respuesta...

Una figura alta apareció y otras detrás. Spencer se puso en pie. Él teniente acudió a la carrera y saludó.

—¡Sin novedad! ¡Cuánto celebro haberle encontrado!

—De modo que es usted quien me ha encontrado —dijo Spencer incisivamente—. ¿Se ha vuelto loco? ¿Qué hacía metido en ese hoyo?

Finch tragó saliva. Era un mocetón de cara ancha y sonrisa fácil.

—Descansábamos, señor.

—¿Qué medidas de seguridad ha adoptado? ¿Dónde están sus centinelas? ¿Cómo sabe siquiera si hay o no novedad?

—Lo siento, señor... yo...

—¿Cuántos hombres tiene consigo?

—Dos sargentos y tres soldados.

Los cinco se habían detenido a unos pasos de distancia.

—¿Ha oído tiros?

—Sí, ahí, más abajo.

—¿Ha establecido algún contacto?

—Ninguno, señor.

—¿Dispone de armamento?

—Las armas individuales y un «bazooka», con su primer repuesto de municiones. Lo encontramos hace poco.

La noticia dispó buena parte del enojo de Spencer. Sí, de acuerdo con sus informes, había carros alemanes en Picauville, el «bazooka» le sería, tarde o temprano, de gran utilidad.

—Está bien, únase a nosotros. Tome el mando de la patrulla. El

cabo le indicará el rumbo. Es preciso cribar el terreno y recoger todo el material posible.

Finch comprendió que la tormenta había pasado y ahogó un suspiro.

—A la orden, señor.

Dos hallazgos se efectuaron, durante el regreso a la loma. Uno fue un simple paquete de alimentos, pero el otro consistió en una radio-mochila, e hizo creer a Spencer que su aislamiento había terminado.

En esto se equivocaba. Una vez en la posición, la pequeña emisora lanzó en vano, al aire, sus insistentes llamadas. No hubo respuesta.

Así discurrió el tiempo hasta el amanecer. Luego, en cuanto rompió el alba, la colina empezó a recibir fuego enemigo.

CAPÍTULO V

El teniente coronel envió a Brown a investigar lo que ocurría y esperó con aparente tranquilidad su informe. Brown no tardó en regresar.

—El fuego es muy poco intenso —dijo— y procede solamente de armas portátiles. En mi opinión, se trata de un tanteo; de un contacto, efectuado por patrullas de reconocimiento, que buscan localizarnos y averiguar nuestra fuerza.

—¿Han visto al enemigo?

—No, aunque sus hombres más cercanos parecen estar a corta distancia. Se guarecen en los setos. No disponemos apenas de campo de tiro, es el peor defecto de la posición.

Spencer reflexionó un instante y se encogió de hombros.

—Si esa es toda la idea que de lo que sucede podemos hacernos, estamos aviados. Tenemos poquísimas municiones. Ordene a los hombres que tiren únicamente cuando descubran un blanco vivo. Paciencia y esperemos que Dios haga lo demás.

Brown no preguntó qué era «lo demás». Transmitió la orden que había recibido y a continuación se preparó un refugio solitario en la ladera, con vistas en la dirección de Picauville, y allí se tendió filosóficamente y se puso a fumar.

Durante toda la mañana sonaron disparos aislados, breves descargas, cortas ráfagas. Un soldado resultó herido. El teniente coronel no dio señales de haberse trazado ningún plan, la radio continuó muda y a lo largo de varias horas la acción se mantuvo invariable. Spencer, para arriesgarse a la más rudimentaria de las operaciones, por no decir para llegar hasta el estratégico puente sobre el Douve y volarlo, necesitaba muchas más fuerzas. En tanto, el enemigo, quizá mal informado, no emprendía la ofensiva ni sacaba la menor ventaja de la situación.

Hacia las once y media, Brown, que en varias ocasiones había abandonado su refugio para recorrer los puestos entre los setos, pero regresando siempre a él, oyó unos pasos que se le aproximaban. Miró y era Spencer.

—No se mueva —el teniente coronel se sentó a su lado—. Esto acabará matándonos de aburrimiento. He despachado algunas patrullas con la esperanza de que encuentren algo nuevo a la luz del día: es cuanto puedo hacer. ¿Cómo van los hombres?

—Regular. La espera los cansa. Rara vez saben contra qué tirar. Los alemanes saltan entre la maleza como conejos.

—¿Han cazado alguno?

—Parece que sí, pero no se ven cadáveres. Calculo que por los alrededores habrá una sección enemiga, todo lo más.

—¿No le sorprende que los alemanes se muestren tan pasivos?

—No —dijo Brown—. Tienen, una extensión de terreno demasiado grande que explotar y es de suponer que no somos nosotros el único núcleo que existe en ella. Por los prisioneros que le tomaron a Doherty habrán averiguado que se lanzó en la comarca un regimiento entero. Esto les obliga a fortificarse y organizar la defensa. Como perspectiva, para ellos no es alentador. Su situación, en cierto modo, resulta tan apurada como la nuestra.

—Exacto —asintió lentamente Spencer—, lo mismo pienso yo... si es que de verdad el regimiento fue lanzado, cosa que ignoro todavía. Por otra parte, es posible que saltase del lado de allá de Etienville. Los alemanes, en tal caso, dedicarán toda la atención a su flanco oeste y nos dejarán en paz. Si consiguiera asegurarme de ello, avanzaría inmediatamente en dirección contraria, hasta dominar el curso del Merderet.

—Es dudoso que el grueso de los nuestros se encuentre al oeste de Etienville. Recuerde que el único elemento de información que poseemos fue lo que dijo el piloto del planeador, y habló de haber visto hacia el este; es decir, hacia Chef du Pont, al otro lado del río.

—Eso es casi lo peor que nos podría ocurrir.

El capitán no replicó. Spencer se recostó en la hierba y sacó del bolsillo de su camisa un paquete de tabaco.

—¿Quiere un cigarrillo? —sus ojos burlones se posaron en Brown y escrutaron atentamente su rostro—. ¿Qué ha hecho aquí solo toda la mañana? ¿Pensar en su esposa?

—Sí —admitió francamente el capitán.

—Y se arrepiente ya del paso que dio, al casarse precipitadamente, ¿no?

Brown se volvió a mirarle.

—¿Cómo ha imaginado semejante absurdo? ¿Arrepentirme?

—Eso creo haber dicho.

—¿Qué le pasa a usted con mi boda? ¿Le he pisado la novia quizá? Oiga, ¿no será eso? ¿Usted conoce a Cora Robbins?

—No desbarre. Claro que no la conozco.

Los dos hombres guardaron silencio. Después, pensativo, dijo Brown:

—Jamás di un paso más acertado en mi vida. Todo ha cambiado

desde que me casé, todo ha cobrado un sentido nuevo. Todo: la guerra, la lucha, la muerte... Los recursos morales de un hombre se acaban muy pronto, usted debe saberlo. Cuando me hirieron en Montelere estaba harto de todo, de todos; me preguntaba cada día por qué y para qué peleaba y llegó un momento, un momento crítico, en que ninguna respuesta me pareció convincente. La defensa de la libertad, los derechos humanos, la democracia, un mundo mejor, ¿usted cree en todo eso? ¿Usted cree en esas paparruchas que inventan los políticos, para que en beneficio de ellos se maten los tontos? ¡Vamos! En cambio, ahora sí sé para qué peleo. Es algo que siento, que llevo en mi corazón. Lucho por el hogar que fundaré cuando esto acabe, por la mujer que amo, por los hijos que me dará, por la felicidad que nos espera. Se puede luchar por todo eso... Es mío, ¡mío! y he de defenderlo cueste lo que cueste. Yo nunca tuve nada verdaderamente mío, ¿comprende? ¿Es usted casado, señor?

Spencer se puso en pie. Brown percibió el hiriente destello burlón de su mirada y se sintió un poco ridículo.

—Me asombra oírle hablar así, capitán —en la voz de Spencer había hielo—. Debió decirme todo eso cuando nos vimos por primera vez: le hubiera dejado en Londres. Usted no es un oficial de la reserva, un paisano disfrazado circunstancialmente de militar, es usted un profesional, graduado en West Point, y un soldado profesional sabe siempre por lo que lucha: por el honor de su oficio, por la confianza que la patria ha depositado en él o, si lo quiere así, por el sueldo que cobra del bolsillo de los contribuyentes. No tiene derecho a cobijar, bajo pretextos sentimentales, su falta de amor a las armas. Lo siento, Brown, pero no es usted el hombre que yo esperaba. Lo presentí cuando me notificó su apresurada y delirante decisión de casarse y ahora lo compruebo con verdadero disgusto.

Brown se quedó con la boca abierta. «Está loco», pensó. Pero al disponerse a replicar, descubrió que el teniente coronel se había alejado. Entonces se tendió de nuevo, boca arriba, relajó los músculos y miró el cielo. Era azul, sereno y profundo. «Cora», murmuró. Y revivió mentalmente uno a uno, con un profundo y casi doloroso placer, los últimos instantes que pasó junto a su esposa.

A mediodía hubo cierto revuelo en la posición. Los primeros síntomas fueron el endurecimiento del fuego enemigo, como si los exploradores alemanes hubieran sido reforzados. Luego, una serie de movimientos indicaron que los tiradores comenzaban a avanzar a lo largo de los setos.

—Al fin han renunciado a la prudencia —se dijo Brown, arrastrándose hasta los puestos de vanguardia—. ¡Tanto mejor!

Un momento después el fuego, muy bien dirigido, caía sobre la posición, desde el flanco izquierdo. Brown se apresuró a enviar hombres para guarnecer este y los situó escalonados en profundidad. Destacó dos escuchas y él mismo, gateando por las zonas desenfiladas, trató de procurarse un observatorio. Rodeaba la cumbre de la loma cuando vio que el hombre encargado de la radio estaba llamando con gritos y gestos al teniente coronel. Entonces renunció a su propósito y se dirigió hacia allí. Llegó detrás de Spencer, quien ya tenía el aparato en sus manos.

Por la radio se oía una voz amiga:

—¡Llama el capitán Hogue! ¡Llama el capitán Hogue!

—¡Hogue, aquí el teniente coronel! ¿Dónde está usted?

—A un par de kilómetros al nordeste de su posición, según calculo. Una de sus patrullas que se ha extraviado, acaba de tropezar conmigo. Tengo sesenta hombres, me encuentro en un prado y no he sostenido más que una escaramuza con un pelotón alemán al amanecer. Me han dicho qué su posición no reúne buenas condiciones, señor.

—No, especialmente ahora. El enemigo empieza a organizar su ataque.

—¿Dispone usted de línea de retirada?

—Por el momento, sí.

—¿Por qué no se viene acá? ¿O prefiere que acuda yo en su socorro?

Spencer reflexionó un instante.

—Muy bien, Hogue, manténgase en su lugar. Iré en cuanto me sea posible. ¿Sabe algo del resto del batallón, o de los batallones o de la situación del regimiento?

—El suyo es el primer contacto que tengo, señor.

—Llámeme si hay novedad. Corto.

Cesó la comunicación y Spencer se volvió al capitán.

—Póngase de acuerdo con el teniente Finch y preparen urgentemente el movimiento. Son —miró su reloj— las doce menos dos minutos. A las doce y cinco saldremos de aquí.

Brown partió corriendo en busca de Finch, pero, al descender por la ladera derecha, abrigada del fuego enemigo, oyó que le llamaban. Era el teniente médico. Había acostado a siete heridos a la sombra de unos arbustos y permanecía a su lado.

—¿Tiene usted tabaco, capitán? Los muchachos lo piden.

Brown le entregó su paquete de cigarrillos. Dos de los hombres

parecían estar graves. Uno, especialmente, con la cara de color gris, apenas respiraba, aunque en sus ojos llameaba la vida. El teniente le colocó un pitillo entre los labios y se lo encendió.

—Es todo lo que puedo hacer por ellos, desgraciadamente —dijo, llevando aparte a Brown—. Capitán, quería preguntarle una cosa. Usted no se entiende demasiado bien con Spencer, ¿verdad? ¿Por qué?

—Él lo sabrá. Parece que no le gusta que me haya casado.

Carruthers entornó los ojos.

—¿Usted se ha casado? ¿Hace poco?

—La víspera de mi incorporación al regimiento.

—Ya veo...

Brown contemplaba al teniente con cierta sorpresa.

—¿A qué vienen esas preguntas?

Carruthers pareció embarazado.

—Oh, perdone... quizá peco por meterme en lo que no me importa... pero a algunos oficiales les ha resultado difícil acomodarse a las manías del teniente coronel, y yo sé que es una excelente persona y siempre ha procurado suavizar las relaciones...

—Usted sí que es una excelente persona. Continúe.

—No, nada. Quizá le ayude a saber que Spencer se casó en Nueva York la antevíspera de su partida hacia los frentes de combate del Pacífico. Nadie conoce exactamente lo que ocurrió durante su bautismo de fuego, pero lo cierto es que no se distinguió por su valor, por su serenidad, ni por su audacia. Al término del primer mes resultó herido, obtuvo un permiso de convaleciente y regresó a Nueva York. En cuanto llegó descubrió que su mujer le engañaba con el cantante de un club nocturno. Pidió el divorcio y se reintegró al frente. Se había convertido en otro hombre. Desde entonces no ha vuelto a cambiar.

Brown pensó que la historia era bastante significativa. La burlona dureza del teniente coronel ocultaba un gran desengaño. Había perdido la fe en los valores sentimentales. También él, un día, debió amar, y amar tanto que la distancia, la guerra, el peligro y la muerte se le antojaron odiosos. A veces en estas circunstancias se olvidaba uno del propio deber. La vida tenía sus exigencias. Hasta que un brusco despertar le situaba a uno ante la traición, ante la indignidad, ante la vergüenza; y los ídolos caían y con ellos el mundo entero se venía abajo.

—Sin embargo, esto no le da derecho...

—No, no le da derecho a juzgar a todos por su mismo rasero y a inmiscuirse en la vida privada de sus oficiales. Pero Spencer es así,

y Echols, nuestro coronel, le estima lo suficiente para permitirle gobernar a su antojo el batallón. No hay hombres casados entre los mandos del tercero, capitán, salvo usted. Spencer no los tolera. El hecho, probablemente, le explicará muchas cosas.

—Sí —asintió el capitán, meditabundo—, muchas cosas. Gracias, Carruthers.

El fuego se extendía desde el flanco izquierdo de la posición, amenazando con rodearla completamente. Brown tuvo, de pronto, conciencia de la realidad, y volviendo la espalda al teniente, echó a correr en busca de Finch.

A las doce y cinco estaba dispuesta la evacuación de la colina. Un desagradable incidente, empero, obligó a última hora a retrasarla.



Spencer indicó a los dos hombres que no se movieron...

CAPÍTULO VI

Un sargento, congestionado y jadeante, llevó al puesto de mando la noticia.

—¡Señor, los nuestros! ¡Están llegando! ¡Vienen hacia los setos vivos!

Spencer lo miró un instante, sin variar de expresión.

—¿Por dónde?

—¡Por la vaguada del norte!

—¿Cuántos son?

—¡No puede saberse todavía, señor!

Spencer requirió sus prismáticos.

—Vamos a verlo.

El sargento condujo, a través de la lluvia de proyectiles que caía sobre la zona, hasta el improvisado pozo, que un tirador había cavado en la vertiente septentrional de la colina. Desde allí se advertía con claridad el movimiento envolvente que los alemanes realizaban, apoyando sus tiros de mortero y ametralladora en el flanco izquierdo de la posición. También se distinguía una fuerza que avanzaba, con sus hombres escaqueados, pegados al terreno y guarecidos en la desenfilada. Eran, efectivamente, tropas propias, pero muy reducidas.

—Una patrulla —dedujo Spencer, observándolas por medio de los prismáticos—. Creo que ni, siquiera nos han visto. Atiéndame, sargento.

—A la orden.

—Avisé al capitán Brown. Dígame que concentre toda nuestra masa de fuego hacia la izquierda, adelantando los hombres lo más posible. Hay que inmovilizar a los alemanes el tiempo necesario para que la patrulla se nos una; explíquele que, de lo contrario, esos muchachos caerán en una trampa mortal.

El sargento se retiró, arrastrándose. Spencer esperó. Un momento después oyó a Brown dar las órdenes a voz en grito y vio a sus soldados deshacer, a la carrera, el dispositivo montado para la evacuación de la colina. Inmediatamente fue abierto el fuego.

Lo que ocurrió a continuación dejó atónito al teniente coronel. La patrulla que se aproximaba, al iniciarse el rugido de fusilería, hizo cuerpo a tierra y envió contra la posición una descarga de todas sus armas. Sonaron gritos, muchos de cólera, pero otros de

dolor. Spencer titubeó. ¿Era una traición? ¿Un error? ¿Un engaño?

Los alemanes, desde la izquierda, se aprovecharon del momentáneo desconcierto para responder con fuego multiplicado. Estaba a punto de producirse una desmoralización que podía ser fatal.

—¡Identificación! —gritó Spencer, haciendo bocina con las manos—. ¡Identificación, deprisa!

Hubo entre los setos un rápido y desesperado flamear de banderolas color naranja. Aquello resolvió toda duda: las armas de la patrulla callaron. Se había cometido una penosa equivocación.

—¡Son amigos! ¡Adelante! ¡Fuego a la izquierda! ¡Sigan!

Spencer oyó el tableteo de la única ametralladora. Luego, la voz enérgica del capitán Brown.

—¡Salto colectivo de diez metros al frente! ¡En posición! ¡Fuego!

Los componentes de la patrulla se pusieron en pie. Un cabo que la mandaba agitó el brazo y todos emprendieron una velocísima carrera, talud arriba, hasta alcanzar los setos. El teniente coronel les hizo señas. El cabo se adelantó. Llegó a su lado pálido, sin aliento.

—Lo siento, señor... no veíamos... no podíamos suponer...

—Ya está el daño hecho —le atajó Spencer secamente—. ¿De dónde vienen ustedes?

—El mayor Wilson nos ha enviado de descubierta.

—¿Dónde está?

—Al norte, unos tres kilómetros.

—El capitán Hogue está también por allí. ¿No le han visto?

—Nos encontrábamos completamente aislados, señor.

—¿Cuántos hombres tiene Wilson?

—Unos cincuenta.

—Muy bien, salgan de la zona batida y descansen, hasta nueva orden.

Spencer echó a andar hacia la izquierda. Notó con satisfacción la gran densidad del fuego propio, en tanto que el de las armas pesadas enemigas había cesado por completo y vio a Carruthers deslizarse entre los setos, transportando un herido con la ayuda de un soldado, que llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo manchado de sangre. Se preguntó cuántas serían las bajas. Dada la escasez de elementos, no podía permitirse el lujo de perder hombres.

Encontró a Brown sentado junto a un matorral, con una varilla en la mano.

—Les hemos obligado a retroceder, señor. Hasta que consigan nuevos emplazamientos, nos dejarán en paz.

Spencer se hizo cargo de la situación, de una ojeada.

—Basta por ahora. Mantenga un pelotón avanzado y reúna a los demás. Nos vamos.

—¿Se nos han incorporado esos salvajes?

—Sí. Wilson los había enviado de exploración. Opera con medio centenar de hombres, no lejos de Hogue, según creo.

Brown le miraba fijamente.

—¿Se da usted cuenta de una cosa?

—¿De qué?

—Retirarnos hacia el nordeste significa aumentar todavía la distancia que nos separa de Etienville. No olvide que nuestro objetivo previo ha de ser volar el puente sobre el Douve.

—No lo olvido. ¿Qué quiere usted? ¿Qué atasque a Hogue y a Wilson en esta misma posición donde nos hemos atascado nosotros? Es imposible. Necesito engrosar hasta el máximo mis fuerzas, proveerme de armas pesadas y municiones, lograr explosivos para la voladura... Si lo consigo todo, descenderemos hacia Etienville, si no, seguiremos esperando a establecer contacto y saber qué demonios pasa. Usted duda de que el regimiento se encuentre al oeste de Etienville, pero mi única línea de conducta es aguardar como cabeza de cuña a que los demás vuelen el puente y se dirijan al Merderet. A usted no le gusta, a mí tampoco y, sin embargo, hay que aguantarse. Apresúrese y no hablemos más.

Brown sacó a los hombres de la avanzadilla, dejando un pelotón, como se le había ordenado y rehízo los preparativos de marcha que había desbaratado la aparición de la patrulla. Luego puso a Finch al frente de la tropa y ascendió a la cumbre de la colina en busca de nuevas instrucciones. Spencer estaba con Carruthers y los heridos, cuyo número había aumentado a quince, a consecuencia de las recientes acciones enemigas y propia.

En cuanto llegó observó que algo raro pasaba. Spencer se mostraba sombrío y el rostro del teniente médico reflejaba una profunda emoción.

—Todo listo para la marcha, señor...

Spencer se pasó la mano por la boca.

—Pues adelante.

A Carruthers le brillaban los ojos, como si los tuviera llenos de lágrimas, Brown le examinó, intrigado.

—¿Qué ocurre?

—Nada —repuso Spencer ásperamente—. Carruthers se queda aquí.

—¿Cómo?

—Es lo reglamentario —dijo el teniente, con voz confusa—. Diez de los hombres no están en condiciones de andar. Son peso muerto y retardarían a los demás. Yo me quedo con ellos para atenderlos y entregarlos al enemigo.

Estremecido de cólera, Brown se encaró con Spencer.

—¡Usted no puede ordenar eso! ¡Sobra gente para el transporte! —Carruthers le asió del brazo y él se soltó violentamente—. ¡El regimiento dispone de equipo sanitario suficiente para cuidar de los heridos!

—¿Dónde está el regimiento? —inquirió el teniente coronel—. ¿Lo sabe usted?

—¡Es convertir deliberadamente a Carruthers en prisionero de los nazis!

—Por favor —suplicó el teniente, interponiéndose entre los dos hombres y agarrando a Brown de los brazos—, no intervenga, capitán. Conozco mí deber...

—Usted sí, ¡pero Spencer no!

Las pupilas del teniente coronel brillaron.

—¡Capitán, cuidado con lo que dice!

—¡Retire la orden!

Spencer se dominó con visible esfuerzo.

—Ya hablaremos de su actitud más adelante. Buena suerte, Carruthers. Informaré a mis superiores de su valor, su abnegación y su serenidad. Me siento orgulloso de haberle tenido bajo mi mando.

El muchacho soltó a Brown, le estrechó la mano a Spencer y articuló:

—Gracias, señor. Buena suerte también a usted.

El teniente coronel giró sobre sus talones y se alejó.

—¡Spencer! —gritó Brown.

—No haga esto más difícil, capitán, se lo suplico —dijo Carruthers—. Cállese. Spencer lo lamenta tanto como usted pueda lamentarlo, pero cumple con su obligación, y yo con la mía. Capitán, ¿me oye? ¿Quiere hacerme un favor? ¿Quiere hacérmelo?

Brown estaba furioso.

—Si ese fatuo cree que tener dotes de mando es alardear de frialdad... le juro...

—¡Capitán!

Brown se estremeció.

—Sí, puede que lleve usted razón, Carruthers. Si para algo me necesita, dígalo. Todo es inútil.

El teniente sacó del bolsillo una carta.

—Esta mañana he escrito a mí novia, ¿querrá enviársela cuando

tenga ocasión?

—Por supuesto.

—Y si alguna vez vuelve a Texas... le ruego que vaya a Houston... Tiene las señas aquí, en el sobre, ¿las ve? Dígale... que esté donde esté... no dejaré de pensar en ella nunca...

—Juro que lo haré, Carruthers. ¿Algo más? ¿Sus padres?

—Murieron. Ella es cuanto tengo en el mundo. Veá, se llama Sally Jones. Sally, ¿no es un nombre hermoso?

Brown apoyó las manos en sus hombros y se los estrujó nerviosamente, procurando no mirarle a la cara, para no aumentar su emoción.

—Usted volverá a Texas antes que yo, muchacho. Nuestras tropas le libertarán. Obtendrá permiso para irse a casa. Cuando esta cochina guerra termine, los dos nos reiremos juntos, recordando este instante. Hasta pronto, Carruthers... hasta pronto.

—Capitán.

—¿Qué?

—No le tome en cuenta sus rarezas a Spencer. Prométamelo.

—Lo prometo.

Una granada de mortero estalló violentamente en el flanco izquierdo de la posición. Dos más la siguieron. Tabletearon las ametralladoras.

Los alemanes emprendían el contraataque.

—Me alegra haberle conocido, capitán —dijo Carruthers.

Brown estrechó una a una las manos de los diez heridos. Al pie de la colina un silbato tocaba estridentemente a reunión.

Finch había ya organizado la partida, por el único camino expedito, a retaguardia. Volviendo la cabeza, para ver al joven médico, de pie e inmóvil junto a la cumbre, el capitán Brown se le unió cuando la tropa comenzaba a ponerse en marcha.

Y entonces descubrieron que aquel único camino estaba obstruido por el planeador, caído durante la noche.

CAPÍTULO VII

Spencer, a quién comunicaron la noticia por medio de un enlace, acudió inmediatamente a la cabeza de la columna. No había modo de salvar el obstáculo: los setos vivos se levantaban sólidamente y eran demasiado compactos para tratar de pasar a través de ellos; el planeador, cargado de granadas, resultaba demasiado pesado para ser movido. Urgía, por otra parte, resolver la situación, ya que los alemanes, no encontrando resistencia, desarrollaban a gran velocidad un movimiento envolvente.

—Habrá que salir por la vaguada hacia el norte —apuntó Finch—, y avanzar combatiendo.

Brown no dijo nada, pero sabía que aquello era imposible: la vaguada estaba batida por las ametralladoras enemigas. Maldijo en silencio al planeador y la ilusión con que él y Spencer lo habían visto aterrizar. De poco había servido, y ahora, de estorbo. Su estúpida mole, incrustada en los setos, podía ocasionar —la ocasionaba— una catástrofe.

El teniente coronel reflexionaba. Al fin habló:

—Saldremos a través del planeador. Es el único modo...

—¿A través? —preguntó Finch.

—Y usted el primero. Corra hasta él, trepe a la cabina por la puerta de este lado y salga por la del otro. Los demás le seguirán uno a uno.

Una solución audaz, pensó Brown, aunque lógica. Su peor inconveniente era que constituía un enorme retraso, cuando lo más esencial para la evacuación radicaba en su rapidez. Tampoco entonces dijo nada. Sin embargo, estaba seguro de que ni la mitad de los soldados lograría pasar antes de que los alemanes lo descubriesen.

—¡Vivo, Finch! —ordenó Spencer.

El teniente salió disparado, cubrió el trecho y desapareció dentro del planeador. Un momento después agitaba los brazos desde más allá.

Utilizando el mismo sistema, pasó una docena de soldados. Los minutos transcurrían lentamente. Una tensión angustiosa se sentía flotar en el aire. Los hombres se iban poniendo nerviosos.

El décimo tercero corría hacia el aparato, cuando las balas comenzaron a barrer los setos. La columna hizo cuerpo a tierra.

—Usted ahora —le dijo entonces Spencer al capitán.

—Gracias. Prefiero...

—¡Usted ahora!

—Muy bien, señor —replicó Brown secamente.

Se levantó, siguió el camino de sus predecesores, y se reunió con estos al otro lado del planeador. Allí se sentó a presenciar el penoso desfile. Finch le dio un cigarrillo. No cambiaron una sola palabra, porque ambos estaban demasiado atentos al desarrollo de la escena.

El fuego enemigo no causaba daño ninguno, pero la situación cambió radicalmente al darse exacta cuenta los alemanes de lo que sucedía. Brown supuso que habrían destacado exploradores, intrigados por el extraño comportamiento de las fuerzas norteamericanas; el caso fue que, de pronto, alzándose de los setos, sus tiros se concentraron en el planeador. En aquel momento habían ya pasado aproximadamente las dos terceras partes de la tropa.

Brown sintió un escalofrío.

—Santo Dios —susurró—, ahí va a haber una carnicería, Finch, retire la gente y póngala a cubierto.

—Oiga, ¿no exagera usted las precauciones, capitán?

—No.

—Granadas de mortero. Imagine que un proyectil las haga estallar.

Finch palideció y, sin replicar, se apresuró a cumplir la orden. Volvió, arrastrándose. Para entonces, la situación había empeorado todavía más, porque un mortero ligero alemán, entraba en fuego y sus impactos iban aproximándose al planeador peligrosamente.

Los hombres del lado de Spencer, pensando sin duda lo mismo que Brown, se habían detenido y se ocultaban en el seto. El miedo los clavaba en el sitio. El teniente coronel les ordenó avanzar una sola vez. Luego, viendo que ninguno obedecía, se levantó, anduvo tranquilamente hasta el planeador y se metió dentro. Desde allí los llamó.

—Ha perdido el juicio —murmuró el capitán, junto a Finch—. ¿Ha observado qué es lo que se propone?

—Dar ejemplo.

—¡Y qué ejemplo! Apuesto a que permanece dentro del aparato hasta que pasen todos. Es tentar al diablo. Vea ese mortero cómo afina la puntería. El riesgo, considerado hombre a hombre, no es muy grande: si el planeador estalla cuando uno pasa, mala suerte; pero Spencer afronta el riesgo completo, sabe perfectamente que, tarde o temprano, una granada lo mandará a las nubes...

—Para eso es Spencer —dijo Finch con naturalidad.

Brown lo miró asombrado. «Para eso es Spencer», por supuesto. El capitán sintió un asomo de vergüenza. Había sido injusto. Spencer, ciertamente, exigía mucho a sus hombres, pero nunca tanto como él mismo era capaz de dar.

En aquel instante, asomado a la puerta del planeador e indiferente a la muerte que le rondaba, increpaba airadamente a los cobardes ocultos en el seto y les ordenaba continuar. Su voz helada y sarcástica vibraba como un azote. Brown pensó que era magnífico; la viva y perfecta estampa de un jefe. La luz de su valor suicida borraba de su figura todas las sombras.

Pero los hombres no le obedecían. El terror los había dominado, las palabras mordaces y las órdenes no hacían mella en su espíritu. Varios salieron atropelladamente, pasando y se lanzaron como locos en busca de un nuevo refugio. Los menos. El resto no se movió.

Spencer permaneció en el planeador, hasta convencerse de que su esfuerzo era inútil y concluiría solamente por acarrear una pérdida de tiempo. Entonces se unió a Brown y Finch. Estaba rojo de cólera.

—Cochinos eunucos —articuló—. Así los nazis los desollaran vivos... Vámonos de aquí, ¡pronto! ¡En marcha!

Mientras se reorganizaba la columna, Brown buscó una oportunidad de quedarse a solas con él.

—Señor —dijo—, quisiera disculparme por las palabras que antes he pronunciado. Llevo casi tres años combatiendo y no me asombro ya por nada, pero no olvidaré la lección que acaba usted de darnos. Permítame que le felicite.

Por un momento pareció que se humanizaba la mirada de Spencer. Luego asomó a ella un fulgor acerado.

—Reserve sus efusiones sentimentales para cuando sean útiles a la victoria, Brown —replicó—. Lo único que la guerra exige es que cada cual cumpla con su deber. Es ocioso felicitar a nadie por ello.

Brown, enrojeciendo, se mordió los labios.

—Lo siento por usted.

Spencer enarcó las cejas.

—¿Por mí?

—No crea que sus alardes me impresionan —el tono del capitán era apasionado, pero respetuoso—. He conocido a mucha gente de su mismo calibre, tipos tan desesperadamente débiles que para huir de sí mismos necesitaban refugiarse en el valor, en el reglamento o en la dureza. Infelices, en el fondo; desengañados, defraudados, sin fe. Es usted muy ingenuo, si supone que le felicito por admiración.

No se ofenda si le digo que no me inspira más que lástima.

Hubo un silencio.

—¿Le parece que ese es modo de hablarle a un superior?

—Tómelo como guste.

El rostro del teniente coronel semejaba tallado en piedra. La helada ironía, sin embargo, había desaparecido de sus ojos, y Brown experimentó verdadera satisfacción por aquella pequeña victoria.

Spencer dijo:

—Reintégrese a su puesto, capitán. Destaque a un sargento y cinco hombres exploradores en vanguardia de la columna. Esto es todo.

—A la orden, señor.

Brown se alejó, sonriendo. Sabía que había hecho vacilar la confiada superioridad de aquel hombre inflexible, y volvió la mirada hacia la colina, como para enviarle un mudo mensaje de solidaridad y agradecimiento al teniente Carruthers. Ahora conocía el punto flaco de Spencer, podía defenderse de él con sus mismas armas, estaban ambos en situación de equilibrio. El resultado sería, indudablemente, la paz entre los dos.

La columna avanzó un kilómetro a paso ligero, sin que los alemanes hicieran nada por impedirlo: seguían acribillando la abandonada posición, y con intensidad creciente, a juzgar por su fuego, todavía audible. Todo acabó de pronto, con una gigantesca conmoción, un inmenso estallido, que elevó al cielo un chorro de humo, llamas, metralla y tierra. La onda sonora y la expansión del aire llegaron hasta el grupo norteamericano, a un kilómetro de distancia con violencia increíble.

Una granada había, al fin, hecho blanco en el planeador, actuando como espoleta común para todo su cargamento.

—Ojalá hayan recibido su premio esos cobardes —dijo Spencer, entre dientes—. ¡Estaría bueno!

El fuego alemán cesó. El teniente coronel, Brown y Finch, los tres, enfocaron sus prismáticos hacia la loma. Así vieron agitarse en la cumbre una bandera blanca.

Era Carruthers.

Los setos ardían en torno al lugar que ocupó el planeador, pero de los soldados que quedaron atrás no se advertía rastro alguno.

Media hora después, tras un rápido desplazamiento, al abrigo de la vegetación, la columna desembocó en un claro y se detuvo ante el extraordinario espectáculo de doscientos paracaidistas, sentados a la sombra, sin hacer absolutamente nada.

—¿Qué significa esto? —exclamó Spencer.

Los hombres se levantaron. Tenían consigo tres ametralladoras ligeras, calibre 30, pero ni siquiera las habían montado. No parecía haber entre ellos oficiales ni suboficiales. La irrupción de la columna en el claro los había tomado por sorpresa, y del mismo modo los hubiera tomado la de una fuerza alemana.

Spencer se enfureció.

—¡Estúpidos inútiles! ¿Qué hacéis ahí? ¿Esperar que el maná lloviera?

Los soldados contestaron atropelladamente: nadie había tomado el mando... no fue dada ninguna orden. Por un verdadero milagro se habían salvado de que el enemigo les cazara, como tontos, inutilizando una fuerza considerable y de la que Spencer tenía imperiosa necesidad. Durante muchas horas, totalmente aislados, habían dormitado allí, esperando a que alguien apareciera y les dijese lo que debían hacer.

El enojo de Spencer se trocó en una actitud realista, que obligó a Brown a recordar la ocasión en que, al comienzo de la noche pasada, le había preguntado si no confiaba en sus hombres. «Los conozco demasiado bien», replicó entonces Spencer. Se suponía que las unidades paracaidistas se nutrían de tropas seleccionadas, y era cierto; pero, llegada la hora crítica, todos los soldados, seleccionados o no, demostraban parecidos defectos y parecidas virtudes.

La totalidad de la fuerza reunida fue dividida en tres secciones. El teniente coronel tomó personalmente el mando de la primera, dio la segunda a Brown y la tercera a Finch. Así, desplegando en cuña directa, se prosiguió el avance, hasta alcanzar una loma dominante, con campo de tiro relativamente bueno. Spencer dio en ella la orden de alto.

—Los grupos de Wilson y Rogué han de estar por las cercanías —dijo Brown—. Establezcan una defensa provisional en todas direcciones y ponga en funcionamiento la radio. Las cosas han cambiado ahora: tenemos hombres; un «bazooka», una ametralladora pesada y tres ligeras, y aumentaremos los efectivos cuando se nos unan los demás, sobre todo si traen explosivos. Ha llegado, pues, el momento de probar si somos lo bastante fuertes para, como usted sugería con tanta insistencia, atacar hacia el Oeste, sobre el puente de Douve. Envíe cuatro patrullas: dos para cortar las líneas telegráficas de la vecindad y las otras para buscar información entre los habitantes franceses.

Brown se apresuró a obedecer. Las patrullas partieron. Los

soldados comenzaron a emplazar las ametralladoras y a cavar sus pozos de tirador. Unas banderitas de identificación se situaron bien visibles, por si los dos restantes grupos americanos destacaban exploradores.

Cuando la nueva posición estuvo lista, mediada la tarde, no se había producido aún ninguna novedad.

CAPÍTULO VIII

Después de las seis oyeron disparos hacia el este, pero el tiroteo duró solamente unos minutos. Suponiendo que se trataba de las fuerzas de Wilson o de las de Hogue, Spencer ordenó intensificar las llamadas por radio. Hasta transcurrida media hora no obtuvo la primera respuesta. Le habló el propio mayor Wilson.

—¡Encantado de oír su voz, señor! ¿Dónde se esconde? ¡Llevamos buscándole toda la tarde!

—¿Sabe algo del capitán Hogue?

—¡Pues claro que sí! Nos reunimos hace ya rato, marchamos juntos.

—¿Han cruzado fuego con el enemigo?

—Nada, una escaramuza con un destacamento de exploradores. Se han retirado a la carrera.

—¿Hará media hora?

—Aproximadamente.

Spencer les dio la situación en el mapa de la colina que había ocupado, cortó la comunicación y se dispuso tranquilamente a esperar. Algo más tarde, en la tierna claridad precedente a la puesta del sol, se perfilaron las avanzadillas del grupo que se aproximaba. A los pocos instantes apareció el grueso, casi un centenar de hombres, portadores de dos «bazookas» más, una ametralladora calibre 50 y otra calibre 30, una radio-mochila, víveres y parte del equipo sanitario que debía haber mandado Carruthers, así como municiones en cantidad regular. Acompañaban al capitán y a Wilson los tenientes Blyss, ayudante de Spencer, con algunos de los elementos de la plana mayor del batallón, que habían viajado en su mismo transporte, y Cantrell, O'Neill y Martino, de las compañías I y M.

Spencer les dio la bienvenida y en tanto las fuerzas se reagrupaban y consolidaban sus posiciones, los oficiales celebraban una reunión. Los recién llegados traían tabaco abundante, que en parte fue inmediatamente distribuido, porque en la columna empezaba a escasear. Luego se cambiaron pareceres e informaciones.

El intercambio no aportó nada nuevo, como no fuese la reiteración de que se ignoraba el paradero del regimiento y la suerte de los restantes oficiales y soldados del batallón, exceptuados los

que, con Doherty, cayeron prisioneros de los alemanes en el momento de tomar tierra. Los grupos de Wilson y Hogue carecían también de explosivos, pero, incluso así, Spencer decidió que se arriesgaría a descender hasta el puente del Douve, si las noticias que habían de traer sus patrullas se demostraban favorables. Una vez en el puente, de un modo u otro se las ingeniaría para destruirlo, lo importante era contar con fuerza suficiente para llegar hasta allí.

Había anochecido en el curso de la conferencia y fue necesario instalar en la cumbre de la colina las luces de identificación. Luego, mientras se suministraban raciones a los soldados, parte de los cuales estaban en ayunas desde el inicio de las operaciones, regresaron las dos primeras patrullas, anunciando que su objetivo de destruir las comunicaciones telegráficas se había cumplido satisfactoriamente.

Las restantes se presentaron veinte minutos después. Spencer cenaba cuando recibió el aviso, pero, con Wilson, Hogue y Brown, se apostó a escuchar el informe, sin demora.

—Le traemos una sorpresa —dijo el sargento que se había adelantado a dar la novedad. Sonreía enseñando sus grandes y blancos dientes—. Usted verá qué cosa tan linda...

Por la ladera ascendía una figura cuya camisa color claro destacaba en la oscuridad. Los oficiales pensaron que se trataba de un paisano, de un hombre joven, de un adolescente. Al tenerlo bajo las luces, descubrieron su error. Era una muchacha.

El sargento añadió:

—Dice que se llama Lise Bernard.

Todos la miraban en silencio, sintiendo sin saber explicarse, el desconcierto de su presencia allí, en aquel rudo mundo de hombres. La muchacha no parecía embarazada por el examen. Era verdaderamente hermosa y no una vulgar campesina. Calzaba unas rústicas sandalias y vestía pantalones grises y una blusa blanca, con las mangas arrolladas por encima de los codos. Se veía una fina cadena de oro en torno a su cuello, pero la cruz o la medalla que sostenía se perdía en su escote. Su pecho juvenil subía y bajaba a compás de la respiración. Tendría veinte años, quizá menos. Llevaba el cabello color castaño claro, recogido con una cinta. La luz de las lámparas eléctricas ponía ligeras sombras en su rostro oval, delicado, inteligente, tostado por el sol, y un brillo de vida en sus despiertos ojos azules. Su actitud traslucía una gracia natural, un encanto directo que entraba por los sentidos cómo el soplo perfumado de la brisa de primavera.

Spencer fue el primero en hablar.

—¿Está usted loco? —dijo al sargento—. ¿Cómo se le ha ocurrido traerla? ¿Quién es?

—Deje que ella se lo explique, señor.

—¡Es a usted a quién le pregunto!

La muchacha, súbitamente, terció:

—No le grite, él no tiene la culpa —se expresaba en un inglés claro, de acento cantarín—. He venido por propia voluntad. ¿Es usted el jefe de estas fuerzas?

—Sí —exclamó Spencer.

—Me llamo Lise Bernard, ya se lo han dicho. Soy la maestra de Etienville y el grupo local de Resistencia me ha enviado a ustedes como enlace. Puedo procurarles toda clase de informes.

—Esta sí que es buena —articuló mordazmente el teniente coronel—. La envían a usted como enlace, ¿eh? ¿Qué les pasa a los hombres? ¿Están ocupados preparando la cena y zurciendo calcetines?

Sin titubear, la joven replicó:

—Es usted un perfecto imbécil.

Brown sintió unas ganas inmensas de echarse a reír. Spencer, a despecho de su aplomo, se había quedado con la boca abierta. La decisión, la desenvoltura y la seria franqueza de la muchacha le habían sentado como una ducha de agua fría.

Hubo un momento de tensión. Después:

—Puede retirarse, sargento —articuló el teniente coronel, con voz incolora—. Cuide de que sus hombres cenén y descansen. Le llamaré cuando llegue la hora de reexpedir a la señorita a su lugar de procedencia.

—A la orden, señor.

—Usted no me reexpedirá a ninguna parte —dijo la muchacha, mientras se alejaba el sargento—. Voy a quedarme aquí.

Spencer se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué cuerno es lo que...?

—No empiece otra vez con sus gritos —le atajó ella—. Volver a Etienville me costaría la vida. Me han visto escapar en el último instante, y hay en el pueblo una sección de S.S. Supongo que sabe usted de la guerra lo bastante para conocer los métodos que usan los S.S., con quienes desobedecen sus órdenes allí donde se ha proclamado la ley marcial.

El teniente coronel la miró fijamente.

—Está bien, ya discutiremos eso más tarde —hizo un evidente esfuerzo para mostrarse amable—. Me llamo Spencer. Aquí tiene al

mayor Wilson y a los capitanes Hogue y Brown. Le ruego que se siente. Estábamos cenando.

Lise estrechó llanamente la mano a los dos oficiales y con la misma llaneza cruzó las piernas y se sentó en el suelo.

—Continúen, por favor.

El mayor fue a decir algo, pero lanzó una ojeada al rostro ceñudo de su jefe y optó por callar. Hogue no había cesado de sonreír desde que apareció la muchacha. Brown, aunque exteriormente impasible, observaba con intenso regocijo cómo Spencer hacía frente a aquella situación imprevista. Al cabo, fue él quien se decidió a romper nuevamente el silencio.

—¿Ha cenado usted ya, *Mademoiselle*?

Ella consideró la pregunta con notoria simpatía.

—No.

—No podemos ofrecerle mucho... pero...

—Gracias, no se moleste por mí.

Spencer hizo suya la sugestión, aunque sin comentario y llamó secamente al ordenanza. Este examinó a la muchacha con curiosidad. Trajo una ración más, remoloneando antes de retirarse definitivamente.

Spencer, había reflexionado.

—Su posición no es muy clara, señorita. Le agradeceré que nos la explique con mayor detalle.

Ella asintió, masticando un trozo de galleta.

—Hasta esta mañana no nos hemos enterado de que había paracaidistas americanos en la región, aunque los esperábamos de un momento a otro. A la guarnición se le ha dado la alarma. Los alemanes nos han sometido inmediatamente a estrecho control y han prohibido a los hombres salir de casa, bajó amenaza de disparar sin previo aviso. A nosotras, las mujeres, nos permiten circular solamente por el pueblo. Han situado infinidad de centinelas. Toman tantas precauciones porque saben que estamos organizados y podemos darles un disgusto si se descuidan. Todo lo que espera el grupo de Etienville es una ocasión para actuar, pero con los S.S. allí es imposible. Hay una sección entera. Vinieron en cuanto se produjo el desembarco en Caen, y por todas partes es igual. Temían que el «maquis» normando se alzase y les destrozase la retaguardia. Algo de eso se ha conseguido, aunque muy poco.

»Boulot, nuestro jefe, ha decidido despachar un enlace. A mediodía ha elegido a un muchacho, entre los voluntarios... Bueno, los S.S. lo han cazado detrás de la iglesia y le han matado en mitad de la plaza, a la vista de todos. Entonces se ha pensado en una

mujer. Me he ofrecido yo. La esposa de Boulot me ha traído instrucciones a casa, al caer la tarde, y he partido inmediatamente. Ninguno de los centinelas, por la calle, me ha dicho nada, pero luego, cuando he logrado escapar de los límites del pueblo, siguiendo el camino que había pensado Boulot, una de esas parejas que andan de patrulla me ha visto. He podido ocultarme en el bosque y darles esquinazo. Hasta el oscurecer he caminado escondiéndome, esperando encontrarles a ustedes, y al fin he localizado esta patrulla, que rondaba Picauville en busca de informes. Era inútil porque los habitantes de Picauville están tan vigilados como nosotros, o más. La otra patrulla se nos ha unido después y tampoco había conseguido nada.

—¿Para qué quería ese Boulot enviarnos un enlace?

—De una parte, para que les sirva de guía; de otra, para pedirles que ocupen la población. Los resistentes desean luchar a su lado.

—Lo comprendo, pero eso depende de las órdenes que reciba. ¿Qué fuerzas alemanas hay en Etienville?

—Un batallón reforzado por una compañía de carros ligeros; otra de armas pesadas, otra de zapadores y la sección de S.S. Están cavando posiciones que cubran la población, el camino de Chef du Point y el que cruza el Douve.

—¿Protegen el puente?

—Sí.

Spencer miró al mayor y a los dos capitanes. No les dijo nada, pero ellos entendieron perfectamente que, con sus actuales fuerzas tratar de llegar al Douve a través de la masa de fuego que los alemanes podían oponerles, era imposible.

—Parece usted muy enterada, señorita.

—Es mi obligación.

—¿Y en Picauville?

—Tres compañías reforzadas, una batería y una sección de carros. Le advierto que hay más tropas todavía, en número que ignoramos, desplegadas por la comarca.

Spencer inclinóse hacia adelante.

—¿Cómo fue que para encontrar americanos, echara usted a andar en dirección este?

La muchacha le miró con asombro.

—¡Demonios! ¿No están ustedes aquí?

—¿No los hay al oeste?

—¿Es usted quien me lo pregunta? No, no los hay.

—¿Está segura?

—Por supuesto —Lise entrecerró los ojos—. ¿Qué ocurre?

La última esperanza de Spencer se había derrumbado: el resto del regimiento no fue lanzado al oeste de Etienville, es decir, el puente sobre el Douve no sería volado jamás. Pero ¿dónde había caído el regimiento? ¿Más al este, al otro lado del Merderet, como imaginó el piloto del planeador? ¿Por qué no daba señales de vida?

—¿Qué ocurre? —repitió la joven.

Spencer se levantó y la contempló, con los brazos en jarras.

—¿Quién me garantiza que no es usted una espía alemana, en lugar de una resistente?

—Tendrá usted que fiarse de mi palabra. He venido sin documentación ni contraseña. Era demasiado peligroso.

—Dice que hay S.S. en Etienville. ¿No la ha impedido venir el temor de que tomaran represalias sobre sus familiares?

—Soy la maestra.

—¿Y qué?

—Vivo sola. Mis padres residen en París.

—¿No tiene a nadie allegado? ¿Tampoco un novio?

Ella sostuvo firmemente su mirada.

—Murió hace cuatro meses en un campo de prisioneros.

—¿Dónde aprendió a hablar inglés?

—Cuando estudiaba pasaba los veranos en Londres, trabajando como institutriz.

El teniente coronel hizo una rápida seña a Brown.

—Capitán, díglele al teniente Blyss que venga.

Brown se alejó y regresó con Blyss, que acudía lleno de obsequiosidad. Pestañeó y plegó los labios como si fuera a silbar al ver a la muchacha.

—La señorita Bernard queda a su cargo —le dijo Spencer—. Más tarde recibirá nuevas instrucciones.

Blyss pareció muy satisfecho. La joven preguntó:

—¿De modo que no me devuelven a Etienville?

—Por el momento me es imposible. Siga al teniente. Si algo necesita, pídale.

Cuando estuvo solo con el mayor y los dos capitanes, Spencer, sin pronunciar palabra, sacó su mapa y lo extendió en el suelo. Pasó estudiándolo en silencio unos minutos. Luego habló:

—Señores, es preciso renunciar definitivamente a la voladura del puente. De lo poco que sabemos cabe deducir que el regimiento, al caer, fue dispersado en ancho y profundidad y que nosotros formamos la más remota ala occidental del dispositivo. Al oeste, de aquí no hay fuerzas americanas. ¿Tienen algo que sugerirme?

—Avanzar hacia el este hasta establecer contacto —dijo Wilson.

—Eso es aproximadamente lo que yo pensaba —asintió el teniente coronel, apoyando en el mapa su dedo índice—. Con una salvedad: concretaremos el avance a la cota 30, que fue señalada al principio como punto de reunión. Está cerca de aquí. Constituye un enclave de gran importancia estratégica, porque es la altura dominante sobre el valle del Merderet y el camino de Chef du Point. Si la misión del regimiento es apoderarse de los pasos del río, en Chef du Point y La Fiere, nuestra presencia allí no tendrá precio. ¿Conformes?

Los tres oficiales asintieron.

—¿Qué hay de la muchacha? —inquirió Brown.

Esperó la respuesta escrutando el rostro de Spencer, pero el teniente coronel no varió de expresión. Tenía los ojos fijos en el mapa.

—No puedo arriesgarme a devolverla a Etienville. Si es una espía alemana y ha observado, como no dejará de hacerlo, lo débiles que realmente somos, el enemigo nos barrerá. Le guardaremos hasta habernos afianzado, hasta conocer la situación general y contar con el respaldo del regimiento. Después... ya se decidirá. Esto es todo, por el momento —Spencer se enderezó—. Saldremos hacia la cota 30 a las nueve en punto.

A Brown le hubiera gustado saber si Spencer creía realmente en la posibilidad de que Lise Bernard fuese una espía, o si se valía de ello como un pretexto para ocultar su flaqueza; porque flaqueza era, en él, no haberla devuelto inmediatamente a Etienville y al castigo de los S.S.

CAPÍTULO IX

Las fuerzas, antes de partir, fueron objeto de una metódica organización. Spencer las dividió en dos compañías, dándole el mando de una al mayor Wilson y reteniendo él la otra. A las nueve y tres minutos en plena oscuridad, se emprendió la marcha.

No ocurrió el menor incidente, no hubo novedad ninguna, de modo que tras dos horas de camino plácido, en verdadero paseo, se llegó a una loma, que la plana mayor identificó en el mapa, sin asomo de duda como la cota 30, mencionada en la orden.

Las sorpresas empezaron allí. La colina, en la carta, aparecía totalmente dominante y desde su cresta se debía gozar de absoluta perspectiva sobre el valle entero del Merderet, los caminos y aún más lejos de la ciudad de Chef du Point Pero la realidad del terreno desmentía la promesa del papel. La cota 30 estaba cruzada por setos vivos que constituían una pantalla casi completa, hallándose, como se hallaban, sobre los terrenos elevados y con muchos árboles altos y tupidos. El camino que se abría hasta la cima era un barrizal entre grandes taludes escarpados. Ni remotamente se tenía, arriba, la sensación de encontrarse en un punto dominante, porque era imposible ver más allá de los primeros setos. El lugar resultaba favorable para una reunión, según se presupuso, pues estaba bien señalado y disponía de suficientes cubiertas, pero el follaje de los árboles lo privaba absolutamente de visibilidad.

—Bien, aquí es —suspiró Stanley, mirando en torno—. Como era de esperar, no hay nadie. Observen, señores, la diferencia que va de la teoría a la práctica, de proyectar las operaciones sobre el papel a realizarlas sobre el terreno. Estamos, según el mapa, en la mejor posición estratégica de muchos kilómetros a la redonda. ¡Narices! ¿Qué ven ustedes? Hojas y ramas. ¿Dónde está el río, dónde los caminos, dónde la población? ¿Cuál es nuestro campo de tiro? Nulo... Les prometo que, a poco que los alemanes se despabilen, nos vamos a divertir.

—Pero, ¿nos quedamos? —preguntó Wilson.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Ocupen la loma, tomen las primeras medidas de seguridad y preparen los turnos de vigilancia. Mañana, a la luz del día, emprendaremos seriamente la organización. Mi puesto de mando estará bajo ese olmo, aquí me encontrarán para cuanto precisen. ¡Teniente Blyss!

—¡A la orden, señor!

—Cuide usted personalmente de que funcione la radio y, además, envíe señales luminosas en dirección este.

—Muy bien, señor.

—Usted, Martino, forme una patrulla y reconozca el terreno en círculo, alrededor de la loma, hasta la base. ¿Brown?

—Aquí, señor.

—Dirija la guarnición de la mitad meridional de la colina. Hogue, la septentrional. Usted, mayor, emplazará las armas automáticas, en el bien entendido de que todo ello será rectificado mañana, conforme las necesidades y el resultado de la observación. Nada más.

Los oficiales se dispersaron y Spencer fue a tenderse al pie del olmo, contemplando sin interés cómo se fijaban las luces de identificación en la cumbre. A las doce, una hora después de la llegada, todavía se oía a los soldados moverse entre los setos y aún sonaban órdenes en las tinieblas, próximas unas remotas otras. Luego, todo quedó en silencio poco a poco.

La noche era hermosa, tibia y clara, típica del comienzo del verano, con el aire impregnado de un sensual aroma a vegetación. La guerra parecía estar muy lejos, o no existir. En lo alto, la Vía Láctea refulgente, cruzaba un cielo cuajado de estrellas.

Spencer sintió un súbito vacío interior. Sacó un cigarrillo. Una voz queda preguntó, mientras lo encendía:

—¿No tiene uno para mí?

Volvió la cabeza. Lise Bernard estaba en pie a su lado. Sin replicar, él alzó el paquete al extremo de su brazo extendido. La joven tomó un cigarrillo y se puso en cuclillas para prenderlo en la brasa del suyo. Allí se quedó. Sacudió la cabeza para echarse atrás el cabello, que llevaba suelto y aspiró el humo con deleite.

—Tabaco americano —susurró—. La primera prueba efectiva de que la liberación de Francia ha dejado de ser un sueño, para empezar a convertirse en realidad.

Se sentó en la hierba, extendió las piernas y se apoyó en un codo, mirando a Spencer. El fumaba con la vista fija en el cielo. Transcurrió algún tiempo, ella dijo:

—Se siente en el corazón una cosa rara cuando la patria está lejos, ¿no?

A los labios de Spencer asomó una sonrisa.

—Jamás he sentido nada en el corazón.

—¿No pensaba hace un momento en su patria?

—No.

—¿De dónde es usted?

—De Nueva York.

—Oh, dicen... que es una ciudad asombrosa.

—U odiosa, eso va a gustos.

—¿Es odiosa para usted?

—Sí —replicó el teniente coronel Secamente—. Oiga, ¿por qué no se va a deleitar con su charla a Blyss o al resto de sus compañeros?

—Me interesa usted. Usted parece la clase de americano que describe la propaganda nazi, con toda su falta de educación, sus prejuicios, su resentida superioridad, su ignorancia del mundo y del calor humano... Intento descubrir que me equivoco al juzgarle. Vamos, ayúdeme.

—¿Quiere que le cuente «La cabaña del tío Tom» y lloraremos juntos?

Lise guardó unos minutos de silencio. Después preguntó:

—¿Qué daño le hemos hecho las mujeres?

—Está usted chiflada —gruñó Spencer.

—Y usted más que yo. Ande, míreme, no le voy a morder. Soy una chica como tantas otras, no una Mata Hari, ni siquiera una Marlene Dietrich, y será culpa de la guerra, si me ve distinta —Spencer continuó con la vista fija en el cielo—. ¿Por qué tiene miedo de mí?

—¿Por qué no me deja en paz?

—A usted no le conviene que le dejen en paz. Se pone a rumiar, y va a coger un empacho de tantas cosas como guarda en el buche. Diga, suéltelo ya, ¿qué daño le hemos hecho las mujeres?

Spencer aplastó rabiosamente su cigarrillo en la hierba.

—Supongo que esa insistencia en averiguarlo proviene de que no he acogido con zapatetas de alegría la idea de tener una mujer en mi batallón.

—Bueno, admitamos que es uno de los motivos. Los demás oficiales se han mostrado muy contentos de verme.

—¿Qué concepto tiene usted de una unidad paracaidista operando aislada en la retaguardia del enemigo? ¿Cree que puedo consentir que una mujer comparta nuestra suerte? ¿Cree que a mis hombres les conviene pelear, o descansar, o marchar, o lo que sea, con una mujer mariposeando a su alrededor? ¿Qué se figura usted, que es la guerra? ¿Un desfile por la Quinta Avenida?

—No he visto nunca un desfile por la Quinta Avenida, pero sí tanta guerra como haya podido ver usted, y en condiciones peores. Bueno, ¿qué pasa? ¿Tan impresionables son sus muchachos? ¿O tan

fogosos?

—Imagine que lo son.

—Eso puede resolverse —la muchacha se acarició distraídamente el cabello—. Tome usted mi protección a su cargo. Es usted duro como el granito y frío como un témpano, ¿no? Mis encantos no le harán perder el aplomo.

Spencer demoró su respuesta. Al fin dijo:

—Señorita, ¿qué es lo que se propone?

—Conocerle, ¿no está claro?

—No está clara la razón.

—Hay algo más —Lise se incorporó sobre un codo para verle mejor—. Quiero darle las gracias por no haberme devuelto a Etienville. Sé que vulnera sus reglamentos, que falta a su deber, que asume inútiles responsabilidades... Se lo agradezco. Desearía, a cambio, servirle de alguna cosa.

Por primera vez él se volvió a mirarla. La sonrisa mordaz con que inició la conversación reapareció en sus labios.

—No se confunda, señorita. Si la retengo aquí es por pura precaución. No me conviene, dadas las circunstancias, que los alemanes se enteren...

—Cuentos de hadas —le interrumpió la joven—. Ni remotamente supone usted que yo sea una espía. Si le he llamado antes imbécil ha sido sin intención: no es tan estúpido como para forjarse esas novelas. Lo que ocurre es que necesita justificar de algún modo, que suene a oficial e importante, su vulgar decisión de no entregarme en manos, de los S. S. Así se lo agradezco más todavía; pero, ¿por qué no prescinde de la máscara? Todo resultaría mucho más fácil.

Spencer preguntó burlonamente:

—¿Quién ha dicho usted que se forja novelas? ¿Yo?

Lise se inclinó sobre su rostro.

—Una mujer le ha tratado muy mal, ¿verdad, señor Spencer? ¡Qué desdichado ha sido! ¡Cómo se le frustraron las ilusiones! ¡Con qué cuidado procura ahora rodear su sensibilidad de una coraza!

Él se apartó y se puso rápidamente en pie.

—Basta ya. Entendámonos, señorita: o hace usted un esfuerzo por adaptarse a nuestras condiciones de vida, o me veré en la precisión de abandonarla a su suerte. Esto es una posición militar y, como tal, un lugar impropio para coloquios sentimentales. Le ruego que regrese al punto que el teniente Blyss le haya destinado para pasar la noche. Si Blyss no se ha ocupado de ello, tomaré las oportunas medidas.

La muchacha se encogió de hombros.

—Muy bien, señor Spencer. Usted manda.

—Celebro que se haya dado cuenta.

La joven se levantó.

—Buenas noches, y gracias también por el cigarrillo.

—No hay de qué.

Ella echó a andar por la ladera, contorneando la cumbre, y Spencer le volvió la espalda. Al momento, sin embargo, oyó un ligero grito, que le obligó a girar sobre sus talones. Ante su sorpresa, vio que la muchacha había caído detrás de un matorral y rodaba sobre sí misma por la pendiente, colina abajo.

Se precipitó en su seguimiento, pero, cuando la alcanzó, ya Lise se había detenido, tras chocar con un pequeño montón de rocas. Doblada hacia adelante y oprimiéndose con ambas manos un tobillo, el cabello, revuelto, le ocultaba el rostro. Gemía ahogadamente.

Spencer se arrodilló a su lado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Una tontería... lo siento... ¡Oh! Se me ha torcido un pie... y he perdido el equilibrio...

—¿Duele?

—Bastante. Ayúdeme, por favor.

Él la sostuvo mientras se levantaba. La encontró luego ante sí. Su mirada se detuvo en sus ojos brillantes, en la armoniosa curva de su garganta, en la cadenilla de oro que se perdía en su escote, en la ligera blusa, en su cintura, en la gracia vibrante que trascendía de toda su persona. Ella dijo:

—Perdóneme... ha sido una ridiculez...

Quiso apartarse y reemprender la marcha, pero, al apoyar en tierra el pie herido, hubiera caído nuevamente, de no asirla a tiempo.

—¿No puede andar?

—Parece... que... ahora... Dios mío, seré un estorbo...

Las lágrimas contenidas velaban su voz.

—No se preocupé —dijo Spencer.

Se inclinó y la alzó en sus brazos. Preguntó:

—¿A dónde he de llevarla?

—Si es tan amable... El teniente Blyss me ha preparado un cobijo un poco más adelante, debajo de donde acampa su plana mayor.

Spencer echó a andar Lise deslizó un brazo por encima de sus hombros y apoyó la cabeza en su amplio pecho. Oyó latir rítmica y

vigorosamente su corazón. Se sintió transportada sin el menor esfuerzo, como si no tuviera peso, ni apenas consistencia material. La firme mandíbula del teniente coronel se dibujaba ante sus ojos.

Sonrió, cuidando de que él no descubriera su sonrisa.

—Déjeme aquí —dijo, de pronto—. Seguiré sola.

—¿Por qué?

—Si aparecemos así... me desagradaría crearle una situación embarazosa ante sus subordinados...

—Al cuerno con ellos.

Los soldados de plana mayor dormían. El centinela les vio pasar sin pronunciar una palabra, inmóvil, rígido, apenas una vaga silueta en la oscuridad.

—Aquí es.

Blyss se había esmerado, montando un pequeño refugio con hojarasca, una manta y la tela de un paracaídas. Spencer depositó a la muchacha sobre la manta, en su interior.

—Gracias —susurró ella. Le retuvo una mano—. Es usted muy gentil, muy galante, un caballero, de verdad. Finge ser una especie de máquina, pero, ya ve, debajo de la máquina yo he sabido encontrar al hombre.

Él se soltó y se enderezó. Las tinieblas ocultaban la expresión de su rostro.

—Pues dese por satisfecha no sea que debajo del hombre encuentre algo más. Le enviaré un sanitario.

El sanitario se mostró muy solícito.

—¿Qué tobillo es el que se ha torcido, muñeca?

—Me parece que el izquierdo.

—¿Está segura? —preguntó, después de un detenido examen—. No lo tiene inflamado, ni anquilosado, ni nada. Es un tobillo precioso. ¿Le duele?

—Ya no.

—Qué raro, jamás vi una torcedura de esa clase.

—Quizá no fue una torcedura —repuso Lise enigmáticamente.

CAPÍTULO X

La mañana siguiente, segundo día de operaciones —día D 41 en términos militares—, fue de intensa actividad en la cota 30. La posición se organizó con vistas a una acción prolongada y todos trabajaron de firme en las defensas. Spencer desplegó su Compañía en forma de media luna sobre la pendiente norte de la loma, en tanto que la del mayor Wilson fue situada para cubrir los caminos de aproximación, desde el sur. Así dispuesta, la primera miraba hacia La Fiere y una iglesia señalada con el nombre de Sainte Mere en el mapa si bien ambos puntos, por las condiciones de la vegetación, se hallaban en su campo visual solamente en teoría.

La noche había sido tranquila, sin un disparo. Spencer estaba ya convencido de que su batallón constituía el puesto avanzado, sitiado, de una invasión eventualmente fracasada. Todavía la sensación de aislamiento no había empezado a deprimir el espíritu de la tropa, en parte porque sus encuentros con el enemigo resultaron bien hasta entonces y no habían sufrido un verdadero revés pero, sobre todo contando con el recuerdo del incidente del planeador, era de temer que la desmoralización apareciese de un momento a otro.

En cuanto amaneció, el mayor Wilson se dirigió en busca de instrucciones al olmo, bajo el cual Spencer había establecido su puesto de mando. Halló al teniente coronel con apariencia febril, encendidos los ojos, la barba incipiente, un cigarrillo apagado entre los labios y tomando notas en una cuartilla. Dedujo de su aspecto que había pasado sin dormir toda la noche, en lo cual no se equivocaba.

—He inspeccionado el terreno para rectificar la instalación de las ametralladoras —le anunció— y he llegado a la conclusión de que es imposible establecer en la posición una buena base de fuegos y, además, muy difícil defenderla con armas de tiro rasante. Con tantos setos y tantos árboles, son morteros lo que necesitamos.

—Ya lo sé —rezongó Spencer—. No hay ninguno. Búsquelos, si quiere.

—También necesitamos víveres.

—Búsquelos —repitió el teniente coronel.

—¿Envío algunas patrullas?

—Envíe lo que guste.

—Daré orden de que salgan a recoger paquetes de abastecimientos y, a la vez, limpien de enemigos las zonas adyacentes y nos informen de sus propósitos.

—Soberbio.

Wilson se retiró con un gesto de perplejidad. Por el camino encontró a Brown y Hogue.

—No suban ahora, déjenle —les advirtió—. Está de un humor de todos los diablos.

—¿Es posible? —dijo burlonamente Brown—. El teniente Blyss me ha contado que su primera visita matinal ha sido para la jovencita de la blusa blanca, y ha añadido algo que le ha comunicado uno de los muchachos de la plana mayor, que anoche estuvo de centinela... Bueno, no eran cosas como para agriarle a nadie el humor.

Wilson le miró escrutadoramente.

—Usted no conoce a Spencer, capitán. Ahórrese los juicios precipitados.

—¡Oh, se equivoca, mayor! ¡Le conozco muy bien!

—Insisto en que se ahorre los juicios precipitados.

Brown se encogió de hombros.

—Por supuesto. Spencer es tabú para ustedes, no lo ignoro. Le adoran, le reverencian, se hincan de hinojos ante él. ¡Qué gran hombre y qué modelo de jefe!

—Tenemos motivos. Puede que también los tenga usted, si pasa tiempo suficiente a su lado.

El mayor, ceñudo, prosiguió su camino.

—No debiste sugerir eso acerca de Spencer —dijo Hogue—. A fin de cuentas, es un modelo de jefes, y Wilson, por defenderle, se dejaría matar. Y no sería solo Wilson.

—¡Bah! ¿Acaso no sabéis que toda su bilis le viene de que su mujer le dejara plantado por un artista de *music-hall*?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Me lo dijo Carruthers.

—No es elegante mencionarlo, Brown. Por otra parte, ¿qué hubieras hecho tú en su lugar? ¿Reaccionar como él reaccionó? Me gustaría verlo. Otros se emborrachan hasta reventar, otros quedan hundidos para siempre... Spencer se elevó sobre sí mismo y, ¿por qué no? se convirtió en un gran hombre. Hoy no tiene tacha. Poco importa que visite o no visite a esa chica francesa, y menos lo que los soldados puedan comadrear a su alrededor.

—¿Sí? Apuesto a que Spencer se ablanda muy pronto.

—Más vale que no sigas por ahí —dijo Hogue.

Y se alejó.

El acontecimiento más importante de aquella mañana tuvo por protagonista uno de los aparatos de radio. A las diez, mientras todos se afanaban en las laderas, cavando trincheras y pozos, alzando barricadas y emplazando armas, según lo aconsejaban las irregulares características del suelo, uno de los hombres de plana mayor se precipitó, desalado, al encuentro de Spencer para anunciarle que, por la radio, alguien le reclamaba con la máxima urgencia.

Era la primera voz amiga que se oía desde el contacto con el grupo de Hogue, y el teniente coronel se apresuró a acudir.

—¿Quién habla? ¡Aquí Spencer!

—[Teniente Moore a sus órdenes, señor!

Moore era uno de los oficiales de la Compañía L, la de Brown.

—¿Dónde está usted?

—Guarneciendo el camino de Chef du Pont.

—¿A qué lado del Merderet?

—Al Este. Señor, nos tenía usted preocupados. ¿Qué ha sido del batallón? ¿Qué sucede?

—Eso es lo que quiero saber. ¿Está usted solo?

—¡Oh, no! Hay por aquí mucha gente. Caímos a este lado del río y en la imposibilidad de encontrarle a usted, opero con el segundo batallón. Tenemos una fuerza considerable, dominando el camino. No puedo informarle mucho por radio, pero creo que, en general, todo se desarrolla conforme a nuestros deseos.

—¿Está en ese lado el resto del regimiento?

—Salvo usted y algunos pocos efectivos más, supongo que sí.

—¿Podría comunicarme con el coronel?

—Lo intentaré, señor. Nuestras vías de enlace, se lo advierto, son muy difíciles.

—Dígale que he alcanzado el punto de reunión señalado en la orden y que fortifico en espera de instrucciones. Cada hora pondré un hombre a la escucha.

—Muy bien, señor. ¿Nada más?

—En la ignorancia en que me encuentro, no. Convendría establecer también contactos personales. Necesito más información, Moore.

—Veré si se lo resuelvo. Buena suerte, señor.

A las once regresaron las primeras patrullas enviadas por Wilson. Traían pocos víveres, pocas municiones, y noticias tan vagas como escasas, pero con ellas llegó otro grupo de dispersos del batallón que mandaba el teniente Littlejohn, de la Compañía K. El

grupo disponía de más ametralladoras y este aumento de refuerzos le infundió a Spencer optimismo y coraje.

—Hemos caminado extraviados por los pantanos de la orilla del río —le dijo Littlejohn—. Los alemanes nos han hostigado un par de veces, pero durante la noche hemos huido de la zona peligrosa. Hacia el nordeste se oye el rumor de una batalla. He notado que el ruido no alcanza hasta aquí, aunque es cosa seria.

—¿Con artillería?

—¡Ya lo creo!

Spencer estudió el mapa. La intervención de la artillería podía significar que las fuerzas eran superiores a un regimiento; es decir, que muy al nordeste combatía la 82 División, de la que formaba parte el 508. Pero no tenía de ello la menor noticia. Su misión se concretaba a los pasos del Merderet y no le importaba ni interesaba nada más.

A las doce menos cuarto, la última patrulla que quedaba actuando se incorporó a la posición a la carrera. Traía noticias, y alarmantes: los alemanes montaban un gran ataque contra el flanco norte, apoyado por armas pesadas.

Spencer convocó a sus oficiales. Apenas había tenido tiempo de dictar las oportunas medidas de seguridad, sin embargo, cuando una granada de mortero estalló a pocos metros de donde se celebraba la reunión. Hubo gritos y un instante de confusión. Al disiparse el humo se vio que dos soldados se hallaban heridos, uno de ellos agonizando, con el cuello roto.

Los oficiales corrieron a organizar la defensa, mientras, casi simultáneamente, caían en el mismo centro de la posición dos granadas más. Aquello fue solamente el prelude. Una lluvia de morteros lo siguió, obligando a las tropas a dispersarse, a evacuar la cumbre y a guarecerse en los terraplenes, que, afortunadamente, abundaban, dado lo escarpado y desigual de la colina.

Hogue y Brown, deslizándose entre los setos, descendieron por la vertiente norte hasta los puestos avanzados. La situación era allí crítica, pues importantes grupos de tiradores enemigos rondaban al amparo de la maleza, profundizando de vez en cuando y hostigaban a los hombres constantemente. Después de un examen de la situación y de cambiar opiniones, los dos capitanes decidieron enviar un enlace al mayor Wilson para que, antes de que fuese demasiado tarde, les enviase armas pesadas. Transcurridos unos minutos, durante los cuales la presión se hizo angustiosa, hubo media docena de heridos y faltó poco para que el combate llegase al cuerpo a cuerpo. Acudió un refuerzo, equivalente en número a una

sección, remitido personalmente por Spencer, y detrás de él dos ametralladoras calibre 30. Con la sección y diez voluntarios, Hogue se lanzó a un contraataque fulminante en un primer salto de quince metros, y un segundo de treinta, posible por la protección de una vaguada. Los alemanes se apresuraron a retroceder y, en el intervalo, las dos ametralladoras fueron estratégicamente emplazadas. Abrieron fuego en el momento en que un contingente enemigo, desafiando el peligro que ofrecía el terreno despejado, intentaba cortar la retirada a Hogue y los suyos. Ninguno de los alemanes llegó a la vaguada y sus bajas fueron numerosas. Hogue, ya de regreso, ordenó una salva de granadas de mano y con sus soldados jadeantes y sudorosos, pero ilesos, alcanzó, al fin, la cadena de avanzadillas.

La decisión demostrada y el contundente tiro de las ametralladoras estabilizaron momentáneamente la situación, de modo que, tras dar las últimas instrucciones, los dos capitanes remontaron la ladera para informar al teniente coronel.

—Creo, señor, que los avances enemigos serán contenidos sin excesiva dificultad —dijo Hogue—. Lo que no hay modo de evitar es el fuego de los morteros, a no ser que también dispusiéramos de ellos nosotros. Incluso suponiendo que un golpe de mano redujese al silencio los que disparan ahora, otros los relevarían. Es inútil.

Spencer, sin responder, prestó atención a la cadencia de tiro de las mortíferas armas. Las granadas continuaban cayendo regular e implacablemente sobre la loma. Los heridos eran ya numerosos; heridos de metralla, siempre los más graves y los más difíciles de atender. Como decía Hogue, era inútil. El estúpido lanzamiento del batallón tenía muy penosas consecuencias, pero la peor era la carencia de morteros en que las tropas se hallaban. Por un solo tubo hubiera trocado Spencer gustoso todos sus inútiles *bazookas*.

Mediada la tarde volvió a sonar en la radio la voz del teniente Moore. Al dirigirse al aparato, Spencer pasó por las cercanías del puesto de socorro y vio a Lise ayudando a los sanitarios a atender a los heridos, pero ni Siquiera detuvo en ella la mirada.

—¡Señor, es un caso de apuro! —le dijo el teniente. Su tono traslucía verdadera inquietud—. Sigue usted en la cota 30, ¿no? ¿Cuáles son sus propósitos?

Spencer pensó en los hombres que la metralla había ya destrozado.

—No moverme, en tanto no se me ordene otra cosa. ¿Por qué?

—Verá, señor; las fuerzas que se encuentran a este lado del río han sido, desde ayer, castigadas por el enemigo y desean volar el

ponte sobre el Merderet, el de aquí, el de Chef du Pont para asegurarse la retaguardia. Acabo de enterarme de que el Estado Mayor de la división ha accedido a ello. Pero esto le dejaría a usted aislado y he querido avisarle. La orden ha sido dada ya.

El teniente coronel se mordió los labios.

—¿No dominan ustedes ese puente?

—No, señor; solamente parte del camino.

—Consiga a toda costa que no lo vuelen, Moore, ¡consígalo! Conste que no lo digo por mí, sino porque será imprescindible más tarde, cuando el VII Cuerpo, de Ejército avance para envolver Cherburgo. Estos eran los planes. Si su retaguardia está amenazada, yo intentaré bloquear el camino desde aquí, Dígales que lo haré, Moore. El puente quedará neutralizado.

—Trataré de convencerles.

—¿No me es posible hablar todavía con el coronel?

—Ahora está demasiado lejos, señor. Esta noche vendrá a Chef du Pont y le llamará, lo ha prometido. ¿Algo más?

—No, qué remedio.

Al pasar de nuevo cerca del puesto de socorro, Spencer vio al teniente Cantrell, un muchacho de cara flaca y morena y ojos vivaces, sentado a la sombra de un seto y conversando animadamente con la joven francesa. Le llamó sin detenerse. Cantrell le siguió hasta el puesto de mando.

—A la orden, señor.

—¿Está usted herido?

—No, señor.

—¿Necesita ocupar su tiempo charlando con esa muchacha?

Cantrell sostuvo su fría mirada sin vacilar.

—Lo cierto es, señor, que en este momento no tengo nada que hacer.

—Yo le daré trabajo, descuide. Tome cincuenta hombres, con sus raciones correspondientes, y descienda con ellos por la ladera sur hasta el camino que corre paralelo al Douve, desde Etienville a Chef du Pont. Establezca allí dos campos minados que a la vez intercepten dicho camino y cubran el posible acceso a la colina. Coloque la tropa en lugar adecuado entre ambas barreras, de tal modo que actúe como un centro de resistencia desde el cual puedan cubrirse los dos campos con fuego de armas automáticas. Pídale dos ametralladoras del 50 y dos del 30 al mayor. Llévase también dos *bazookas*. Supongo que no he de detallar más las instrucciones.

—No. Pero, ¿de dónde saco las minas?

—Las hay en Plana Mayor; Blyss se las dará. Son alemanas. Una

de las patrullas que buscaban abastecimientos las ha encontrado.

—Muy bien, señor.

—No se mueva del camino hasta nueva orden. Quiero advertirle una cosa, Cantrell: nuestras fuerzas del otro lado del Merderet se proponen volar el puente de Chef du Pont para proteger su retaguardia, lo cual nos dejaría abandonados a nuestra suerte en mitad del territorio enemigo y con muy pocas esperanzas, de salvación; pero no lo volarán si acertamos a neutralizarlo interceptando ese camino, ¿comprende? De usted depende; no le digo más.

El teniente se cuadró y saludó.

—Puede usted confiar en mí, señor.

Las granadas, a intervalos regulares, seguían cayendo. La desesperante situación se mantuvo así. La metralla fue haciendo víctima tras víctima, mientras los puestos avanzados del sector norte soportaban heroicamente la hostilización continua de las patrullas alemanas. La comida, las municiones y los elementos sanitarios se consumieron en progresión creciente.

Spencer creyó que no podría resistir, pero al caer la noche, la presión disminuyó y el fuego de los morteros perdió casi toda su terrible eficacia. Fue, aunque momentáneo, un considerable alivio.

CAPÍTULO XI

El coronel Echols llamó a las diez, y desde qué oscureció estaba Spencer esperando junto a la radio.

—Animo, amigo —fueron las primeras palabras de aquel—. Demuestre lo que vale. Tengo puesta en usted toda mi confianza.

El rostro de Spencer irradiaba una violenta tensión.

—Señor, esto es lastimoso —repuso—. Mi batallón fue parachutado al oeste del Merderet, solo, sin pertrechos, sin víveres, sin armamento adecuado, sin medicamentos, sin equipo quirúrgico. Me han abandonado a la buena de Dios.

—Lo sé. El lanzamiento estuvo lleno de errores, la formación de transporte se dispersó y se extravió; pero, a despecho de todo, la operación se realiza con éxito. Ármese de paciencia, Spencer.

—¿Hasta cuándo?

—Un día o dos más El resto de la división libra un duro combate al nordeste, y yo presiono ahora con nuestro regimiento sobre el paso del río en La Fiere. Ha sido una satisfacción saber que usted resistía en la cota 30, porque esto nos proporciona la necesaria cabeza de puente al otro lado del Merderet, aquí, en Chef du Pont. En cuanto asentemos en La Fiere la otra cabeza, los alemanes se verán obligados a evacuar la zona y le dejarán a usted tranquilo. Es indudable que, mientras, tratarán de eliminar su foco de resistencia a toda costa; pero usted debe aguantar. No puedo explicarle más por radio, a merced de oídos indiscretos. ¿Le basta para hacerse cargo de la situación general?

—Me basta. Sin embargo, señor, eso es muy fácil de decir y muy difícil de hacer.

—¿Tan apurado se encuentra?

Spencer relató con fría y deliberada objetividad las aventuras del batallón desde que tomó tierra; enumeró los oficiales, la tropa, las armas, municiones, equipo y víveres que tenía consigo, describió las operaciones realizadas y las medidas de defensa tomadas en la loma, y concluyó citando el número de bajas sufridas a consecuencia del último y pegajoso ataque alemán.

El coronel guardó un momento de silencio. Después dijo:

—Estoy de acuerdo con cuanto ha hecho, Spencer, y ya sabe que, por mí, dispone de libertad para obrar conforme le dicte su iniciativa. Si quiere retirarse y abrirse camino hasta unirse a

nosotros, adelante. Pero me gustaría que comprendiera que, en este crítico momento, está usted luchando por todo el regimiento, por toda la división, y que es imprescindible para nuestro éxito que su batallón permanezca firme ahí. Solamente por el crédito que su competencia merece del Estado Mayor se ha anulado, esta tarde, la orden de volar el puente que amenaza nuestra retaguardia. Le digo, pues, que se venga y destruya el puente a su espalda si la cota 30 es indefendible, o que se quede si vislumbra alguna posibilidad de aguantar.

Spencer sudaba. Se pasó por la frente el dorso de la mano.

—Usted no ignora, señor, que en esas condiciones me quedaré aunque la colina se convierta en un cementerio.

—Nadie le obliga.

—Me obliga mi honor.

—Celebro que piense así, Spencer. No esperaba menos de usted.

—¡Nadie espera menos de mí! —replicó el teniente coronel ásperamente.

Echols dijo en tono suave:

—Mañana a esta hora le volveré a llamar. Mientras, pediré que algunos cañones del 319 grupo se acerquen a Chef du Pont y le presten ayuda de vez en cuando. Le será útil. Buena suerte, amigo; y mi sincera felicitación.

La conversación acabó así. Spencer estaba pálido cuando regresó a su puesto de mando, donde le esperaba el puñado de sus oficiales, pero sus ojos irradiaban una impresionante energía.

—Bien, señores —dijo mirándolos a todos uno a uno—, supongo que desean conocer las últimas instrucciones.

—¿Algo importante? —preguntó el mayor Wilson.

Spencer se encogió de hombros.

—Parece que la 82 División está desplegada en sentido nordeste y que el 508 pelea por establecer una cabeza de puente en La Fiere, al tiempo que domina el camino de Chef du Pont. Nosotros formamos el extremo sudoeste de todo el dispositivo. Somos un foco de resistencia avanzada y el único que se encuentra a este lado del Merderet; un enclave, por tanto, de interés estratégico excepcional.

Los oficiales comprendieron la situación inmediatamente.

—Hay que resistir —apuntó Hogue.

—Por descontado.

—¿Conoce el coronel nuestras bajas y nuestra poca capacidad de combate?

—El coronel —replicó incisivamente Spencer— ha tenido la

gentileza de brindamos una ocasión de convertirnos en héroes. Si alguno de ustedes no está dispuesto a aprovecharla, que lo diga y sabré a qué atenerme desde ahora.

Brown sintió, de pronto, los ojos febriles de Spencer fijos en los suyos. Una ola de cólera le anegó. Solo con gran esfuerzo consiguió dominarse y sostener desafiantemente la insultante mirada.

El teniente coronel rompió el silencio.

—En tal caso, señores —añadió—, pueden retirarse. El enemigo se ha cansado de martillar y a todos nos conviene dormir —durante la última hora no se había oído más que alguna ráfaga o algún disparo aislado en los puestos que rodeaban la loma—. Mañana será otro día.

Los oficiales abandonaron el puente de mando, salvo el teniente Blyss, a quién Spencer hizo seña de que se quedase.

—¿Desea usted algo, señor?

—¿Hay noticias de Cantrell y los hombres destacados al camino?

—Ninguna. Todo está tranquilo en esa dirección, por lo que es de suponer que sigan sin novedad.

—Perfectamente.

Spencer titubeaba, pellizcándose el labio.

—¿Algo más, señor?

—Nada. Buenas noches.

Cuando estuvo solo, el teniente coronel fue a sentarse bajo el olmo; sacó su mapa y pasó unos minutos examinándolo a la débil luz de su encendedor. Trató de hacerse una composición mental de las posibilidades tácticas del regimiento imaginando cuál sería la situación en La Fiere, y cuánto le costaría a Echols conquistar el puente, pasar el río y afianzarse en la ribera occidental. De la rapidez con que lo consiguiera dependían infinidad de cosas; la primera, la vida de muchos de sus soldados. Spencer se preguntó hasta qué punto podría contar con ellos para el sacrificio, como contaba con sus oficiales. El próximo día lo decidiría. Si el concierto de los morteros y el acoso de las patrullas alemanas volvía a empezar la moral de los hombres sería puesta a prueba, y rudamente.

Spencer apagó el encendedor, plegó el mapa y se tendió indolentemente boca arriba. No ardían las luces de identificación, por no facilitarle la puntería al enemigo. Todo estaba sumido en una engañosa paz. Como la anterior, la noche era tibia, sensual, estrellada, con un aire fino, cristalino y aromático. Spencer respiró profundamente. Estaba rendido de cansancio, y sin embargo no tenía sueño. Sabía por experiencia que no volvería a tenerlo hasta

que todo aquello terminase.

Unos pasos suaves sonaron a su derecha, pero no apartó del cielo los ojos. Los pasos, muy cerca, cesaron. Sin querer, Spencer contrajo los músculos. Un íntimo desasosiego se apoderaba de él; y no era una sensación desagradable, sino deliciosa, como un burbujeo en la sangre, como un nuevo estímulo vital.

Una voz preguntó:

—¿Tiene un cigarrillo, señor Spencer?

El ofreció el paquete extendiendo el brazo. Miró. La grácil figura de Lise se recortaba contra las estrellas. Tomó un cigarrillo para sí y encendió ambos.

Lise se sentó, apoyó la espalda en el olmo y estiró las piernas.

—Fue usted muy amable viniendo esta mañana a interesarse por mí tobillo, pero luego no se lo he podido ni agradecer. No hemos cambiado en todo el día una palabra. Usted me rehuía, no lo niegue.

—No lo niego.

—¿Por qué?

—No quise dar mal ejemplo. Cuando hay que luchar, se lucha. Los hombres no están para distraerse conversando con una muchacha.

—¿Cómo el teniente Cantrell?

Spencer asintió.

—Como el teniente Cantrell.

Ella aproximó el rostro al suyo para verle mejor.

—Qué curioso. Ayer no me hubiera contestado así, hablando de mal ejemplo; hubiese dicho simplemente que no había motivo para cambiar palabras entre usted y yo.

—En efecto —repuso Spencer serenamente.

—¿Ya no cree que soy una espía?

—No.

—Nunca lo creyó, ¿verdad?

—Admití la posibilidad, pero no creí en ella.

—Ha cambiado mucho, señor Spencer.

—Quizá.

Los dos callaron. Después, él dijo:

—Yo también tengo algo que agradecerle; no ha abandonado usted en todo el día el cuidado de los heridos, me he dado perfecta cuenta. Los hombres necesitan una mujer a su lado cuando sufren. Su compañía les ha hecho mucho bien.

Lise aspiraba lentamente el humo de su cigarrillo.

—Han muerto ocho —articuló—. Es terrible... Dicen que los americanos hacen la guerra rodeados de comodidades, de confort,

hasta de lujos, comiendo y bebiendo mejor que nadie... Una guerra a estilo Hollywood... Bueno, a ustedes les falta todo, desde municiones a medicamentos. Lo menos cuatro de los muchachos muertos se hubieran salvado con una transfusión de sangre...

—La verdadera guerra es para todos igual. Y espere; solamente hemos empezado. Otros muchos, muchísimos, morirán antes de que nuestra misión se haya cumplido.

—¿Van a seguir aquí a pesar de las granadas?

—A pesar de las granadas y de cuanto venga. Son las órdenes.

—¿No le remuerde la conciencia ver morir a esos chicos?

—¡Quién sabe si he visto morir ya a demasiados!

Lise le miraba a los ojos. Tras una pausa, murmuró:

—También usted necesita una mujer a su lado, señor Spencer.

—Porque también sufro a mí modo, ¿no es eso? —Spencer rio ahogadamente—. Por favor, no se me ponga romántica.

—Sabe que digo la verdad. Usted deseaba que yo viniera esta noche; es más, me estaba esperando. ¿Me equivoco? Conteste, ¿me equivoco?

Spencer giró sobre sí mismo, para quedar tendido, boca abajo, apoyado en los codos. Lise, ante él, llenó así por completo su campo visual. Dejó que su mirada la recorriese. Se detuvo en su rostro en su cuello y sus brazos desnudos. La piel de la muchacha, en la semioscuridad tenía el brillo lustroso de las perlas.

—No se equivoca, lo deseaba. ¿Era esto lo que quería oír?

—Celebro que empiece a quitarse la máscara.

Spencer arrancó una brizna de hierba y la desmenuzó entre sus dedos.

—Puesto que he sido franco con usted, séalo usted conmigo. Ayer le pregunté por qué no me dejaba en paz e iba a deleitar con su charla a Blyss y al resto de mis oficiales. Si se lo preguntase hoy, ¿qué contestaría?

Lise no titubeó:

—Que no lo sé.

—Le he pedido que sea franca.

—Lo soy. No lo sé. Algo me empujó hacia usted desde el primer momento. Supuse que sería... interés... curiosidad...

La muchacha se interrumpió. Al cabo de un instante, él dijo:

—Es usted muy joven. ¿Cuántos? ¿Diecinueve?

—Veintidós, y vividos deprisa. La guerra ha hecho, que nuestra generación madurase en verde. Hemos caminado tanto en tan poco tiempo que ya nunca, pase lo que pase, nos será posible volver atrás.

Spencer cerró los puños. Se preguntó cómo ella podía haber expresado tan exactamente lo que él mismo sentía.

—Sigo pensando que es usted muy joven.

—Quizá sí —Lise escrutó sus ojos—. Pero conozco perfectamente el terreno que piso, si es a eso a lo que se refiere —añadió.

De pronto, Spencer extendió los brazos, la ciñó por la cintura y la atrajo impetuosamente hacia sí. Halló su rostro debajo del suyo, percibía hasta el latido de su corazón. Todos sus sentidos se llenaron de ella.

La besó. Solo la soltó cuando se quedó sin aliento.

—Anoche se lo advertí —murmuró—. ¿Pretende aún conocer el terreno que pisa?

Lise dijo:

—Ahora lo conozco todavía más.

Y se inclinó para que él volviera a besarla.

CAPÍTULO XII

En cuanto salió el sol reanudaron los morteros alemanes su destructora tarea, si bien la cadencia de fuego fue más lenta que la tarde anterior. Sentado bajo el olmo e indiferente a las granadas que estallaban por las cercanías, Spencer se preparó para cualquier eventualidad. Sabiendo que los alemanes, por superioridad de hombres y elementos, estaban en condiciones de infligirle un daño mucho más grave, le desconcertaba un poco aquella insistencia lenta y machacona, pero simple, de los morteros. En su fuero interno esperaba de un momento a otro una sorpresa.

La sorpresa, sin embargo, se la procuró una patrulla americana que, a eso de las nueve y media, salió de entre los setos y ascendió cansadamente por la ladera hasta su puesto de mando. La patrulla la mandaba un teniente, y bastante antes de que llegase a su altura, descubrió Spencer que no era ninguno de los oficiales que tenía consigo, sino Keller, un subalterno del segundo batallón.

Blyss acudió a reunírsele en aquel momento, presuroso.

—¿Qué significa esto? —exclamó.

Keller se les aproximó y saludó. Sonreía. Llevaba el uniforme, como sus hombres, increíblemente sucio de barro y polvo.

—A la orden, señor —dijo—. Le traigo un abrazo de sus camaradas del 508. ¿Recuerda el número? Es el de su regimiento.

Spencer le contemplaba asombrado.

—¿De dónde viene Usted? ¿Del otro lado del río?

—Pues, sí.

—¿Qué ocurre? ¿Para qué le envían?

—¿Puedo sentarme a la sombra? —Sin esperar respuesta, el teniente se volvió a la patrulla—. ¡Eh, muchachos —gritó—, acomodaos por ahí y descansad! —Se sentó y encendió un cigarrillo. Luego de darle unas chupadas añadió—: No me envía nadie, ni remotamente imaginé que llegaría hasta esta cota. He salido con instrucciones de explorar el camino tan profundamente como me fuera posible, pero resulta que lo he encontrado relativamente libre de resistencia y me he dado un paseo de verdad. Es un camino con muchos árboles. Se puede patrullar por él sin apenas ser visto, y esto es tan válido para los alemanes como para nosotros. Bueno, ¿qué tal está usted, señor? Esto no parece muy agitado —una granada estalló en las rocas de la cara oriental de la

cima—. Algún pepinazo que otro, ¿eh? ¡Lo justo para no aburrirse!

Spencer no tenía ganas de bromear.

—Uno de los peores males que he padecido, Keller, ha sido la falta de informes y de enlace con el regimiento —dijo—. Puesto que está usted aquí, le agradeceré que me haga un resumen de la situación.

El resumen del teniente no se apartó, en sus rasgos fundamentales, de lo expresado la víspera por el coronel. La acción en La Fiere no parecía haber progresado mucho, en tanto que casi todo el segundo batallón había ocupado Chef du Pont y se hallaba escalonado sobre el camino. El cruce del río era factible para pequeñas unidades, aunque no, al menos momentáneamente, para grupos considerables, y rotundamente no para columnas motorizadas. El equilibrio no se había roto. El reparto de fuerzas era tal entre americanos y alemanes, que ninguno de los dos bandos gozaba de superioridad suficiente para desgarnecer las posiciones enemigas.

—Pero esto no durará —concluyó Keller—. Tal como está el camino, los prusianos no tardarán en enviar refuerzos. Será una lástima, porque nos obligarán a reforzarnos también a nosotros para proteger la retaguardia de la división y esto retardará la presión principal del regimiento sobre La Fiere.

—¿Tal como está el camino? —repitió el teniente coronel, ceñudo—. Sospecho que se equivoca. Anoche hice que lo bloquearan, precisamente con la intención de evitar lo que usted sugiere. No había otra solución que bloquearlo para neutralizar el puente, so pena de volar este, y volarlo me iba a dejar aislado a mí...

—¡No me diga! —exclamó el teniente con sincera sorpresa—. Sus soldados estarían durmiendo en pleno día, señor. Allí nadie bloqueaba ni neutralizaba nada. Hemos llegado hasta los setos de la ladera sin encontrar alma viviente.

—¡Cómo! ¿No les han dado siquiera el alto? ¿No había...?

—No, señor.

El rostro de Spencer se ensombreció. Cantrell y cincuenta hombres, con cuatro ametralladoras y dos *bazookas*, tenían que hallarse en aquel camino cubriendo un doble campo minado. ¿Qué había ocurrido para que no fuera así?

Murmuró una maldición.

—Vuelvo enseguida.

—¿Le acompaño, señor? —preguntó Blyss.

—¡No! —gritó el teniente coronel por encima del hombro.

Se lanzó a la carrera colina abajo, saltando los terraplenes,

atravesando matorrales, hasta encontrar un sendero que ofrecía amplia vista sobre el llano, las últimas ondulaciones de la ladera meridional y el camino de Chef du Pont. Se detuvo allí y sacó y enfocó los prismáticos.

Ninguna de sus órdenes de la víspera, dirigidas a dominar aquel camino por el establecimiento de una sólida posición, se había cumplido. Se distinguía a los soldados, pero estaban dispersos, sin orden y sin apoyo mutuo, ni posibilidad de prestárselo. Era tal la situación, que si una fuerza alemana atacaba desde el camino conseguiría fácilmente cortar el grupo por la mitad y tomar las dos partes por retaguardia.

Spencer pensó que solo un milagro, o acaso, la indecisión o la insuficiente información del enemigo le había salvado de una catástrofe. Un azote de cólera puso tensos todos sus músculos. ¿Cómo se explicaba que el teniente Cantrell hubiese cometido tamaña negligencia? ¿Estaba loco, o borracho, o ciego?

Guardó los prismáticos y continuó el descenso hasta encontrar a los primeros hombres tendidos a la sombra de una mata de espino. Se pusieron en pie de un salto al verle.

—¿Quién manda aquí? ¿Dónde está el teniente?

El enojo velaba su voz.

—No sé, señor —balbució uno de los soldados—. Ahí... el sargento...

El sargento fumaba un cigarrillo, más abajo, sentado junto a una ametralladora.

—¿Dónde está el teniente Cantrell?

—¿El teniente, señor? ¿No está arriba?

—¡Claro que no está arriba! ¿Qué demonio significa eso?

—Señor, se marchó ayer —el rostro del sargento reflejó súbita alarma—. Iba... a preguntarle a usted no sé qué... y dijo que no nos moviéramos hasta que regresara con instrucciones...

Spencer, perplejo, se pellizcó el labio.

—No comprendo. Pero, ¿han perdido ustedes el seso? ¿Les parece que este es modo de sostener una posición? Si el teniente no volvía, ¿cómo no han subido a averiguar lo que había pasado?

—No dijo que hubiera de volver pronto, señor, y ninguno de nosotros sabía lo que había que hacer aquí. Ocupamos este talud y nada más.

El teniente coronel se esforzó por dominarse.

—¿Dónde han puesto las minas?

—Por ahí, a nuestra izquierda.

—¿Un campo doble?

—Así lo indicó el teniente antes de marcharse, señor.

Renunciando a preguntarse qué habría sido de Cantrell, y dejando momentáneamente en el aire el misterio, Spencer reunió a los sargentos y procedió a organizar la posición. Los campos minados, por fortuna, se hallaban tendidos adecuadamente. Explicó con el mayor detalle la forma de colocar la tropa y de establecer la potencia de fuego en el lugar central; concretó la misión a desempeñar, esperó un poco, y luego, viendo qué las órdenes se cumplían, reemprendió el ascenso a su puesto de mando.

Pero el desastre, que por pura casualidad se había evitado, ocurrió entonces. Fue cuando acababa de rebasar el sendero donde antes se detuvo y lo anunció un violento crepitar de fusilería, unido al tableteo de los PM alemanes y al vibrante «bum» de las granadas de mano. Spencer corrió a procurarse un observatorio. Desde él vio, de un lado, que sus propias tropas no habían terminado, ni con mucho, de instalarse en la nueva posición; de otro, que los alemanes, partiendo de los setos que se extendían paralelamente al sudoeste del camino, iniciaban un ataque con efectivos aproximados a una Compañía. El fuego, intensísimo, había sorprendido a los soldados en el momento de efectuar el movimiento, exactamente mientras las armas pesadas eran trasladadas y se encontraban sin emplazar; en aquella crítica ocasión, las cuatro ametralladoras, que hubieran cortado el avance enemigo sin dificultades, se hallaban reducidas a un forzoso silencio. Como consecuencia, algunos hombres cayeron y los demás se lanzaron a la desbandada en busca de abrigo.

Spencer no se demoró. Echó a correr cuesta arriba con todo el vigor de que era capaz. Blyss, advertido sin duda por el tiroteo, salió a recibirle, y ambos se encontraron a unos metros de la cumbre. El teniente coronel, congestionado, jadeaba.

—¡Deprisa! —exclamó—. ¡Busque al mayor Wilson! ¡Que venga con una sección!

Blyss se alejó como si le persiguiera el diablo, y un momento después reapareció con el mayor y un grupo de soldados, excitados y ansiosos, que ponían atolondradamente orden en sus armas y equipos.

Nadie preguntó nada.

—¡Síganme! —dijo solamente Spencer.

Se lanzó pendiente abajo en dirección sudoeste y el grupo le siguió en tromba, cayendo más que saltando por los abruptos accidentes de la ladera. Spencer calculaba precipitarse sobre la izquierda del ataque enemigo, y lo logró. Instantes después tenía al

frente y de través los tiradores alemanes, demasiado ocupados en barrer la ya desarticulada posición para advertir el peligro que se les venía encima.

—¡Fuego!

Nueve quedaron en tierra a la primera descarga. La sorpresa fue total. Hubo desconcierto, carreras y gritos, mientras toda la fuerza enemiga pugnaba, durante unos segundos, por encontrar protección.

—¡Otra vez! ¡Duro! ¡Es el momento!

Spencer vio con alivio que el ataque a las barreras había sido anulado. Sonaban órdenes guturales. Los alemanes trataban de consolidar sus filas, para enfrentarse a la nueva amenaza. En tanto, si aprovechaban el respiro, los hombres de la posición podían entrar en combate con todas sus armas. Tomada así, entre dos fuegos, la compañía no tenía escape.

El respiro fue aprovechado, pero cuando el grupo de Spencer comenzó a escuchar el conocido sonido de los fusiles y ametralladoras americanas, ¡se encontró con que los proyectiles batían el propio lugar donde ellos peleaban!

—¡Señor, se han equivocado! —gritó Wilson—. ¡Nos están friendo!

Spencer comprendió que la culpa era suya. Había una separación de casi trescientos metros entre las tropas de la barrera y la sección que atacaba por el flanco. Aquéllas no podían observar lo que ocurría y él se había olvidado de enviarles un parte comunicándoles su intención. Estaban tirando hacia donde oían disparos, lo cual era lógico.

Haciendo señal al paracaidista que tenía más próximo de que le acompañase, el teniente coronel se trasladó, arrastrándose penosamente por los setos, hacia la posición. Calculaba que con un pequeño cambio en la dirección de tiro aún podía obtenerse algún provecho. Pero cuando llegó, la oportunidad ya había pasado. Un nuevo elemento había entrado en lid: una batería de morteros pesados situada en algún lugar muy al este, vomitaba granadas sobre la tropa, castigándola de costado, por añadidura al fuego frontal que soportaba. Los soldados estaban acurrucados en desorden contra el terraplén. Varios fueron puestos fuera de combate mientras él apreciaba la situación. Esta no tenía remedio: aquel punto, por estratégico y necesario que fuese, se había convertido en indefendible.

—¡Retirada! —ordenó amargamente—. ¡Replieguense hacia lo alto de la colina! ¡Llévense todas las armas!

Apenas iniciado el movimiento, se volvió hacia el oeste para prevenir a Wilson. La sección que efectuaba el flanqueo, sola ahora frente a fuerzas muy superiores, se encontraba en grave peligro. Spencer estaba seguro de que la posición de la propia colina era muy capaz de aguantar a la Compañía, y hasta efectivos superiores, cuando llegara el momento, y no veía ninguna ventaja en defender un terreno que, en conjunto, significaba bien poco. Hombres vivos e ilesos era lo que necesitaba.

Pero la sección ya no estaba en el lugar donde la dejó. Había desaparecido.

—¡Señor, que vienen! —susurró el soldado que le acompañaba.

Los alemanes avanzaban rápidamente por la espesura hacia allí. Spencer, rendido de cansancio, pensó que no disponía ya de tiempo para buscar a Wilson y, con un último esfuerzo, huyó del cerco que se cerraba en torno a él y emprendió la ascensión por la ladera.

Al llegar arriba se enteró de que el mayor había regresado, con sus hombres, un momento antes, debido a que apreció la situación desde el mismo punto de vista, y además, a que el fuego de morteros había empezado a caer entre sus soldados. Cinco de estos estaban heridos. Uno murió sin haber alcanzado el puesto, de socorro.

CAPÍTULO XIII

Mientras Spencer descansaba a la sombra del olmo, uno de los sargentos que estuvieron abajo, en la barrera, se le aproximó.

—Señor —dijo—, he encontrado ya al teniente Cantrell. Al replegarnos le descubrimos caído en un seto. Un casco de granada le había destrozado la cabeza. Se conoce que murió allí ayer, solo, cuando subía, sin que nadie lo viese.

Spencer le despidió con un gesto. Había perdido todo interés por aquella cuestión. Su derrota en el camino acababa de permitir a los alemanes dominar este y avanzar hasta ocupar una granja situada en la base de la colina. No podía hacer nada para oponerse a ello. Durante largo tiempo había buscado morteros por la región y no encontró un solo tubo. Teniéndolos, conseguiría convertir en un infierno el terreno que rodeaba la granja; pero sus armas de trayectoria tensa no podían emplearse a causa de los setos vivos. Tácticamente, la situación de la loma era ahora sencilla; la posición estaba rodeada y sitiada. Sin embargo, no era esto lo peor para Spencer, sino el hecho de haber frustrado la confianza puesta en él, consintiendo que el dominio del camino escapara de sus manos, levantando la neutralización del puente sobre el Merderet y convirtiendo así en vulnerable la retaguardia de su propio regimiento. Las consecuencias serían penosas, sin duda. A cambio, el agobio que sufría y habría de sufrir no hubiera sido más agudo por haberse destruido aquel puente cuando el Estado Mayor lo ordenó. Nada se había ganado conservándolo.

Al éxito obtenido por el enemigo contra la inútil barrera de minas siguió una presión que se mantuvo durante todo el día sobre la línea de puestos avanzados del sudeste. Por otra parte, los morteros reanudaron su salvaje canción. Sin otras variaciones, las horas transcurrieron lentamente.

—Siento decírselo, señor, pero esto no puede durar —anunció Blyss a mediodía—. La cadena de colinas de que esta cota forma parte se extiende en dirección noroeste y las baterías de morteros enemigos están emplazadas aproximadamente a la misma altura que nosotros. Su fuego es mortal. Dos granadas han producido terribles destrozos entre los hombres que habían acudido al botiquín para curar sus heridas leves. Se han terminado los medicamentos, las municiones siguen el mismo camino, y la

primera comida se ha reducido a media ración, para que alcance a la noche. Mañana no habrá nada que llevarse a la boca, ni siquiera agua. El sol secó los depósitos y no es posible repostar, con los alemanes tan adelantados en el camino.

Spencer miraba al suelo.

—¿Resisten las líneas de vanguardia?

—Por ahora, sí.

—Pues eso es lo que importa. Envíe un aviso por radio a la gente del otro lado del Merderet y averigüe qué pueden hacer en nuestro favor. Aconseje a todos paciencia, y ármese usted de ella, Blyss, porque va a ser nuestra única protección contra las calamidades.

—Muy bien, señor —articuló el teniente.

Media hora después regresó con expresión menos sombría.

—He lanzado el aviso por radio —dijo—. Me han contestado que siete cañones M-3 del 319 Grupo, del siete y medio, están bajando hacia Chef du Pont y que a ratos nos prestarán apoyo. No es mucho, pero puede que sirva.

No sirvió. La tarde fue peor que la mañana. En cada puesto avanzado se trabó un combate perpetuo contra los grupos enemigos, siempre nutridos y siempre bien armados, que trataban de colarse entre los setos. La franja de puestos no cedió, pero uno de cada cinco hombres resultó muerto o herido por las balas de los fusiles, de las metralletas de asalto o de las ametralladoras ligeras. Y ni siquiera cuando se les llevaba al centro de socorro dejaba de gravitar sobre sus cabezas la amenaza, porque entonces se ponían a merced de los morteros, que machacaban implacables la posición. Los lejanos cañones del siete y medio enviaron de vez en cuando contundentes mensajes de aliento, pero su voz se ahogó siempre bajo el fragor del fuego alemán.

—Nuestro único consuelo —le dijo Spencer a Wilson, inspeccionando con él las defensas próximas a la cumbre de la colina— es que la posición no puede ser conquistada por medio de un ataque frontal, debido a las condiciones del terreno; de lo contrario, los alemanes nos arrollarían en un abrir y cerrar de ojos. Esto nos permite resistir por tiempo indefinido y albergar esperanzas. Un hombre a favor de la pendiente y protegido entre los setos vale por diez.

—Si tiene municiones —gruñó el mayor—. Las municiones reducen su tiempo indefinido a un día o un día y medio. No durarán más.

Estaban pasando ante el bosquecillo habilitado como hospital, donde innumerables heridos yacían a la sombra de los árboles. Se

les oía lamentarse, algunos a gritos. El espectáculo era dantesco: heridas en el pecho, en el abdomen, miembros destrozados, uniformes empapados de sangre, manchas de sangre allí, allá, por todas partes, en el tronco de un árbol, sobre la hierba. En medio de aquella exposición de carnes desgarradas se alzaba la esbelta figura de Lise Bernard. También su blusa estaba llena de salpicaduras rojas. A su alrededor se afanaban tres sanitarios, pasando de hombre a hombre un pequeño recipiente de agua y dándole de beber.

Spencer se detuvo a contemplar la escena. Su cara no expresó la menor emoción, pero sus ojos ardían. Algunas voces le llamaron. Casi todos los heridos, incluso los que habían bebido, pedían más agua.

—No se la den —dijo entre dientes—, ¿me oye, Wilson? Advierta a los muchachos que no les den de beber más. Hay que tasarla, y para algunos es peor. Vea, esos del estómago... y el otro... y el de la derecha...

—Están muriéndose por falta de cuidados —replicó Wilson—. Salvo agua, no hay nada que darles.

—He dicho que basta de agua. ¿Es usted sordo?

Encogiéndose de hombros, el mayor avanzó hacia los sanitarios. Spencer prosiguió su camino. La mirada de Lise estaba fija en él, pero no volvió ni una vez la cabeza.

A medida que se acercaba la noche, Spencer, por intuición, puesto que nadie le dijo nada, notó que el descontento cundía entre su gente. La tensión flotaba en el aire, ponía sombras en los rostros, hacía furtivas las miradas. No le sorprendió. Sabía de sobra que nada dañaba más la moral de las tropas que la inacción bajo un bombardeo como el que desde el amanecer les tocaba aguantar. Cada hombre se refugiaba en sí mismo y en sus malsanos pensamientos. El permaneció hora tras hora fumando bajo el olmo, levantándose a intervalos para efectuar un reconocimiento o pedir informes a sus oficiales; pero, salvo Blyss, ninguno de estos se le dirigió espontáneamente. Era la enfermedad del silencio, que precede a la descomposición nerviosa. Spencer se daba perfecta cuenta de todo ello, aunque no podía remediarlo. Si la oscuridad no aportaba un poco de calma, en cualquier momento y en cualquier lugar estallaría la crisis.

El sol se ponía cuando pasó de nuevo por las inmediaciones del improvisado hospital. Los heridos seguían lamentándose. E implorando. Alguien estaba entre ellos, un hombre que se agachaba de uno a otro.

Spencer se adelantó rápidamente.

—¿Qué hace usted aquí?

El hombre era el capitán Brown. Tenía en la mano una cantimplora, y al oírle se enderezó y sostuvo, entre desconcertado y desafiante, su mirada.

—Nadie me ha prohibido la entrada, señor.

—¿Sabe que hay orden de no dar agua a los heridos?

—Esta cantimplora es mía.

—¿Lo sabe o no?

—¡Por supuesto que lo sé, y me importa un cuerno! —el capitán se puso a hablar, de pronto, con voz vibrante, a la que asomaba todo el enojo que poco a poco, pero a lo largo de muchas horas, había acumulado—. Si una cosa me ha enseñado la guerra, ha sido a no respetar las órdenes arbitrarias jamás. Estos muchachos que aquí agonizan, por culpa de la testarudez de usted, me han pedido agua con sus últimas fuerzas y les he dado la que tengo, y si tuviera más se la daría. ¿Qué pasa? ¿No le gusta? ¡Pues aguántese!

—¡Tendrá que responder de esto, capitán!

—¡Oh, no se preocupe! ¡Ni usted ni yo responderemos de nada más que ante el diablo!

Spencer apretó los puños.

—Se encoge de miedo su tierno corazón sentimental, ¿no es así?

—Señor, no tolero que me insulten.

—Usted tolerará todo lo que a mí me dé la gana.

Brown respiraba profundamente.

—Arreglaremos esto de hombre a hombre y ahora mismo. Veremos quién es el que tiene miedo de los dos.

—Está usted loco.

—Le digo...

—¡Cállese y repórtese! Alguien viene.

Dos tenientes surgieron de entre los árboles. Uno era Finch y el otro Keller, el del segundo batallón. Spencer sabía que Keller estaba de un humor de perros porque el curso de los acontecimientos le había confinado con su patrulla en la cota, impidiéndole regresar a su base del otro lado del Merderet.

Finch dijo:

—Andábamos buscándole, señor.

—¿Qué ocurre?

Los dos jóvenes miraron a Brown de reojo.

—El capitán lo sabe.

Hubo un silencio.

—¿Y bien?

Brown se había serenado.

—La situación en esta colina no admite más que un calificativo —dijo en tono incoloro—: desesperada.

Nuestras fuerzas se han agotado. Esta noche se acaban los alimentos y no tenemos más medicinas que las del equipo de primeros auxilios. A casi todos los soldados que han muerto y a muchos de los que morirán se les podría haber salvado la vida; pero no hay plasma ni material quirúrgico ni personal facultativo, entre otras razones, porque usted entregó nuestro médico a los nazis. El más grave de los problemas es el sanitario; también es el más candente, porque los hombres lo conocen, saben lo que les espera si caen heridos y pelean sin ganas. No se puede ya contener la desmoralización. Hemos recibido quejas de muy diverso orden, insinuaciones, amenazas y súplicas. La gente ruega que se haga algo para poner fin a esta ignominia y el más elemental deber de humanidad nos obliga a escucharles. En consecuencia, los tenientes Keller y Finch han sido comisionados para plantearle a usted la cuestión y solicitar que se envíe una patrulla al otro lado del río en busca de plasma sanguíneo y de cuanto sea de más urgente necesidad.

Spencer le había escuchado impasible.

—Esa patrulla no conseguirá cruzar las líneas alemanas.

—Los tenientes Keller y Finch se ofrecen voluntariamente a intentarlo.

—Lo siento; la oportunidad de enviar patrullas ha pasado ya. Esperar es lo único que podemos hacer.

—¿Esa es su última palabra? —preguntó Brown incisivamente.

Spencer vio una grácil figura femenina aparecer a contraluz, dibujada en oro por el crepúsculo. La vio moverse entre los árboles. La vio inclinarse y apoyar una mano en la frente de un herido.

Cerró un instante los ojos.

—Es mi última palabra hasta que haya hablado de nuevo con el coronel —repuso—. Trataré de encontrar una solución. Vuelvan entonces y les diré algo concreto.

CAPÍTULO XIV

Eran las diez, como la víspera, cuando el coronel Echols llamó, pero aquella noche, a diferencia de la anterior, no había cesado todavía el concierto de los morteros. Acompasado por el bronco estallido de las granadas, Spencer hizo un relato minucioso de lo ocurrido durante el día y concluyó con una referencia a la situación:

—No quiero gastar palabras inútiles en dramatizar lo que ya de por sí es bastante doloroso —dijo—. Sepa, señor, que he sufrido bajas enormes, que mis hombres mueren sin asistencia, que se han agotado las provisiones de boca y las municiones durarán un día escaso. La moral de la tropa puede imaginarla usted mismo —Spencer se expresaba con voz monótona, fría, gris—. Dejo en sus manos la decisión de nuestro futuro.

—¿Qué haría si de usted dependiera? —preguntó Echols.

—Pues... despachar hacia acá una columna de socorro.

Hubo un silencio.

—Spencer —dijo cansadamente el coronel—, ¿tan difícil era mantener esa posición avanzada sobre el camino? ¿Se ha apercibido realmente del daño que nos causaba perdiéndola, y del que a sí mismo se ocasiona de rechazo?

—Usted me conoce, señor. Prometí dominar el camino si no se volaba el puente, y hubiera dado la vida por cumplir mi promesa; pero era imposible.

—Lo siento. En esas condiciones, una columna de socorro jamás podrá llegar a la cota. La culpa no es mía. Domine el camino y la columna llegará.

Sin responder, Spencer desplegó ante sí el mapa y lo estudió unos momentos. Su cara reflejaba una vaga angustia. Tenía la frente cubierta de sudor.

—¿Spencer? —llamó el coronel.

—Señor, estoy reflexionando.

—Atienda ahora. Es absolutamente preciso que resista usted lo menos hasta mañana por la tarde. Según mis cálculos, para entonces habré conseguido ya establecer a ese lado del río, por La Fiere, otro batallón, lo cual significa que los alemanes se verán obligados a evacuar el terreno y a dejarle a usted en paz. Veinte horas, Spencer, y esto se encontrará en su desenlace. Haga un esfuerzo; hágalo, ¡se lo suplico!

—No tengo superhombres por soldados. En el punto a que hemos llegado, sin necesidad de esperar a mañana, la cota caerá como una fruta madura en poder del enemigo a poco que este sea capaz de lanzar un ataque a través de los setos y los terraplenes, cosa que, juzgando por la intensidad de su fuego, no tardará en intentar. Todo se vendrá abajo, créalo, señor, y yo me niego a asumir la responsabilidad de lo que ocurra entonces.

—¡Spencer, usted nunca me había dicho nada semejante!

Spencer continuaba con los ojos fijos en el mapa.

—Se lo digo hoy. ¿Quiere escucharme?

El coronel gruñó:

—Me parece que eso es lo que hago.

—Muy bien, voy a intentar al amparo de la noche la reconquista del camino. ¿Tiene usted un mapa ahí? Consúltelo.

—Ya está —anunció el coronel, tras un intervalo.

—Junto al camino, al pie de esta colina, existe una granja que puede convertirse en posición base apropiada. Los alemanes la ocupan en este momento y yo carezco de armas de tiro curvo con que batirla. Si usted me procura preparación artillera, sin embargo, le juro que la tomaré, y si la tomo, no habrá inconveniente para que el socorro se me envíe. ¿De acuerdo?

Echols demoró su respuesta.

—Aparentemente, sí —concedió.

—¿Tendré la preparación artillera?

—¿De veras se ve con fuerza para esa acción?

—Es mi última esperanza y la del regimiento.

—No se mueva de ahí. Volveré a llamar dentro de diez minutos.

Spencer encendió un cigarrillo y permaneció quieto diez minutos, esperando, con el mapa extendido delante de él. Después...

—¿Spencer? —la voz del coronel sonó de nuevo—. ¿Me oye?

—Adelante, señor.

—Todo resuelto. Los siete cañones del 319 Grupo, emplazados al norte de Chef du Pont, abrirán el fuego a las dos y media de la madrugada. Efectuarán veinticuatro disparos sobre la granja. ¿Son suficientes?

Spencer suspiró.

—Supongo.

—De ustedes depende lo demás.

—Gracias, señor.

—¿Ha pensado lo que pasará si esta conversación la intercepta un escucha enemigo?

—Así reviente —replicó el teniente coronel.

Y cortó.

Todos los oficiales, reunidos en grupo y con evidente expectación, le aguardaban en su puesto de mando. Spencer se situó bajo el olmo, los brazos en jarras y una extraña sonrisa entreabriendo su boca.

—El coronel se aviene a enviarnos los abastecimientos precisos para aliviar nuestra situación —anunció. Los miró cara a cara uno a uno—. Para que lleguen —el grupo manifestó silenciosamente su interés— debemos antes eliminar a los alemanes que se mantienen en la base de la colina y dejar expedito el camino a Chef du Pont: de modo que lanzaré un ataque contra la granja por la ladera sur...

Una granada cayó entre los árboles, un poco más abajo. La metralla acribilló el ramaje. Un casco se incrustó en tierra frente a Spencer, pero ni este ni los demás oficiales movieron un músculo.

—¿Qué decía usted de un ataque? —preguntó fríamente el mayor Wilson.

—Los cañones del siete y medio efectuarán una preparación de veinticuatro disparos —prosiguió el teniente coronel, frunciendo el entrecejo—. Inmediatamente después del último, la granja habrá de ser tomada al asalto. Necesito un voluntario para encomendarle el mando de la operación.

Apenas había terminado de hablar cuando todos los oficiales, sin excepción, dieron un paso al frente.

—He pedido uno.

—Señor —dijo el teniente Finch—, creo que Keller y yo tenemos preferencia. Esta tarde nos ofrecimos ya.

—Ahora se trata de una cosa distinta. Esa acción será muy dura, durísima, se lo anticipo; pero de su éxito depende nuestra suerte.

—El mando me corresponde a mí —intervino el mayor.

Spencer se pasó la lengua por los labios. Movía negativamente la cabeza y mantenía entrecerrados los ojos.

—No.

—Decídalo por sorteo —sugirió Hogue.

—Tampoco —el teniente coronel aspiró profundamente—. Está ya decidido; tomará el mando el capitán Brown.

Brown disimuló su sorpresa. ¿Por qué él? ¿Qué se proponía Spencer? Rechazando a Wilson y a Hogue, que le precedían en grado y antigüedad en el batallón, ¿le brindaba la oportunidad de cumplir una misión honrosa? O, por el contrario, calculando que la operación fracasaría irremisiblemente, ¿le enviaba a morir? ¿Quería probar su temple? ¿Quería librarse de su presencia? ¿Era o no era el suyo un gesto conciliatorio?

—Muy agradecido —repuso a media voz.

Spencer no le miraba.

—Venga a las once y media a recibir instrucciones. Mientras, seleccione veinte hombres, los más descansados y mejor dispuestos que pueda encontrar. Llevará a un teniente como segundo en el mando. Puesto que tanto insiste, será Finch. Le descarto a usted — el teniente coronel se dirigió a Keller— porque no pertenece al batallón. Este asunto hemos de resolverlo nosotros.

—Pero...

—Basta, esto es todo. Pueden retirarse. Blyss, quédese, he de hablar con usted.

El grupo se disolvió sin una palabra. El capitán Hogue siguió a Brown, le dio alcance y le asió del brazo.

—Bueno, te felicito. Ha sido una prueba de confianza por parte de Spencer, y merecida. Admite que fuiste injusto con él.

—Me gustaría admitirlo.

—¿Qué te pasa?

Brown se mostraba preocupado.

—Te dije que Spencer se ablandaría muy pronto... Tengo prácticamente pruebas de que se derrite por esa muchacha y, después de su actitud conmigo, no consentirá que yo lo presencie. Le conviene librarse de mí.

Hogue se detuvo en seco.

—Brown, ¡tú no puedes creer semejante cosa!

—¿Por qué no? A mí no me ciega el culto a Spencer: es un hombre como los demás.

—¿Has estado espiándole?

—Me he limitado a abrir los ojos.

Hogue le miraba fijamente.

—Lamento de veras que pienses así. Te equivocas. Puede que el teniente coronel se encapriche con Lise, porqué, en esto sí, es un hombre como los demás; pero nunca descenderá a la canallada...

Brown se encogió de hombros.

—Tú no te das cuenta de que hay algo personal entre él y yo. Es algo que nada tiene que ver con la guerra, con el servicio, con el deber, ni siquiera con Lise. Yo me he casado, soy feliz, amo a mi esposa, y sin embargo, la felicidad y el amor no me impiden pelear como el primero. Yo doy de beber a los heridos cuando tienen sed, trato a mis soldados como seres humanos y mejoro cuanto me es posible sus condiciones de vida, pero no por ello me quedo atrás si suena la hora del combate. No necesito hacer alarde de valor y nunca se me ha ocurrido presumir de héroe, ni aunque sea bajo la

capa de una falsa modestia; soy absolutamente vulgar, ¡y Spencer no tolera que se sea vulgar! ¿Lo entiendes, Hogue? Spencer desea con toda el alma verme cobarde, tardo, vacilante y remiso, desea despreciarme porque soy todo lo que él no es y gozo de todo lo que a él le falta. Se ha rodeado de hombres solteros e ingenuos que no pueden recordarle su fracaso interior, que no ven que representa perpetuamente una farsa para encubrir su amargura; pero a mí me odia porque soy exactamente lo que él hubiera querido ser y no pudo, lo que aspiraba a ser cuando recibió su bautismo de fuego en el Pacífico, sin distinguirse por su valor ni su serenidad, mientras la mujer, cuyo recuerdo le impulsaba a no arriesgar demasiado la piel, estaba engañándole en Nueva York con un cantante barato... No, no, Hogue, por ahí no. Sé que no soy injusto con Spencer. Son otras las pruebas de confianza que necesito.

—¡Demonio —murmuró el capitán, perplejo—, si realmente piensas así... es desolador!

—¿Por qué desolador? Compadece a Spencer, no a mí. Yo he venido al baile para bailar, y bailo; pero él si no acierta a rehacer su vida sobre una base más firme, cualquier día reventará como una burbuja y de nada va a servirle su sensacional heroísmo. Ablandarse ante un bombón como esa francesita es pura vulgaridad, ¿no, Hogue? ¿Y qué mal hay en reconocerlo? ¿Para qué disimularlo?

—Tú supones...

—¿Sabes una cosa?

Los ojos de Brown centelleaban.

—¿Qué?

—Si lo que Spencer siente no es simple capricho, si cae de su pedestal, si se enamora... está salvado. Ha encontrado su gran ocasión. ¡Ojalá sea lo bastante débil para aprovecharla!

Hogue tragó saliva.

—Te comprendo, Brown. En el fondo, tú le aprecias.

—Tengo lástima de él, eso es todo.

El estallido de una granada tiñó de rojo los próximos setos. La metralla produjo un rumor como de granizo, mientras los dos capitanes reemprendían la marcha por la ladera.



Spencer intensificó las llamadas por radio

CAPÍTULO XV

Eran las doce y catorce minutos cuando la patrulla abandonó la cumbre de la colina. Veinte hombres elegidos personalmente por Brown formaban en ella, con el teniente Finch y los sargentos Wallace y Lewis. El fuego de los morteros todavía no había cesado y se sostenían pequeñas escaramuzas en los puestos avanzados de la ladera norte, pero la tranquilidad era total en las zonas sur y sudeste.

Según las órdenes de Spencer, debía avanzarse lenta y sigilosamente hasta la base de la loma, infiltrarse entre los posibles exploradores o centinelas alemanes sin provocar la alarma ni combatir en ningún caso, y apostarse frente a la granja cuatro o cinco minutos antes de las dos y media. Sobraba tiempo. La patrulla caminó en fila india, sin ruido, al amparo de los setos, pegándose a los terraplenes y deslizándose siempre por dónde más densa era la oscuridad. No encontró a nadie. Quedaron atrás los últimos soldados propios, agazapados en sus hoyos de primera línea, vigilantes y en tensión. En la zona de más allá se multiplicaron las precauciones, y al fin, a las dos y veinte, la fuerza se detuvo sobre el camino y a la vista de la granja, bosquejada como una mancha negra bajo la luz del cielo estrellado.

Brown había dado instrucciones suficientemente concretas para que allí fuese innecesario hablar. Cada hombre se tendió en el suelo, aprestó su arma y esperó revistiéndose de paciencia. Los diez minutos transcurrieron muy despacio. Rompía de vez en cuando el silencio la explosión de una granada en la loma. Sonaba plácidamente el «cric-cric» de un grillo. Más lejos, en el terreno pantanoso del este croaba una rana.

Y luego, de pronto, sin que nada, ni el silbido del proyectil, hubiera permitido preverlo, la calma de la noche saltó hecha añicos por el inmediato estallido de un cañonazo. Brown consultó su reloj: marcaba exactamente las dos y media. La hora H había llegado, y con ella la decisión, a cara o cruz, del futuro de la cota 30, del tercer batallón, del regimiento entero, y quién sabe si de algo mucho mayor; ¡de algo tan grande como la misma liberación de Francia!

Otro cañonazo. Otro. Eran ya tres.

Pero el cuarto no cayó en la granja, sino bastante más al sur. Igual el quinto. ¡Y el sexto! Brown sintió que se le ponían los

nervios de punta. En la granja sonaba un silbato, se encendió y se apagó una luz. Los alemanes adoptaban medidas de seguridad.

Y sin embargo, no corrían peligro. Perplejo, al propio tiempo que desesperado, Brown se preguntó a qué obedecería el inesperado cambio de objetivo. Siete, ocho, nueve disparos se abatieron a casi un kilómetro de distancia de la posición enemiga. Diez, once, doce: había ya transcurrido la mitad de la preparación.

Un movimiento de inquietud se extendió entre los hombres de la patrulla.

—¡Malditos artilleros! —oyó Brown exclamar al teniente—. ¡Se equivocan! ¡Han confundido el blanco!

—¡Cállese y espere, Finch!

La espera fue inútil. La zona convenida no recibió fuego. Nada ocurrió. Cuando, por último, cesaron los disparos, Brown comprendió que, efectivamente, sin duda, a consecuencia del obstáculo que a las observaciones oponía la oscuridad, se había cometido un espantoso error.

—¿Qué hacemos? —preguntó Finch con voz velada.

El capitán apretó los dientes.

—Vamos allá. Usted en vanguardia. Yo iré en el centro de la columna. Dudo que los hombres avancen si no se les empuja pistola en mano.

Finch susurró:

—Dios tenga piedad de nosotros.

Luego ordenó reemprender la marcha y los hombres, indecisos, se pusieron en pie. Brown comprendía y disculpaba lo que estaban sintiendo: se les había preparado para asaltar una posición machacada por veinticuatro granadas del siete y medio, y en su lugar tenían delante un bastión alerta, donde los alemanes, probablemente superiores en número y armamento, se hallaban dispuestos para cualquier eventualidad. La operación había fracasado antes de empezar y era suicida continuarla. Sin fuego artillero no se la podía ni concebir, como no se había concebido hasta que Spencer obtuvo el apoyo de los cañones. Pero Brown, a pesar de todo, iba a lanzarse al combate. Demasiadas cosas entraban en juego. Pensó en sí mismo, en Spencer y en las consecuencias que Spencer sacaría de su retirada; pensó en los heridos que agonizaban por falta de medicamentos, en las municiones consumidas, en el hambre que se cernía sobre la cota; pensó en la victoria y en todo lo que en aquel instante crítico dependía de él. Y pensó en Cora Robbins, la alegre inglesita de ojos verdes y cabello leonado, de la cual había hecho su esposa...

Un momento después, firme entre sus asustadizos y titubeantes soldados, descendía hacia el camino. No tenía otra opción que alcanzar el triunfo o morir.

Había avanzado la patrulla alrededor de cincuenta metros, cuando desde un punto a la izquierda de la granja recibió fuego de ametralladora. Brown esperaba lo que ocurrió acto seguido: la mitad anterior de la columna se desbandó y los hombres salieron corriendo como gamos. Se lanzó sobre ellos sin vacilar. Pudo sujetar a uno. Era el sargento Lewis.

—¡Imbécil! ¿Se ha vuelto loco? ¡Adelante! ¡Recóbrese!

Otros pasaban saltando a su lado. Soltó a Lewis para increparles, vociferando como un poseso, agitando los brazos, interponiéndose en su camino. Por el rabillo del ojo vio que el sargento, dueño nuevamente de su aplomo, le ayudaba a contener la huida. Casi inmediatamente, el teniente Finch, que se había mantenido en vanguardia con solo tres hombres, regresó para prestarle también ayuda. Fueron unos minutos de terrible confusión que la ametralladora aumentó tratando de localizarles con sus ráfagas; luego quedó restablecido el orden y el pequeño grupo de hombres, jadeantes y avergonzados, se reunió en torno a su capitán.

Brown, sin hacerles reconvención de ninguna clase, ordenó proseguir la marcha. Todos obedecieron, cabizbajos. Eran diecinueve: los primeros tiros de la ametralladora mataron a uno. La columna desfiló en silencio junto a su cadáver.

Sonaron algunos disparos de fusil, muy pocos y aislados. Una cortina de cohetes luminosos se alzó hacia el cielo, esparciendo una claridad comparable a la del día. Los soldados se agacharon. Avanzaban, pero se hallaban a punto de perder la moral. Brown lo sabía perfectamente.

El sendero que recorrían, según permitían ver los cohetes, se bifurcaba a derecha e izquierda allí donde el terreno se hacía llano. El fuego había partido de la izquierda. A la derecha había un huerto de manzanos de una longitud de unos sesenta metros, y más allá del huerto, la granja. Brown decidió dar un rodeo a la derecha a través de aquel. El huerto estaba rodeado de un terraplén, sin seto vivo, pero muy sólido por la parte más próxima, y esta parte fue lo que fijó como término de la primera etapa de su avance.

La densidad del fuego, que la ametralladora no interrumpió un instante, había a todo esto aumentado mucho y seguía aumentando. Las ametralladoras en acción fueron pronto tres. Los cohetes luminosos formaban ya una especie de aurora boreal continua, y

por todo ello los hombres, aturdidos y nerviosos, progresaban con exasperante lentitud, dando cortos saltos de accidente en accidente, de mata en mata. Brown no quiso forzarlos, y como resultado tardó media hora entera en llegar al terraplén e instalar en este una posición en semicírculo.

El enemigo no parecía estar organizado alrededor de una base central de fuego, sino esparcido en núcleos a lo largo de los setos vivos que separaban el huerto de la granja y cubriendo una pequeña brecha que en aquellos setos se distinguía. Mientras los soldados permanecían pegados al terraplén, la luz y el ruido se intensificaron de tal modo, que Brown comprendió que aquel acoso infernal iba a anular su ya escasa voluntad de combatir. No obstante, era preciso atravesar el huerto y, en el otro lado, emprender el asalto final a la granja. A Brown se le antojó imposible, pero hizo circular la orden a pesar de todo:

—Seguid avanzando hasta que estemos sobre ellos. No disparéis un solo tiro hasta que yo os avise.

Entre él, Finch y los dos sargentos alentaron a los hombres y consiguieron sacarlos del terraplén y meterlos en la plantación de manzanos. El peligro era tan grande allí que ellos mismos se dieron prisa, y en pocos minutos alcanzaron el seto vivo que marcaba el otro extremo del huerto. La granja apareció así tentadoramente cerca, en tanto que la rapidez del avance había sorprendido al enemigo. Brown acababa de llegar al seto cuando una voz chilló en alemán:

—¡Alto! ¿Quién vive?

Disparó su pistola ametralladora en dirección al sonido, y gritó:

—¡Fuego ahora!

Sus hombres echaron cuerpo a tierra y, como él, dispararon hacia adelante con todas sus armas. Eran varios los portadores de pistolas ametralladoras y a Brown le pareció que el volumen de fuego logrado en una fracción de segundo era tremendo. Esto le infundió esperanzas. Pero se desvanecieron pronto en cuanto completó su orden con la de saltar a través de la brecha del seto, porque otra cosa muy distinta era hacer que los tiradores se levantasen y avanzaran. Se pegaban, al suelo desesperadamente. Escucharon la orden como quien oye llover. Brown añadió maldiciones, súplicas, insultos. Fue en vano: los soldados no se movían.

Agobiado por la emoción, sudando, enfebrecido por el estrépito de las detonaciones y el resplandor de los cohetes, el capitán se dio cuenta de que estaba perdido si no lograba impulsar al asalto a sus

hombres. El enemigo avanzaría y en cualquier momento les cubriría desde el seto vivo con su potente fuego, o quizá les cortaría el camino de repliegue; ya se oía el fragor de los MP a su izquierda, hacia retaguardia. Era urgente adoptar una decisión.

Brown la adoptó; saltó solo, se internó unos cuantos metros por la brecha del seto e invitó a los demás a seguirle. Su audaz empeño de nada sirvió; los soldados se quedaron dónde estaban.

No tuvo otro remedio que retroceder, y por entonces empezaban las armas automáticas alemanas a afinar su puntería, haciendo más precaria la situación. Brown sintió que el sudor se le helaba. Se arrastró de hombre a hombre, conminándoles, imponiéndoles su presencia, amenazando, rogando. Nadie admitió que tenía miedo, pero cada uno dio una excusa u otra; había estado cargando su carabina, o retirando a un compañero herido, o haciendo cualquier cosa que le inmovilizaba en el lugar. Brown sabía que mentían, porque él mismo sentía un miedo atroz, con la única diferencia de que lograba dominarlo.

Finch acudió animosamente en su ayuda, y quizá por que le conocían más, o porque llevaban más tiempo con él, semejó obtener mejores resultados. Mejores, aunque lentos. Juntos, los dos oficiales intimidaron y provocaron a la tropa durante veinte angustiosos, interminables y dantescos minutos. Luego, de repente, cuando Brown se hallaba al límite de sus fuerzas y las ráfagas alemanas barrían brutalmente el seto, la duda terminó y los hombres accedieron a saltar.

De un único y vigoroso empujón pasaron todos por la brecha. Fue algo instantáneo, relampagueante. Dos enemigos que habían avanzado hasta el seto vivo para hostilizarse cayeron envueltos en la primera descarga. Aquello hizo que la tropa se pusiera enseguida a tono, de modo que, sin que nadie se lo dijera, Brown comprendió que había conseguido su primer triunfo: ahuyentar al calamitoso fantasma de la desmoralización.

Dejando los edificios de la granja a un lado, Brown condujo la patrulla, dando un rodeo en dirección al no lejano camino de Chef du Pont. Ahora estaban en pleno asalto y avanzaban, combatiendo a través de una nube de proyectiles, pero otra vez la velocidad de su movimiento desconcertó al enemigo. La escena era de una grandiosidad alucinante, y se desarrollaba bajo el manto fulgurante de los cohetes, con tanta luz como en pleno día. Desplegada en orden de combate, a la carrera, y disparando sin cesar, la pequeña fuerza norteamericana cruzó los terrenos inmediatos a la granja, con el ímpetu devastador de un tifón. Los tiradores alemanes que

guarnecían el flanco del camino, salían de sus pozos cuando se les venía encima el rugiente alud, trataban de huir y caían ametrallados o aplastados en un salvaje cuerpo a cuerpo. Era una orgía de fuego, sangre y muerte. El propio Brown se dejó arrebatar y se encontró, de pronto, con que había agotado las municiones de su pistola ametralladora. En aquel momento, delante de él, el sargento Wallace se quedó cojo de improviso. El capitán le arrebató su «M-1» y con la carabina, siguió corriendo y disparando. No podía prestar atención a nada más.

La resistencia, sin embargo, era enconada y no pocos enemigos se mantenían aún. La barrera de proyectiles se hizo más dura. Comenzaron a caer granadas explosivas y de fósforo blanco, cazando a la patrulla en su desplazamiento e hiriendo y matando a muchos hombres. Pero los que permanecían en pie, parecían haber olvidado el peligro, no sentían por las víctimas el menor interés, no veían, no oían: solamente luchaban.

Brown fue volteado por una de las granadas, pero se levantó ileso. Gritó una orden, ni él mismo supo cuál. Otra granada lo derribó y volvió a levantarse. Un poco más allá, cayó por tercera, vez. Estaba sordo. Tuvo que detenerse lo necesario para sacudirse las partículas de fósforo ardiente que se le habían adherido a la ropa y vio que alguno de sus hombres hacían lo mismo. Luego continuó el avance.

Momentos después no quedaba un alemán con vida junto al camino. Los soldados se detuvieron. Brown pensó que parecían locos, con sus uniformes destrozados y llenos de sangre, las caras sin afeitar, los ojos encendidos, las bocas ansiosas, las manos crispadas sobre las armas.

—¡Vamos a por los de la granja! —exclamó.

La granja, rebasada por el flanco, resistía y desde ella se hacía fuego de ametralladoras y morteros ligeros. Los componentes de la patrulla americana, como si un extraño hechizo los hubiese convertido en fieras, se precipitaron a través de los sucesivos setos, sin apenas precaución. Su comportamiento, de no estar bregados en tales lides y conocer la borrachera del combate, donde no existen cobardes, ni héroes, ni casi, seres humanos, sino solo brutos, sedientos de matar, hubiera maravillado a Brown. Parecía imposible que aquellos energúmenos fueran los mismos hombres titubeantes que necesitaron más de veinte minutos de agotadora persuasión para decidirse a abandonar el vecino huerto.

Ahora no los contenía nada. Encontraban instintivamente las desenfiladas, en el campo de tiro de las ametralladoras y se

lanzaban por ellas de cabeza, sin reflexionar, dando largos saltos en zigzag, por un terreno en el que brotaban a docenas y contantemente, los cónicos surtidores de fuego, metralla y polvo de los morterazos. En un momento estuvieron junto a los edificios, demasiado cerca para que la trayectoria de las armas automáticas los inquietase. Los defensores más avanzados hubieron de replegarse y la mitad de ellos pereció en el intento. Los supervivientes se parapetaron en los establos, pero contra estos cerró Brown, a la vanguardia de su grupo, calada la bayoneta, y en medio de una espantosa confusión de golpes, cuerpos, disparos, y gritos de los hombres y de las bestias alojadas allí, se libró una lucha cuerpo a cuerpo, que en pocos minutos convirtió a los americanos en dueños del lugar.

La furiosa matanza, sin embargo, se extendió a vacas y ovejas hasta hacer de los establos un lodazal de carne, heno y estiércol, empapados de sangre, entre los que chapoteaban los paracaidistas, mirando a un lado y otro con la respiración entrecortada. Brown ni siquiera intentó impedirlo, porque era imposible. Todos habían caído, víctimas de una hipnosis general, contra la que nada podían las amenazas ni órdenes.

Solo cuando no quedó nada por matar, consiguió el capitán indicar que era todavía preciso asaltar el edificio principal de la granja. Con Finch y uno de los soldados, mientras los demás obraban por cuenta propia, revolió los cadáveres alemanes, hundidos en el nauseabundo charco de sangre y excrementos, buscando granadas de mano, de las que carecían. Encontró cinco. Entonces trepó, en unión de sus dos compañeros, al tejado del establo. Inmediatamente, recibieron fuego de dos tiradores apostados en el techo de la granja, pero Finch los silenció con una ráfaga de metralleta. Saltaron de un tejado a otro. Abajo se combatía ferozmente. Por una abertura, pasaron al desván, e instantes después, desde lo alto de la escalera, arrojaban contra la planta inferior las granadas de que se habían apropiado.

Aquello decidió la acción. Al descender, Brown halló que sus hombres, tras irrumpir por las ventanas, sofocaban en una habitación del fondo el último conato de resistencia. Toda la planta baja estaba sembrada de cadáveres mutilados, desventrados, con el cuello roto, desarticulados los miembros, entre los cuales aparecía una buena cantidad de fusiles, municiones, morteros portátiles y ametralladoras. Fue cuestión de segundos que la lucha terminase y en la granja se hiciera el silencio.

Fuera, el silencio se había hecho ya. Brown abrió la puerta, salió

al exterior, ansioso de aire puro y se sentó pesadamente, en tierra, junto al umbral. Durante un tiempo, dejó que los soldados se despacharan a su antojo. Por las exclamaciones que oía, dedujo que encontraban agua y saciaban con ella la sed que ya debían de sufrir antes de su partida de la cota. También él la sufría, pero no se movió. Luego, uno a uno o por parejas, los hombres se le reunieron. Brown los examinó con curiosidad. Un nuevo cambio se había operado en ellos, arrebatándoles toda la excitación de la pelea. Estaban ahora rendidos de cansancio, horrorizados de lo que habían hecho, y, la mayor parte, heridos. Los contó. Ocho, ¡solamente ocho! Tres más, llegaron desde el camino, durante aquel intervalo, heridos también, pero el número total no rebasó de once, incluidos Finch, que llevaba manchada de sangre la camisa, y los dos sargentos, uno de los cuales, Wallace, tenía una pierna rota. Él objetivo se había conquistado, pero la patrulla quedaba reducida a la mitad.

Brown se aprestó a continuar las operaciones. Era de suponer que el enemigo no les permitiría disfrutar en paz de la victoria y que otras fuerzas, probablemente desde el oeste y desde el sur, no tardarían en emprender el ataque. Necesitaba de todos los brazos disponibles. Dirigió al pequeño y maltrecho grupo unas palabras de felicitación y acto seguido pasó a enviar centinelas a los puntos clave del terreno que rodeaba la granja y flanqueaba el camino. Los soldados acogieron las órdenes con patente disgusto. Estaba claro que deseaban replegarse a la colina y que poco se podía contar con ellos para montar la defensa de la posición, pero no había más remedio que obligarles.

—¡No puedo, capitán! —gimió uno, herido de consideración, cuando oyó que se le destacaba al camino—. ¡Me estoy muriendo!

Brown tragó saliva.

—Sé que te estás muriendo —replicó—: a eso hemos venido aquí todos. ¡Vaya y cubra el camino como se le manda!

Comprendió que él mismo perdía el aplomo, que se estaba poniendo histérico, y notó que le era difícil pensar y hablar claramente. Los demás, incluso el grandote, y siempre sonriente Finch, se mostraban sobreexcitados, deshechos los nervios por el largo y violento combate. Aunque se había establecido la calma, la visión de tantos cadáveres como había en el campo y en el interior de los edificios, los cuales era imposible identificar como propios o enemigos, por la falta de luz, producía una sensación de inseguridad de peligro, de cosa provisional, inestable e inacabada. Se presentía vivamente que la tempestad volvería a estallar, de un

momento a otro, y todos los hombres reflejaban este presentimiento en su ánimo.

Una vez despachados los centinelas, Brown asió del brazo al teniente Finch y le pidió que le condujera al lugar donde se había descubierto agua. Finch le llevó a una cisterna. El capitán bebió hasta hartarse y luego se remojó para librarse del sudor, de la sangre y del polvo. La frescura del agua sentó bien a sus nervios. Tras secarse, encendió un cigarrillo. Finch no había hasta entonces pronunciado una palabra.

Brown le comunicó sus planes, mientras volvían al zaguán anterior de la granja, donde descansaban los soldados.

—Usted sabe tan bien como yo —dijo— que esta tranquilidad es solamente un compás de espera, y probablemente muy corto. ¿Está dispuesto a aguantar hasta el fin?

—¿Por qué? —preguntó el teniente.

—Porque voy a dejarle al mando de la posición y deberá sostenerla hasta el último hombre. Yo continuaré con los voluntarios que se presenten a ello, y batiré el camino e intentaré alcanzar el Merderet y nuestros puestos del otro lado del puente. En tanto usted resista aquí, la columna de socorro podrá ser enviada. Haré que se den prisa, pero, si esto se pierde, ya no habrá modo de llegar. ¿Se da cuenta de la importancia de lo que le pido, Finch? ¿Puedo confiar en usted?

—Supongo que sí, señor —repuso Finch, imperturbable.

—¿Conseguirá que cumplan los hombres?

—Veré de conseguirlo. ¿Cuánto calcula que tardará en regresar con la columna?

—Lo ignoro, pero será antes del amanecer.

—Muy bien, señor.

Los soldados aguardaban en sombrío silencio. Brown se plantó ante ellos, examinándolos, con el cigarrillo prendido en la comisura de los labios, y el casco echado atrás.

—Voy a abrimme paso a través del camino hasta el Merderet —anunció bruscamente—. ¿Quién se ofrece voluntario a acompañarme?

Ninguno se movió.

—¿No oís, cobardes? —exclamó Finch.

Brown le apoyó una mano en el hombro.

—Déjelos, teniente. Muchachos, pensad en los compañeros que murieron sin asistencia en la colina... pensad que se han terminado los alimentos y que escasea el agua, que mañana se quemarán los últimos cartuchos y la posición quedará a merced de los alemanes...

Todo lo que hemos soportado hasta aquí no servirá de nada, si no logramos que se envíe la columna de socorro. Os pido un pequeño esfuerzo, el último...

—Cuenta conmigo, señor.

Era el sargento Lewis y Brown supuso que se ofrecía en desagravio por el momento de debilidad sufrido al comienzo de la acción.

—Gracias. ¿Alguien más?

Silencio.

—Señor, pierde usted el tiempo —comentó amargamente Finch.

Brown se encogió de hombros y renunció a insistir. Preparó la partida con Lewis y los dos se armaron; el sargento con un «MP» alemán, para el que abundaban las municiones, y él con una «M-1». Todo estuvo listo en un momento.

El teniente le estrechó la mano. Solo dijo:

—Suerte, señor.

Los dos hombres echaron a andar paralelamente al camino, guareciéndose detrás de los árboles que lo flanqueaban. La tranquilidad persistía. La granja desapareció pronto en la noche. Avanzando paso a paso por aquel terreno, que suponía infestado de enemigos, Brown se preguntó si la suerte que Finch le había deseado, sería tan grande como para permitirle cumplir su misión, sin tropiezos.

Casi inmediatamente se desengañó: una voz alemana les dio el alto, cuando habían recorrido cosa de doscientos metros, en paz. Lewis replicó con una ráfaga de su «MP» y obtuvo otra ráfaga a modo de contrarréplica. El sargento juró, Brown saltó a un lado, echó a correr, y, mucho antes de lo que esperaba, se encontró ante un soldado enemigo. Segundos después retiraba la bayoneta de su cadáver.

El avance prosiguió, ahora con prisa. Dos veces más, toparon con alemanes sin duda pertenecientes a una cadena de centinelas que vigilaban el camino, y en ambas, sin el menor titubeo, Brown los mató. No podía hacer otra cosa, los prisioneros le estaban vedados.

El suelo inició un declive y, a poco, apareció pantanoso y encharcado, señal de que el río no estaba lejos.

Brown sabía que esto era solo relativo, porque había visto en el mapa que los pantanos del Merderet cubrían una gran extensión, pero experimentó un alivio considerable.

Entonces observó que Lewis se quedaba atrás. Había notado antes lo temeroso que se mostró en sus encuentros con los soldados

alemanes por lo cual se detuvo, le esperó y le dijo ásperamente:

—¿Qué le pasa? ¿No puede mantenerse firme?

El sargento vacilaba y tenía el rostro desencajado.

—Señor, creo que... estoy herido...

Brown le desabrochó la camisa.

—Siéntese —ordenó al instante.

Había nada menos que seis orificios de, bala, en el brazo y en el hombro izquierdos de Lewis. La sangre manaba con regularidad. Cuando Brown terminó su examen, el sargento estaba tan débil que no pudo incorporarse siquiera.

—Vamos, yo le ayudaré. No será nada. ¿Cuándo ocurrió?

—Fue... el primer prusiano... su ráfaga...

Brown levantó al hombre. Las heridas no eran graves y no corría otro peligro que el de desangrarse, si tardaban mucho en alcanzar los puestos norteamericanos.

Pero en aquel momento sucedió algo que hizo muchísimo más urgente el alcanzar aquellos puestos, muchísimo más penosa la situación, muchísimo más dramática la circunstancia de que Lewis, herido y sin fuerzas, obligara al capitán a cargar con él y avanzar despacio, muy despacio: una gran explosión se produjo en la dirección de la granja. La siguió otra. Y otra y otra más, ¡y toda una serie que no cesaba! Era la reacción del enemigo al golpe de mano de la patrulla: desde un lugar remoto, al sur del río Douve, abrían fuego sus cañones y sus morteros pesados. Apenas transcurridos unos minutos, Brown comprendió que sus esfuerzos habían fracasado totalmente. Las poderosas granadas, no solo aniquilarían la granja y harían la posición de Finch insostenible, sino que barriendo el camino, impedirían el paso de los socorros que la cota 30 necesitaba para sobrevivir.

Así lo comprendió también el sargento.

—Déjeme, señor —articuló—, y corra, ¡corra!

Pero Brown no podía dejarle. Le tomó a cuestras y echó a andar a través del pantano, bajo el cielo iluminado por los fogonazos, aspirando vigorosamente el aire que sacudían los estampidos.

Fue una pesadilla: tinieblas, fango, agua y el bárbaro tronar de los cañones. Duró una hora; es decir, una eternidad. Brown pensó que no lo olvidaría nunca.

Cuando, al fin, entró en contacto con las avanzadillas americanas, Lewis había perdido el conocimiento y él apenas se tenía en pie.

—Pronto —jadeó—, ¡pronto! ¡Necesito hablar con el jefe del sector!

Le llevaron al jefe del sector. Sabía, sin embargo, que llegaba tarde y que todo era inútil: los cañones y los morteros pesados alemanes seguían, en la distancia, entonando su sinfonía de muerte.

CAPÍTULO XVII

Las incidencias de la tremenda batalla habían podido seguirse con precisión desde lo alto de la loma, mientras ardieron los cohetes y luego hasta el tiroteo final de la granja. Todos los hombres de la colina, sin excepción, estuvieron pendientes de ellas; todos lanzaron un suspiro de alivio cuando, abajo, se hizo el silencio. No podían saber con exactitud qué era lo que había ocurrido, pero lo visto bastaba para suponer que Brown había triunfado. Y su triunfo significaba algo tan importante y tan deseado como la apertura de una vía de comunicación hacia el este y, en suma, la salvación.

Ahora que el silencio se mantenía y no era necesario más que esperar, Spencer estaba sentado bajo el olmo, fumando y con Lise junto a él. La noche albergaba un calor suave, profundo, y parecía, por alguna razón inexplicable, una noche distinta a las demás. Spencer reflexionaba. Con un brazo ceñía a la muchacha por la cintura. La proximidad de su cuerpo, el susurro de su aliento, el roce de sus cabellos, toda su persona, le procuraba una sensación de plenitud, como no la había conocido nunca. Una sensación irreal. Desconcertado, se preguntó si sería cierto que necesitaba una mujer a su lado y, sin saberlo, la habría necesitado siempre. Ella se lo dijo así; le dijo muchas cosas, que, al cabo, resultaban ser la verdad pura.

—Lise —susurró.

La joven volvió un poco la cara.

—¿Qué?

—Lise, ¿tú puedes ver dentro de mí?

—¿Por qué me preguntas eso?

—¿Tú puedes verme tal cual soy? ¿Pensabas sinceramente las cosas que has dicho de mí desde que nos encontramos?

—Esas cosas se leen en tu rostro.

—Dijiste que yo sentía miedo de las mujeres.

—Sí.

—Y miedo de ti.

—Sientes miedo de tú propia debilidad. Temes que te hagan daño si te entregas, si por un momento levantas tu guardia. Eres hosco, huraño y gruñón, como el perro que ha recibido demasiadas palizas cuando movía la cola. Pero yo puedo ver a través de todo eso y comprenderte.

—¿Tú no me harás daño, Lise?

—Yo te quiero.

Spencer calló por largo tiempo. En la brisa, temblorosa, flotaba un perfume de vida que le hizo estremecer. Una vaga emoción le apretó la garganta.

—Otra mujer me dijo que me quería... me lo dijo tantas veces...

Se interrumpió.

—Sigue —murmuró Lise.

—No, ¿para qué?

—Lo estás deseando. Puede que te duela, puede que sepa amargo como una medicina, pero te hará bien.

Spencer articuló lentamente:

—Fue en Nueva York...

Una gran explosión se dejó oír en la base de la colina.

—¿Qué más?

—Espera... atiende...

Otra explosión. Otra, otra aún.

—Son granadas —dijo Lise—. Vamos, ¿qué pasó? ¿Quién era ella?

Pero Spencer ya no la escuchaba. Se había puesto en pie de un salto y le volvió la espalda y corrió a una roca, desde donde se dominaba una parte de la ladera sur. Al unírsele, la muchacha advirtió en su cara una mueca de angustia. Abajo, parecía haberse desencadenado el infierno. En una ancha y larga zona extendida hacia el este, la tierra saltaba, llameaba, temblaba y rugía, bajo los efectos de un bombardeo pavoroso.

—Dios —suspiró Spencer—, esto es el fin. La granja y el camino quedarán como la palma de la mano.

Abandonó la roca y, sin dirigir a Lise una mirada, se alejó hacia el campamento de su Plana Mayor. Por toda la colina había cundido la alarma y se percibían movimientos, se oían voces, se veía correr a la gente. El teniente Blyss acudía, con el casco en una mano y la pistola en la otra.

—¡Señor! —exclamó—. ¿Qué es esto?

—¿No tiene ojos? ¡Busque al mayor y al capitán Hogue y dígales que pongan a los hombres a cubierto, en previsión de que el haz de la artillería se eleve hasta aquí! ¡Luego vuelva!

Blyss partió como loco. Regulando a duras penas sus nervios y tratando de convencerse de que no había nada que hacer, Spencer se apoyó en el tronco de un árbol y enfocó los prismáticos hacia la barrera de explosiones. Detrás de él, los soldados de Plana Mayor murmuraban. Blyss regresó, pero no se atrevió a interpellarle. Un

momento después, llegaron Wilson, Hogue y el teniente O'Neill.

El primero dijo:

—¿Cree que Brown resistirá?

—No. No resistiría nadie —Spencer apartó de su rostro los prismáticos—. Empiecen a hacerse a la idea de qué no vamos a recibir socorros. Ha sido un sueño.

—Yo le aseguro que los recibiremos, si depende de Brown —terció, en esto, el capitán Hogue.

Spencer lo miró fijamente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que, efectivamente, bajo el bombardeo que sufre la granja, no resistirá nadie —Hogue hablaba con deliberada lentitud—, pero sí Brown. Vale más que todos nosotros juntos. Repito que, si de él depende, los socorros llegarán.

—No sea loco. El camino está batido.

—No creo haber mencionado el camino para nada.

Spencer se pasó la lengua por los labios.

—Lo referente a Brown será su opinión personal. ¿No es así, capitán Hogue?

—Y la de usted, señor.

—¿Qué significa esto?

Hogue sostenía fríamente su mirada. Preguntó:

—¿Va a enviarle a Brown la orden de replegar la patrulla?

El teniente coronel volvió la vista hacia la ladera y la posó por un momento en los fogonazos, que destellaban abajo. El fuego había perdido su violencia inicial, para estabilizarse en una cadencia, aunque lenta, persistente e invariable.

—No —replicó.

—Eso es condenarle a muerte —protestó Wilson.

—Acháquele la condena al capitán Hogue —Spencer sonrió duramente—. Si tanto confía en Brown, dejémosle en la granja. No le retiraré, a no ser que desde el otro lado del río me comuniquen que la columna no puede partir. Todo es posible mientras mantengamos una posición, con Brown al frente, en el camino. ¿No es eso lo que piensa, capitán?

—Sabe lo que pienso tan bien como yo.

Hogue giró sobre sus talones y se alejó.

—Está nervioso —le disculpó Wilson. Consultó su reloj—. Llevamos dieciséis minutos de cañoneo, señor. Dudo que la guarnición de la granja conserve la menor capacidad combativa.

Uno de los soldados de Plana Mayor se aproximaba a la carrera, el teniente coronel le vio, cuando se disponía a contestar. Se arrugó

su entrecejo.

—¿Qué pasa?

—La radio, señor. Le reclaman a usted, urgentemente...

Spencer echó a andar, y tras una duda, Wilson y O'Neill le siguieron. Los tres sabían que, en un sentido u otro, algo decisivo iba a desprenderse de aquella llamada.

La llamada la efectuaba el teniente coronel Plummer, jefe del segundo batallón. Hablaba desde Chef du Pont, donde tenía su puesto de mando.

—¡Spencer! ¿Sigues con vida?

—¡Claro que sigo con vida!

—¡Demonio, creí que estarías aguantando la granizada desde el infierno! ¿Qué habéis hecho? ¿Pisarle un callo a los alemanes?

—He enviado una patrulla a establecer una posición dominante sobre el camino, si es a eso a lo que te refieres. Le dije al coronel que me urgía recibir socorros.

—Pues estás bueno. Tengo aquí tres camiones cargados de equipo, me los ha enviado para ti el mando de la División, pero no saldrán. Sería demasiado costoso. Morirían más hombres en el camino de los que tú dispones en la cota.

Spencer se restregó nerviosamente una mejilla con el dorso de la mano. La frente se le había perlado de sudor.

—¿Has llamado para decirme eso?

—Lo siento, Spencer, así es. Todo se ha estropeado.

—¿Lo sabe el coronel?

—Acabo de consultárselo. Te pide que aguantes. Ha prometido forzar la presión en La Fiere y colocar el primer batallón en ese lado del río antes de mediodía. Es la única solución.

—Pero, ¿es que no sois capaces de entender lo que ocurre? ¿No he hablado bastante claro todavía? ¡Necesito, por lo menos, plasma para atender a los heridos! ¡No es tanto cuestión de refuerzos o de municiones como un problema de pura moral! ¡Mis hombres no quieren ni pueden pelear en estas condiciones, y yo mismo no me atrevo a exigirselo!

La voz de Plummer denotó asombro:

—¿Tú no te atreves?

—¡Estoy harto! ¡Me he cansado de pagar y hacer que paguen mis hombres las culpas ajenas! Cuando se ha cometido estupidez tras estupidez, cuando se me ha lanzado solo y sin contactos al oeste del Merderet con la obligación de luchar por todo el regimiento, cuando he pedido apoyo artillero para conquistar una posición y se han perdido veinticuatro cañonazos batiendo un trozo de pantano

desierto, mientras la posición enemiga permanecía incólume, cuando exijo auxilios urgentes y se me niegan por cobardía y comodidad, ¿cómo quieres que me atreva a nada? ¡Se ha acabado, Plummer! ¡Al primer conato de ataque que los alemanes lancen, rendiré incondicionalmente la loma! ¡Puedes anunciárselo al coronel!

Hubo una pausa.

—Spencer, te desconozco. No eres el mismo. Y no debiste decir eso respecto al ataque: si el enemigo intercepta esta conversación, sabrá que le ofreces el triunfo en bandeja y se apresurará a aprovechar la oportunidad...

—¡Ojalá lo haga ahora mismo!

—¡Spencer!

Spencer se puso en pie y se retiró del aparato.

—Corta —le dijo al operador—. Basta ya.

Wilson y O'Neill le contemplaban estupefactos. Ambos habían palidecido y aún a la luz de las estrellas, era visible su emoción.

—¡Blyss!

Blyss, que había asistido también a la escena en segundo término, se adelantó, con expresión grave.

—Señor.

—Envíe un enlace al capitán Brown. Le ordeno que evacúe inmediatamente la granja y regrese aquí con su patrulla.

—¿Qué se propone usted? —preguntó Wilson, mientras el teniente partía.

—Cruzarme de brazos. Usted, Wilson, ocúpese de la gente. Retire los puestos avanzados y abandone cualquier emplazamiento que ofrezca peligro. Coloque a los hombres en zonas de seguridad, a cubierto de las granadas. Ha cesado la resistencia.

—¿Se ha vuelto loco? ¡No puede hacer eso!

—¡Wilson! ¿Se niega a obedecer mis órdenes?

El mayor se aclaró la garganta.

—Me niego, señor. No está usted en sus cabales. Por Dios, esfuércese...

—¡Retírese inmediatamente! ¡Tomaré las medidas disciplinarias propias del caso!

Wilson le miró fijamente. Luego se encogió de hombros.

—Vámonos de aquí, O'Neill.

Spencer quedó solo. Continuó solo durante más de una hora, absorto en sus pensamientos, inmóvil entre los árboles que separaban de la cumbre el campamento de Plana Mayor, sin hablar con nadie, sin mirar una sola vez hacia el olmo, donde tenía su

puesto de mando y bajo cuyas ramas se adivinaba una figura blanca y negra, inmóvil y expectante como él.

A lo largo de aquellos setenta u ochenta minutos, nada cambió; desde el norte, las granadas continuaron cayendo sobre la colina; desde el sur, los cañones y los morteros pesados batieron, a ritmo constante, la granja y el camino. Después, Spencer vio a cinco hombres ascender cansadamente por la ladera, vio que otros se les unían, vio que todos juntos se dirigían hacia su puesto de mando y se detenían al no encontrarle. La figura blanca y negra se había enderezado bajo el olmo.

Spencer salió de entre los árboles. Los cinco hombres eran Finch, tres soldados y el enlace que Blyss envió a la granja; los otros, Wilson, Hogue y los tenientes Littlejohn y O'Neill.

Los soldados se pusieron firmes. Finch saludó.

—Sin novedad en la patrulla, señor. Forman tres. Dos más han quedado en el puesto de socorro.

Spencer sintió algo como un latigazo.

—¿Tres y dos heridos? ¿Los demás han muerto?

—Tres heridos leves y dos graves —rectificó Finch. El mismo llevaba la camisa empapada de sangre y un desgarrón en la cara—. Los demás han muerto, efectivamente. ¿Puedo saber por qué nos ha retirado usted?

Los oficiales, en torno, guardaban un tenso silencio.

—¿También ha muerto... el capitán Brown?

—El capitán Brown partió hacia el este, con un voluntario. Me dejó orden de defender hasta el último hombre la posición, contando con que, mientras esta resistiera, podría traer socorros —Finch hizo una pausa y añadió—: Ahora ya no resiste.

—Los cañones alemanes dominan el camino —dijo quedamente Spencer—. El capitán Brown, no regresará.

Finch no contestó. Nadie dijo una palabra. Spencer los miró a todos a los ojos, uno por uno. Su mutismo le hizo tanto daño como una punzada caliente.

—¡Deliran! —exclamó—. ¡Es un maldito espejismo! ¡El deseo de que una cosa se realice no significa que haya forzosamente de realizarse! ¡Oh, condenados sean!

De pronto, descubrió que no podía ya gobernar sus nervios, que la situación se le había hecho insostenible, que odiaba a aquellos hombres impávidos, que odiaba sus rostros, su uniforme, la guerra, el mundo, ¡todo! ¡Necesitaba gritar!

Se dominó con un desesperado esfuerzo, dio media vuelta y echó a correr. Encontró a Lise más allá del olmo. La estrujó como

un demente entre sus brazos.

—¡Lise! —gimió—. ¡Arráncame de mí! ¡Sácame de mí mismo! ¡Tú puedes hacerlo, solamente tú! ¡Por Dios, líbrame, no aguanto más!

Ella le ofreció la boca. Y mientras sus labios se unían, descubrió que Spencer, tan duro, tan rígido, tan inhumano, estaba llorando como un chiquillo.

Rayaba el alba cuando un coro de vítores, de aullidos, de alegría y de disparos al aire, anuncio que el capitán Brown había regresado a la cota. Spencer fue a recibirle arrastrando los pies, infinitamente cansado, vacío y sin fuerzas. Todos los oficiales y numerosos soldados le rodeaban. Brown traía consigo un teniente médico y una patrulla de sanitarios, provistos de material quirúrgico, plasma sanguíneo y medicamentos. Su feliz arribada al otro lado del río había convencido al teniente coronel Plummer de que el paso era factible para un grupo reducido y aprovechando la oscuridad de la noche, por lo cual le permitió partir nuevamente con los elementos que más necesitaba la posición. Brown dio un rodeo hacia el norte, por los pantanos, cruzó entre las avanzadillas alemanas y alcanzó su meta sin novedad.

—Era el efecto moral de socorro lo que buscaba —explicó. Estaba extenuado, descompuesto, lívido, aunque sonreía—. No podía traer armas, municiones ni alimentos, pero sabía que si lograba aliviar a los que aquí sufren y crear unas condiciones de existencia un poco más humanas, los hombres lucharían otra vez, como jabatos. Celebro haberlo conseguido.

Spencer sintió muchas miradas fijas en él.

—Le felicito cordialmente, capitán —oyó decir a su propia voz, con un timbre extraño y remoto. Una costra de hielo parecía aislarle de la realidad—. Nunca, ni yo ni mi batallón, olvidaremos esto. Informaré puntualmente a mis superiores de su valor, su decisión y su serenidad. Me llena de orgullo tenerle a usted a mis órdenes.

Extendió la mano.

—Eso mismo le dijo usted a Carruthers —replicó Brown secamente.

E ignorando la mano que se le ofrecía, volvió al teniente coronel la espalda.

CAPÍTULO XVIII

El mayor obstáculo que se oponía a las operaciones del regimiento, hasta el punto de impedir el dominio del paso del río en La Fiere y el establecimiento de una cabeza de puente en la ribera occidental, era la igualdad de fuerzas existente entre los dos bandos. Por esta causa había permanecido equilibrada la situación tres días enteros, y el coronel Echols no osaba romper dicho equilibrio, engrosando su vanguardia a la cota de la retaguardia, o viceversa, para no arriesgarse a que los alemanes se lanzasen al punto contra la zona desguarnecida. Con sus batallones convertidos en focos de resistencia casi aislados, había pugnado inútilmente por obtener un desenlace que, sin apoyo del resto de la 82 División, era imposible. Sin embargo, como la División no pudiera distraerse del terrible combate que libraba al nordeste de allí, y como, por otra parte, las últimas noticias recibidas de la cota 30, a través del teniente coronel Plummer, indicaban que esta posición avanzada, clave de todo el sistema, corría inminente peligro de desmoronarse, el coronel se vio obligado, cuando amaneció el día D+3, a formar una decisión.

A tal efecto, tras asegurarse de que el cañoneo del camino no llevaba aparejado un asalto alemán a su retaguardia, o por lo menos de que este no era inmediato, retiró de Chef du Pont el segundo batallón y las piezas de artillería y montó en La Fiere un dispositivo de ataque masivo, que desencadenó alrededor de las siete de la mañana.

La lucha fue durísima, pero a las diez el paso estaba en poder de los americanos, y el primer batallón cruzaba el río y tomaba posiciones en la orilla este. A las diez y cuarto cesó en la colina 30 el fuego de morteros que recibía desde el norte, y a las diez y media callaron los cañones al sur del Douve. A partir de este momento se esfumaron las fuerzas que todavía, durante las primeras horas de aquella mañana habían estado hostilizando la loma. Antes de las doce, una columna enviada por el segundo batallón se unió a las tropas de Spencer, sin haber encontrado alemanes en el camino.

La situación en el Merderet había cambiado radicalmente. Con los pasos de Chef du Pont y La Fiere en manos de los norteamericanos se cumplían los objetivos fijados al regimiento, en la operación aerotransportada, y los alemanes de la ribera occidental, comprendiendo que peligraban entre ambas cabezas de

puede, no podía hacer otra cosa que retirarse.

Su retirada fue más bien una huida. Abandonaron cuatro obuses con sus correspondientes remolques, doce ametralladoras, cuatro morteros pesados, cinco ligeros y otras muchas armas, todo ello en el terreno al norte de la cota, desde donde habían combatido a Spencer con tan pegajosa insistencia. Las horas de amargura habían terminado.

A la una de la tarde se recibió un mensaje del general jefe de la División, en el que felicitaba a los defensores de la colina 30, «cuyo comportamiento heroico había hecho posible el estratégico dominio del Merderet y cuyo elevado espíritu servía de ejemplo, estímulo y guía para la consecución de la victoria final». El teniente Blyss, por delegación de Spencer, lo leyó ante todos los hombres reunidos. Fue acogido en silencio, quizá porque cada uno sabía demasiado bien lo que aquel comportamiento y aquel espíritu les había costado.

Con el mensaje llegó una saca de correspondencia, arrojada en Chef du Pont por el avión del servicio postal. Muchos de los destinatarios de aquellas cartas estaban muertos, otros mal heridos, pero los demás gozaron con ellas de unos instantes de evasión a un mundo tan lejano y tan distinto, que sin apenas esfuerzos hubieran admitido que no existía. El capitán Brown recibió una que comenzaba con las palabras: «Querido piel roja». Se tendió a leerla a la sombra de una encina, solo, y allí estuvo mucho tiempo, dejando volar la imaginación. Ahora que lo peor había pasado, se sentía profundamente dichoso. Jamás había luchado como lo hizo durante aquellos días, con una convicción tan firme y una visión tan clara de las cosas. Ni una vez hubo de preguntarse por qué y para qué peleaba, qué era lo que en el campo de batalla tenía que defender. Recordó lo que en cierta ocasión le dijera Spencer: por fin había en el mundo algo suyo; una mujer, el hogar que le esperaba cuando la guerra terminase, los hijos, la felicidad... Alguien le escribía: «Querido piel roja», para contarle cuánto le echaba de menos. Pensó en Cora y en los últimos momentos que con ella pasó en Londres. Cerró los ojos.

Le hubiera gustado saber qué sentía Spencer después de lo ocurrido entre los dos. Hogue y el mayor, aquella mañana le hablaron de su crisis moral. Ambos sentían dolor y un cierto despecho, y se habían arrimado a él, porque Brown anunció en su presencia que, tarde o temprano, el teniente coronel se hundiría. Todos los ídolos tienen los pies de barro.

Pero Wilson y Hogue no podían comprender la verdad, porque antes y después le aplicaron a Spencer un patrón erróneo. Brown

no les dijo nada, pensó que explicarlo era muy difícil. El sí entendía, él supo siempre que Spencer era solamente un hombre y que ahora era todavía un hombre; él sabía, porque la guerra se lo había enseñado, que los héroes no existen más que en las leyendas de la antigüedad. La guerra era cosa de hombres y en ello estaba toda su grandeza y toda su hermosura.

Sin embargo, no había vuelto a ver a Spencer desde el amanecer, desde que lo tuvo a su merced, cuando regresó de Chef du Pont con la patrulla y pudo demostrarle quién estaba en lo cierto y quién equivocado, entonces ignoraba determinadas cosas y fue cruel sin quererlo. Pero Spencer necesitaba de aquella crueldad; por eso le hubiera gustado saber lo que sentía ahora...

Y no tardó en saberlo. Un joven oficial llegó hasta él, caminando lentamente, por el lindero del bosquecillo.

—Usted es el capitán Brown —dijo, cuando estuvo a su lado.

—Lo soy.

El oficial se sentó y le ofreció un cigarrillo. Tomó otro para sí y encendió ambos.

—Andaba buscándole. Celebro haberle encontrado tan pronto.

—¿A mí?

—¿No me conoce?

—No.

—Nos vimos en Londres, la víspera de nuestra salida hacia aquí —el oficial se raspó con la uña el barro de la camisa hasta descubrir la cruz que había bordada en ella—. Soy el capellán del regimiento.

Brown sonrió.

—Discúlpeme.

—No importa. Acabo de hablar con el teniente coronel Spencer.

—¿De mí?

—Indirectamente.

—¿Qué le pasa? ¿Está enojado?

—No creo que la palabra enojado sea la palabra exacta. Va a casarse. Me ha pedido que esta tarde oficie la ceremonia.

—¡A casarse! —exclamó Brown.

—Sí, con una joven francesa que, al parecer, ha unido estos días su suerte a la del batallón. Lise Bernard es su nombre.

Brown guardó silencio. Tenía que ser así, pensó. Se lo había dicho a Hogue: «Si Spencer se enamora, está salvado». Había encontrado su gran ocasión y fue lo bastante débil como para no desdeñarla.

Brown rompió a reír.

—Pero, ¿qué relación hay entre su boda y yo?

—Quiere que sea usted su padrino.

Brown rompió a reír.

—¿Acepta? —preguntó el capellán.

—¡Por Dios, padre, claro que acepto! ¿Usted sabe lo que esto significa para mí? ¿Tiene usted idea?

—Pues no, Brown.

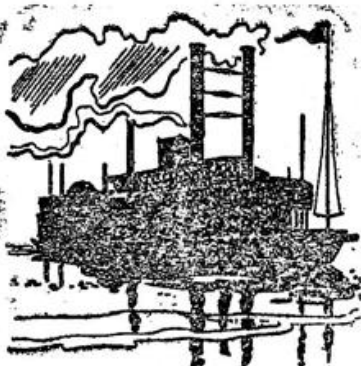
El capitán se levantó de un salto.

—¡Significa que mi mejor amigo acaba de nacer! No, no estoy loco. Ha nacido en Spencer, puede que sea el propio Spencer, ¡pero un Spencer nuevo! ¿No me entiende? Bueno, ¡quiero conocerle! ¡Vamos allá! ¡Vamos!

Los dos hombres echaron a andar, bajo el sol de la tarde. Muy lejos, hacia el nordeste, tronaba el cañón. Era la guerra, su guerra: cosa de hombres, al fin y al cabo.

De todos los hombres.

FIN



Cuando el barco, siniestra cárcel flotante en la que navegaba la escoria de cincuenta países, abandonó el puerto de Burdeos, comprendió Roger Revers el tremendo alcance de su condena: ¡20 años en la Guayana! Entonces supo que se

le acababan de cerrar para siempre las puertas de la sociedad y que acababa de penetrar en un infierno degradante donde iba a tener por compañeros constantes a hombres sin moral, a hampones de todas las latitudes, resaca purulenta de forajidos natos que, además, se jactaban de serlo. Era como si de pronto penetrara en

LA ISLA INEXPLORADA

de la maldad y el terror...

¿Era aquel hombre culpable del espantoso crimen por el que se le condenaba al más trágico de los destinos?

LA ISLA INEXPLORADA

es un relato tenso, alucinante y estremecedor, en el que la pluma magistral del famosísimo

GEO DUGAN

describe, con escalofriante realismo, las dantescas escenas de la vida en la peor penitenciaría del mundo. ¡La dramática historia de un hombre, en otro tiempo prestigioso marino, atado al yunque de un destino horrible!

COLECCION SERVICIO SECRETO

la publicará en su número próximo

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 401 - Mary Vidal
 ■ AMAR ES FACIL
 Núm. 402 - Enri Cloverly
 ◆ PASIONES EN LUCHA
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 241 - Coriolo
 ■ LUNA DE AMOR
 Núm. 242 - Laura Tur
 ◆ EL MUNDO EN SUS MANOS
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 80 - César de Monterrey
 ■ EL ALMA CIEGA
 Núm. 81 - Mario Teresa Sesé
 ◆ DESDE SIEMPRE
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BISOONTE

- Núm. 342 - Fidel Prado
 ■ PELIGRO EN LA FRONTERA
 Núm. 343 - Raymond Pratt
 ◆ A ORILLAS DEL RIO ROJO
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 206 - Mark Halloran
 ■ COTA 30
 Núm. 207 - Geo Dugan
 ◆ LA ISLA INEXPLORADA
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.

■ Volumen recientemente aparecido



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 297 - Cristina Luján
 ■ MI FORTUNA ES EL AMOR
 Núm. 298 - Jesús Navarro
 ◆ ENAMORADA
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 127 - Mercedes Montó
 ■ TU ME QUISISTE...
 Núm. 128 - Víctor Sanmartín
 ◆ CARTAS DE UNA INTRUSA
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION LAUREL

- Núm. 18
 ■ PEMAN
 Núm. 19
 ◆ JORGE MANRIQUE
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

- Núm. 40 - Alane Gregory
 ■ RAFAGAS SANGRIENTAS
 Núm. 8 - A. Rolceit
 ◆ BARRANCO NEGRO
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION CAMELIA

- Núm. 21 - Ana M.^a García
 ■ DEUDA DE CORAZONES
 Núm. 22 - Coriolo
 ◆ VIAJE HACIA LA DICHA
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 10 PTAS.

◆ Volumen de próxima aparición

EDITORIAL  BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$ 3.50